

De Ser Como Caín a Ser Como Cristo

La continuación del estudio sobre el vivir por gracia
por medio de la fé.

David Kuykendall

Esta obra está publicada por:
La Iglesia Bautista del Calvario, ubicado en Oak Cliff
Dallas, Texas
U.S.A.

Copyright 1983 (Versión en Inglés)
Copyright 1987 (Versión en Español)

Dedicado a

Esos miembros de la Iglesia Bautista del Calvario nuestra sociedad juvenil, mi clase de escuela dominical, cursos especiales, y a veces toda la congregación cuyas reacciones a la presentación de estas verdades ayudaron mucho en la confirmación de la interpretación de Caín como “tipo” de nuestro “viejo hombre” y que viviendo de nuestra unión con Cristo resulta en el cambio dramático desde semejanza con Caín hasta semejanza con Cristo.

Agradecimiento

Que el Señor sea alabado por los que El usa en ayudar a hacer un libro. Si este libro es típico de libros en general, los lectores nunca sabrán realmente cuanta ayuda recibe el autor.

Quiero agradecer profundamente al Sr. Will Barber, al Doctor Raynal Barber, y al Doctor Gene Reynolds por leer el manuscrito y hacer numerosas sugerencias.

Tengo una deuda de gratitud con el Sr. Murray Foster, quien diseño la contra tapa y el logo; con el Doctor Gene Reynolds, que suplió las ideas para el formato del libro.

El Señor Jim Rieners y la Señora Chleo Mismmer hicieron gran parte de las revisiones de las hojas galeras y dieron sugerencias necesarias para la tipografía antes de imprimir. Muchas gracias a ellos.

Le debo mucho a mi esposa, Janie, quién continuamente daba palabras de ánimo mientras escribía y además dió sugerencias para el manuscrito original y también ayudó a corregir las hojas galeras antes de imprimir.

David Kuykendall

Prefacio

Este segundo volumen de David Kuykendall—De Caín a Cristo—es una continuación del estudio sobre el vivir por gracia por medio de la fé. Esta segunda obra en su serie sigue el tema de su excelente primer libro, “Nuestro Unión con Cristo”.

En los primeros capítulos de este estudio penetrante, el Señor Kuykendall escribe de nuestra victoria en Cristo en una manera amplia y generalizada—dando un fundamento completamente bíblico para el tema de nuestra “unión con Cristo”; sin embargo, a la mayor parte de la obra le da una aplicación sumamente práctica de lo que significa estar en unión con Cristo. Señala el camino a la victoria en las áreas específicas y particulares de nuestras vidas cotidianas. La depresión, enojo pecaminoso, necesidad, odio, malicia, envidia, engaño, autocompasión, y temor son algunas de las tendencias como las de Caín que todos tenemos—David Kuykendall habla acerca de estos pecados, su poder sobre nuestras vidas y ¡nuestra victoria personal sobre ellas!

El autor presenta el Caín del Antiguo Testamento—el primero de la raza humana en “heredar” la naturaleza pecaminosa—como una impresionante ilustración del “viejo hombre”. Después el autor explica claramente que podemos cambiar nuestro carácter que es semejante al de Caín o uno semejante al de Cristo.

Finalmente, el Señor Kuykendall concluye que como consecuencia de nuestra unión con Cristo, cada creyente puede cambiar su semejanza con Caín a una semejanza con Cristo.

Todos los que estamos “en Cristo” estamos endeudados con el Hermano David Kuykendall por otro libro en la serie acerca de nuestra unión con Cristo.

Sr. R. Gene Reynolds

Contenido

INTRODUCCION /8

PRIMERA PARTE—EL FUNDAMENTO DE LAS ESCRITURAS PARA EL CAMBIO /10

1. Somos Como Caín Por el Nacimiento Natural /11
2. Siendo Como Cristo Por la Gracia de Dios—Parte Uno /23
3. Siendo Como Cristo Por la Gracia de Dios—Parte Dos /30

SEGUNDA PARTE—CAMBIOS ESPIRITUALES QUE NOSOTROS PODEMOS EXPERIMENTAR /39

4. De Ser Conscientes del Cuerpo
a Ser Conscientes de Dios /39
5. Iniciación a la Respuesta /48
6. De la Competición a la Compasión /60
7. De la Depresión al Gozo /69
8. De la Ira Pecaminosa a la Paciencia Divina /79
9. Rebeldía Contra la Obediencia /91
10. Del Odio y de la Malicia al Perdón /102
11. Del Engaño a la Honestidad /116
12. De la Irresponsabilidad a la Fidelidad /128
13. De la Autocompasión a la Paz /138
14. Del Temor a la Fe /153
15. De la Ambición a la Mansedumbre /164
16. De las Virtudes Naturales a las
Virtudes Sobrenaturales /175

CONCLUSION /184

Introducción

La vida de Caín probablemente sea un enigma al lector casual del libro del Génesis.

La nación judía—el Pueblo del Pacto del Antiguo Testamento—se desenvuelve a través de la línea de Set, el tercer hijo de Adán. Como anidada entre los relatos de Adán y Set, sin embargo, hay una narrativa muy detallada de Caín y sus descendientes. Casi todo el capítulo cuatro del Génesis nos dice su historia, luego Caín y su genealogía desaparecen de la narración bíblica.

En consecuencia, concluimos que hay algo de vital importancia acerca de Caín. Se ve esto robustecido por el hecho de que a Caín se le menciona tres veces en el Nuevo Testamento.

¿Por qué es Caín tan importante?

La respuesta pudiera estar en el hecho de que Caín fue la primera persona que heredó la naturaleza pecaminosa de Adán. En un sentido, Caín es el prototipo de lo que el Nuevo Testamento llama “nuestro viejo hombre”. En Caín nosotros podemos ver lo que llega a ser una vida cuando ella permanece irredenta y sin cambio alguno por la gracia de Dios. Hay un paralelismo asombrado entre lo que leemos acerca de Caín y lo que vemos en la vida de los incrédulos.

Nosotros los creyentes podemos vernos a nosotros mismos más en Caín que en cualquier otro personaje bíblico—pero hemos sido redimidos y estamos en el proceso de ser cambiados

a la semejanza del Señor Jesucristo. Todos los creyentes poseen rasgos en su carácter que los hace semejantes a Caín y semejantes a Cristo. Al ser cambiados por la gracia de Dios, somos liberados de ser “Como Caín” hacia una existencia “Como Cristo”.

Yo espero compartir estas verdades transformadoras con usted, amable lector. Mi propósito es hacer claro el hecho de cómo podemos ser cambiados por la gracia de Dios—y cuáles pueden ser estos cambios.

El título viene del corazón del mensaje del libro: De ser como Caín a ser como Cristo.

Primera Parte

El Fundamento de las Escrituras Para el Cambio

Resulta obvio que este es un libro acerca de un cambio de ser como Caín a ser como Cristo. Tal como en las Escrituras mismas, nuestra intención es poner el fundamento doctrinal para el cambio, antes de entrar en una discusión de los cambios que pudiéramos experimentar. En la PRIMERA PARTE discutimos LA NECESIDAD de cambio en el Capítulo Uno, y los MEDIOS para el cambio en los Capítulos Dos y Tres. En el Capítulo Uno presentamos nuestra semejanza a Caín por medio del nacimiento natural; en los capítulos dos y tres discutimos sobre cómo podemos llegar a ser semejantes a Cristo mediante la gracia de Dios a través de nuestra unión con Cristo.

Capítulo Uno

Somos Como Caín por el Nacimiento Natural

Aun los que no son cristianos saben acerca de Caín. Ellos quieren saber dónde es que Caín consiguió a su esposa.

Si Dios pensara que nosotros necesitamos conocer todos los detalles del matrimonio de Caín, seguramente que él nos hubiera informado acerca de esto. Esto parece ser muy evidente cuando vemos el relato intrincadamente completo de Caín y sus descendientes en el capítulo cuatro del Génesis.

Caín fue el hijo primogénito de Adán; por el hecho de que él fue la primera persona que recibió, por el nacimiento natural, la naturaleza de pecado con que Adán infecto a toda la raza humana. Entonces, en Caín se nos concede una clara revelación de lo que el problema del pecado es y de lo que es capaz de producir cuando se le deja sin control.

En Caín vemos también mucho de lo que nosotros mismos somos, siendo que también pertenecemos a la línea a el linaje de Adán.

En Romanos 5:12, el apóstol Pablo enseña que el pecado invadió a toda la raza humana a través de Adán. El establece la misma verdad, aunque de otra forma, en Romanos 5:19, por la desobediencia de uno, “los muchos fueron constituidos pecadores”. Estos dos versículos dejan completamente claro el hecho de que cuando Adán comió del fruto del árbol que estaba en medio del huerto de Edén, él mismo vino a ser un pecador, y todos nosotros también. Nosotros vinimos a ser pecadores, por razón de que la raza humana es una unidad y Adán es su cabeza.

Es imperativo que nosotros entendamos la naturaleza del pecado-problema que Adán trajo sobre todos nosotros; pecado-problema que pasó a todos nosotros, la raza humana, por el nacimiento natural. Nuestro entendimiento del pecado-problema—o nuestra falta de él—significará la diferencia entre victoria y derrota en nuestro andar con el Señor.

Puede significar la diferencia entre ser como Caín y ser como Cristo.

Los intérpretes de la Biblia emplean terminos y frases tales como “la baja naturaleza”, “la naturaleza caída”, “el principio de pecado” y la “depravación total” cuando se refieren al pecado-problema del hombre. El Nuevo Testamento utiliza las palabras “pecado”, la “carne” y el “viejo hombre”.

En el relato del Génesis acerca de Adán, se nos da una más precisa declaración respecto del pecado - problema, con el cual Adán se infectó a sí mismo y al género humano, incluyendo a Caín. Haremos una exploración de esta explicación en Génesis.

Es del conocimiento común que el acto de transgresión de Adán consistió en que él comió del fruto del árbol que se hallaba en medio del huerto. Nuestro Señor lo nombró “el árbol del

conocimiento del bien y del mal”.

Este hecho está subrayado con una abundancia de versículos en los capítulos segundo y tercero del Génesis. Una mirada aislada a estos versículos nos dará información.

Génesis 2:9 “Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal”.

Génesis 2:16-17 “Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.”

Génesis 3:2-3 “Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis.”

Génesis 3:5 “... sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.”

Génesis 3:6 “Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.

Génesis 3:11 “Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?”

Génesis 3:12 “Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí.”

Genesis 3:17 “Y al hombre dijo: Por cuanto abedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él: maldita será la tierra por tu causa:

con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.”

Génesis 3:22 “Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre.”

Nueve veces se hace referencia al “árbol de la ciencia del bien y del mal”, una vez en cada cuatro versículos y medio. Este hecho en sí debiera alertarnos a enfocar nuestra atención al árbol.

De haber comido Adán de un árbol de durazno, él habría ingerido un durazno. De haber él comido de un ciruelo, él habría ingerido una ciruela. El Señor es cuidadoso para explicar en la Palabra escrita, que Adán comió de un árbol nombrado “de la ciencia del bien y del mal”.

Parece ser una conclusión obvia, que cuando Adán participó del fruto, él tomó para sí mismo “el conocimiento de la ciencia del bien y del mal”.

En consecuencia, nosotros también debemos concluir en que el pecado-problema con el cual Adán se infectó a sí mismo (¡y a nosotros!), es la ciencia del bien y del mal. Una prueba bastante convincente de esto es que Jehová se propuso expulsar a Adán y Eva del huerto de Edén—porque ellos habían venido a ser como Dios “sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:22).

Podemos entender mejor el significado de “la ciencia del bien y del mal” al escudriñar detenidamente las palabras en el hebreo original. La palabra traducida por “bien” se traduce como “lo mejor, abundante, hermoso, agradable”. Su significado incluye lo que es “bueno” en el más amplio sentido y no hay que circunscribirlo a lo que es moralmente bueno.

La palabra hebrea para “mal” a “malo” tiene también la connotación de “adversidad, aflicción, calamidad, dañino”. Aquí también, la palabra es muy amplia en su significado, indicando

lo que es “malo” para la gente en un sentido general.

De modo que, el que Adán comiera del fruto resultó en que él tuviera el conocimiento de lo que es en general bueno o lo que es en general malo para él.

Y como siempre, la Biblia es su mejor intérprete. En el capítulo 1 de Romanos hay una descripción triste de la extensión a la cual ha llegado el hombre en su rebelión y pecaminosidad. La razón que Pablo da para semejante profundidad de depravación es que los hombres, “profesando ser sabios, se hicieron necios”; esto es una excelente paráfrasis de las palabras “la ciencia del bien y del mal”.

Una expresión más definitiva de nuestro pecado-problema es una “actitud de saberlo todo”. Esta actitud es consciente y también subconsciente. Conviene hacer notar que esta actitud de saberlo todo está en el punto de tomar decisiones—en el punto de determinar lo que es bueno o malo. En otras palabras, nuestro pecado-problema es una actitud consciente y subconsciente de conocer lo que es mejor para nosotros mismos, para los otros, y aun para el Señor Dios mismo. Nosotros sabemos qué es lo mejor.

Hay otras pasajes bíblicos los cuales revelan que el pecado - problema del hombre está en su “vida de pensar”. El famoso proverbio: “Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es el” (Proverbios 23:7), claramente demuestra este hecho.

El pasaje bíblico de Romanos 12:1, 2 enseña que seremos como Cristo cuando nuestra mente ES renovada. La vívida descripción de la persona no redimida en Efesios 4:17 empieza con la afirmación acerca de “la vanidad de su mente”.

Es del conocimiento común que la palabra “arrepentimiento” procede de dos palabras griegas las cuales significan “cambiar la mente”. Esto atestigua el hecho de que nuestra entrada misma en el Reino de Dios es el resultado de

nuestra “mente” o “pensamiento”.

A la luz de estas declaraciones de las Escrituras es obvio que nuestro pecado -problema no es alguna indefinible naturaleza caída o principio de pecado, sino que es una manera de pensar. Consciente o inconscientemente, nosotros pensamos que sabemos qué es lo mejor para nosotros, para los otros y para el Reino de Dios. Tenemos una actitud de saberlo todo. Nosotros “profesamos ser sabios”.

Todos tenemos experiencia y observaciones, las cuales nos proveen ilustraciones de esta actitud de saberlo todo—y, hasta cierto punto, esto sirve como una prueba de nuestra explicación del pecado-problema. Todos hemos conocido a inconversos cuyas vidas fueron extraordinariamente ejemplares para toda la comunidad. Sin embargo, al tener una breve conversación con estos ciudadanos altamente morales, muy pronto ellos revelan arrogantemente un gran orgullo—una actitud de saberlo todo. De no ser así, ¿por qué no se han humillado ante un Dios santo y justo en un espíritu de profunda humildad?

Descubrimos un pensar así tan repulsivo solamente en otros. Lo encontramos dentro de nosotros. ¡Nuestra integridad personal nos forzará a cada uno de nosotros a confesarnos también culpables.

Un incidente el cual me relató animadamente un joven casado (con quien yo había compartido esta explicación del pecado - problema), ilustra muy bien el impacto de la actitud de saberlo todo. El joven y su esposa habían regresado una tarde de una caminata por su vecindad. “¿Te das cuenta de lo que hemos hecho?”, le dijo riéndose a su esposa. “Mientras caminábamos, hicimos juicio sobre las decisiones de cada persona frente a cuyo hogar pasamos. Decidimos sobre aplicar mejoras a cada casa. Nosotros sugerimos colores diferentes, lugares diferentes para los árboles, diferentes tipos de plantas ornamentales, diferentes

cortinas. No dejamos una sola casa sin tocar.”

Ellos no son diferentes de nosotros. Todos nosotros nos comportamos en igual forma. Hacemos juicio sobre todos—nuestros familiares cercanos, gente a la que difícilmente conocemos, gente a la que nunca hemos visto antes, grandes dirigentes del mundo, en fin, a todos. Ciertamente, hemos de tener opiniones sobre los otros y sus decisiones, pero deben ser las opiniones del Señor y no las nuestras.

La demostración más egoísta y repulsiva de nuestra actitud de saberlo todo, es cuando hacemos juicio de las decisiones de nuestro Dios todo sabio y todo amoroso.

Es también lo más trágico. La Biblia enseña que aun antes de la fundación del mundo, el Señor planeó nuestra vida (Efesios 2:10). Piense en ello. El Dios que todo lo sabe y quien es todo amor, planeó nuestra vida diaria—y es posible que nosotros perdamos una buena parte del gozo y la emoción de esos planes maravillosos, porque pensamos que tenemos una mejor idea para nuestra vida de la que Dios tiene. Y piense en esto: El hecho de que muchos de nuestros planes y actividades están dentro del marco del servicio cristiano, hace aún más trágica la situación.

La actitud de saberlo todo tiene una pasión por fijar metas, hacer planes y alcanzar niveles sobresalientes. A decir verdad, se nos ha enseñado que persigamos empeñosamente estos logros “admirables”. El mundo secular tanto como el cristiano se han propuesto inspirarnos a “creer en nosotros”. Creyentes e incrédulos nos han dicho que si no creemos en nosotros mismos, nadie más creará en nosotros. Desde luego, “en Cristo Jesús” somos alguien, pero por nosotros mismos no somos nada. Nuestro Señor dijo otro tanto de Sí mismo.

En esta coyuntura particular, usted pudiera pensar que decir esto es algo así como una herejía. Si así es, por favor contéstese

usted mismo esta pregunta:

¿Tiene Dios un punto de vista para cada momento de su vida?

Su respuesta a esta pregunta determinará en gran medida si usted acepta o rechaza lo que compartimos en estos primeros capítulos.

A muchos hijos de Dios les he hecho esta pregunta. Y todos ellos han respondido afirmativamente. Todos parecen entender que Dios tiene una voluntad para cada momento de nuestra vida.

Si su respuesta es afirmativa, note la siguiente—si Dios tiene un punto de vista para cada momento de mi vida, es de suma arrogancia para mí interponer mi punto de vista sobre cada momento de mi vida.

La anterior afirmación yo la escribí; no obstante, introduzco mi punto de vista diariamente sobre muchos momentos de ese día. Yo no quiero hacerlo. A decir verdad, yo escojo no hacerlo así.

Yo interpongo mi punto de vista porque está en mi naturaleza misma actuar así.

Mi actitud de saberlo todo está buscando incesantemente proyectarse a si misma. Esta proyección es, a menudo, de mi existencia subconsciente, pero ella está presente dentro de mí, no obstante.

Ahora volvamos a nuestro estudio sobre Caín.

Hemos mencionado antes, que Caín fue la primera persona que recibió de Adán la infección de la naturaleza de pecado. Exactamente igual como recibió de sus padres sus aspectos físicos, él también fue el recipiente de la naturaleza caída de ellos—una actitud de saberlo todo y la devastación que la acompañó.

No hay indicación de que Caín fuera inmoral como un resultado de su problema de pecado heredado. De cierto que él no fue una persona irreligiosa; a decir verdad, su pecado fue un acto religioso. El trajo una ofrenda a Dios, de la vida vegetal más bien que de la vida animal.

A Caín se le menciona tres veces en el Nuevo Testamento. Una de esas referencias es iluminadora respecto de la naturaleza de su primer pecado, como está registrado en las Escrituras. Su ofrenda (Hebreos 11:4) no fue de fe como lo fue la de Abel. ¿De qué manera no fue su ofrenda un acto de fe? Una ojeada al capítulo 11 de Hebreos arroja una luz adecuada sobre esto.

Hebreos capítulo 11 es el llamado de lista de los hombres y las mujeres de fe. En ese capítulo se nos reportan grandes actos de fe del pueblo de Dios. En su mayor parte, estos grandes actos de fe son en la forma de respuesta a la voluntad revelada de Dios.

La historia de Noé es un ejemplo de esta respuesta de fe. “Por la fe” Noé construyó el arca. El arca, de cierto no fue la idea de Noé—fue la idea de Dios. La salida de Abraham, de Ur de los Caldeos, no fue su idea—fue idea de Dios. Como en el caso de Noé, Abraham y otros, Caín supo la voluntad de Dios. El supo que Dios demandó un sacrificio de animal.

Pero Caín tenía una mejor idea.

Esto es, precisamente, el problema-pecado de todos nosotros. El Señor Dios del universo tiene un punto de vista para cada momento de nuestra vida; sin embargo, porque tenemos el conocimiento del bien y del mal, continuamente, tenemos una idea mejor! Y no es que nuestras ideas sean de una naturaleza irreligiosa y de inmoralidad. Nuestras “mejores ideas” son, con frecuencia, como las de Caín de adoración o servicio cristiano. Caín pensó que el Señor se agradaría con su ofrenda. El era en síntesis un “sábélotodo”.

Aun cuando el enfoque de este estudio trata de Caín, es apropiado que nos asomemos a la actitud de saberlo todo en Adán—el que infectó a Caín. Y no es difícil hallarla. Después de que la primera pareja comió del fruto prohibido, la narración nos informa que los ojos de ellos fueron abiertos y ellos se dieron cuenta de que estaban desnudos. Si bien esperaremos discutir en los subsiguientes capítulos el significado de estas palabras, es importante en nuestro presente estudio entender la consecuencia de esta revelación hecha a Adán y Eva.

“Y se cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales”. (Génesis 3:7).

A Adán y a Eva se les había presentado lo que ellos consideraron un problema. Desde su creación, ellos habían andado con Jehová Dios. Aun cuando se dieron cuenta de su desnudez, parece que ellos les dieron alguna consideración a las ideas de Dios. Sus ideas—aun en ese estado. ¡Parece evidente que ellos mismos llegaron inmediatamente a la conclusión de cuál debiera ser la solución al problema!

La gravedad del problema para Adán, siendo que él poseía el conocimiento del bien y del mal, se refleja en la respuesta de Jehová. Fue la decisión de Jehová Dios que Adán y Eva fueran expulsados del jardín, para que no sucediera que comieran del árbol de la vida y vivieran para siempre.

Jehová sabía que el hombre había traído sobre sí una devastación inevitable, por infectarse a sí mismo con el conocimiento del bien y del mal. En un acto de misericordia, el Señor hizo lo que le evitaría al hombre el dolor de vivir para siempre en un mundo dominado por el orgullo.

Ya hemos presentado algunas maneras en que todos nosotros somos como Caín y como Adán; y al ser honestos con nosotros mismos, vemos una manifestación de nuestra propia actitud de saberlo todo en casi todas las direcciones que tomamos.

Participamos en reuniones de comisiones y de negocios de la iglesia, y declaramos: “Yo pienso”, sin ninguna consideración al punto de vista de Dios, a la voluntad de Dios en el asunto.

Como ministros y maestros arribamos a cierto conocimiento de nuestras clases y organizaciones y “decidimos” lo que debemos nosotros de decir a de hacer—cuando todo el tiempo Dios tiene un punto de vista.

Confrontamos a una persona inconversa “planeando” nuestro ataque—cuando el Padre celestial tiene un punto de vista.

Abordamos aun la obra del Reino, en tal manera, porque estamos dirigidos por nuestra actitud Caíniana de saberlo todo.

Anteriormente hemos dicho que en Caín vemos el prototipo del “hombre viejo” del Nuevo Testamento. En él encontramos un relato detallado de aquellos rasgos de carácter y factores que son creados por la actitud de saberlo todo. A esto hay que añadir todo lo que esa actitud ha producido en nosotros.

La historia de Caín es trágica. La historia de cualquier vida que aún no ha sido tocada por la gracia de Dios es trágica.

Empezando en el capítulo tres de Génesis, podemos ver los graves resultados creados por Caín, cuando Adán comió del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Al estudiar nosotros estos resultados en la vida de Caín, sentimos que estamos estudiando la historia de nuestra propia vida. La mayor parte, la estaremos estudiando. Hay una gran similitud entre el “hombre viejo” que se encontró en Caín y el “hombre viejo” que se encuentra en cada uno de nosotros.

La diferencia entre nosotros y Caín no se encuentra en la presencia o la ausencia de ciertos rasgos de carácter. Nos damos cuenta de las diferencias en el hecho de que en alguna gente, una cierta serie de los rasgos de carácter de Caín domina, mientras que en otra gente un juego completamente diferente

de rasgos de carácter de Caín es predominante.

En Caín tenemos una demostración visual del “hombre viejo” en nuestra vida—un “hombre viejo” ¡con el que tenemos que tratar!

Sería terriblemente deprimente si estudiamos la vida de Caín, sólo para concluir que esas cualidades semejantes a Caín que encontramos dentro de nosotros, están desesperadamente imbuidas en nuestro carácter y en nuestra personalidad.

¡Pero no lo están!

En Cristo Jesús hay liberación. Antes de que entremos en un estudio detallado de la vida trágica de Caín, fijémonos en cómo nosotros podemos hallar liberación de nuestros rasgos de carácter como los de Caín.

Veremos, además, que en adición a ser liberados de la semejanza de Caín, también podemos ser liberados hacia la semejanza de Cristo.

Capítulo Dos

Siendo Como Cristo Por la Gracia de Dios

Parte Uno

Empezamos ahora en nuestra búsqueda de ser como Cristo.

Posiblemente, algún compañero cristiano que se siente frustrado por intentos anteriores de ser como Cristo esté pensando: “Y para qué molestarse; no resulta.”

Otro creyente sincero replica con el pensamiento “Yo he tratado de todos los modos ser como Cristo ..., y he fracasado miserablemente.”

Si usted es uno de los que han buscado ser como Cristo, pero con muy poco éxito, permítame, por favor, inquirir de usted lo siguiente:

¿Ha buscado usted ser como Cristo mediante su propia lucha—en su propia fuerza,—o por medio de la gracia de Dios?

Solamente el Señor es capaz de producir la vida de Cristo en nosotros. Todo nuestra lucha por alcanzarlo es en vano. En este capítulo y en el siguiente presentaremos “cómo” podemos ser liberados de la semejanza de Caín hacia la semejanza de Cristo mediante la gracia de Dios.

El “cómo” del cambio está centrado en el concepto del Nuevo Testamento de nuestra “unión o unidad con Cristo”. No podrá haber ningún cambio real o duradero, de la semejanza de Caín a la semejanza de Cristo, sino hasta que no entendamos esta enseñanza neotestamentaria, para luego apropiárnosla para nosotros mismos.

Nuestra aventura hacia la semejanza a Cristo debiera empezar al recapitular nosotros mentalmente, los pasos a nuestro momento de entrada en el Reino de Dios. En ese tiempo, por la gracia de Dios, Cristo entró en nuestra vida.

Su “oración de salvación” probablemente fuera una invitación a que el Señor Jesús viniera a su vida, entonces él vino a vivir dentro de usted. El vive en todos los creyentes.

Una verdad poderosa acompaña a la entrada de Cristo en nuestra vidaes la verdad neotestamentaria de que hemos sido bautizados “en” (dentro de) él. Esta es la clara afirmación de las Escrituras: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? (Romanos 6:3 subrayado del autor).

¡Gracia admirable!

Nuestra unidad con Cristo es, en realidad, doble—él es “en nosotros”; nosotros somos “en él”. Veremos ambas perspectivas de esta doble verdad.

Nuestro bautismo en Jesucristo fue una transacción espiritual realizada por el Espíritu Santo, y no por alguna persona quien nos sumengió en agua. Pablo les afirma a los corintios: “Porque por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo” (1 Corintios 12:13). En el versículo anterior él claramente indica que el “cuerpo” al que él se refiere es Cristo mismo.

El bautismo en el Señor Jesucristo por el Espíritu Santo está representado por la inmersión en agua—que es el modo neotestamentario del bautismo. Cuando usted fue sumergido en agua, estaba presentando un cuadro físico de su relación espiritual con el Señor. Cuando su cuerpo se hizo uno con el agua, estaba demostrando que espiritualmente había llegado a ser “uno con el Señor Jesús”—porque usted había venido a estar o ser “en” él.

A decir verdad, usted estaba demostrando físicamente que está ahora en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En la Gran Comisión, nuestro Señor nos enseña a bautizar (sumergir) en (“dentro de”) el nombre (o “persona”) del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Porque Dios es Uno, es obvio que estar “en” una Persona de la Trinidad es estar “en” todas las tres Personas.

En el capítulo anterior vimos que algunas cosas son ciertas de nosotros porque nacimos “dentro” de la raza de Adán; hay también algunas cosas muy ciertas acerca de nosotros, porque hemos sido bautizados (por el Espíritu Santo) “adentro” de Cristo Jesús.

Pablo asevera en su carta a los Romanos, que “¿todos los

que somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo; para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente en él a la semejanza de su muerte, así también lo seremos a la de su resurrección” (Romanos 6:3-5).

Es la enseñanza clara del apóstol Pablo, que hemos sido hechos “uno con Cristo” en su muerte, sepultura y resurrección’.

Exactamente como el bautismo en agua expresa que somos “uno con Cristo” porque estamos en él, ello demuestra también unidad con él en la muerte, sepultura y resurrección. La sepultura física en agua representa ambas cosas: una muerte y una sepultura. Cuando un creyente es levantado del agua, ello demuestra visualmente una resurrección.

Jesucristo ha sido crucificado, sepultado y resucitado. Somos ahora uno con él; por consiguiente, Nosotros hemos sido crucificados, sepultados, resucitados—y en el bautismo visualizamos la unión del creyente con Cristo en la muerte, la sepultura y la resurrección.

¿Cuál es el significado de ser nosotros uno con Cristo en su muerte? El concepto tiene un doble significado. Primero, estamos muertos (separados del) al pecado. “Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas” (Romanos 6:10). Nosotros entonces estamos muertos al pecado porque estamos unidos a Cristo en su muerte. Romanos 6:2 simplemente nos informa que los creyentes están muertos al pecado. Hay un mandamiento en Romanos 6:11, y es que debemos “considerarnos” a nosotros mismos muertos al pecado. La palabra griega para “consideraos” puede también traducirse por “concluir, contar, suponer y pensar”. La connotación de la palabra es “aceptar como un hecho” aceptar o creer un asunto como cierto.

Nosotros hemos de creeraceptar como un hecho—que estamos muertos al pecado porque estamos en Cristo Jesús.

Otro aspecto de nuestra unidad con Cristo en la muerte es que nuestro “hombre viejo” fue crucificado con el—“sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él” (Romanos 6:6). Es una expresión verdadera que estamos muertos al pecado porque nuestro “hombre viejo” ha sido crucificado con Cristo.

Ya hemos visto cómo el “hombre viejo” es la subyacente actitud de saberlo todo, más todo lo que ella ha producido en nosotros. Caín vino a ser el prototipo del “hombre viejo”. El vivió plenamente de su actitud de saberlo todo, y su historia está dicha en detalle que nosotros podemos ver los resultados de una vida semejante.

Nuestro “hombre viejo” puede ilustrarse con un árbol. La actitud, de saberlo todo representa las raíces. Las ramas son aquellos rasgos de carácter y factores los cuales son producidos por la actitud de saberlo todo—las raíces producen las ramas.

Se ha trabajado con el “arbol” en las raíces, porque nuestro “hombre viejo” ha sido crucificado con Cristo. Y ello es así porque somos “uno con Cristo en su muerte”. Veremos más de los cambios que vienen nuestra unión con Cristo en la muerte, en los siguientes capítulos. Aquí recalamos esa unión con Cristo en Su muerte, que significa dos cosas para nosotros: (1) estamos muertos al pecado; (2) nuestro “hombre viejo” ha sido crucificado con Cristo.

Es, precisamente, porque nuestro “viejo hombre” ha sido crucificado con Cristo, que nuestra muerte al pecado puede ser una experiencia personal—experimental—y no meramente una verdad doctrinal. Pablo dice en Romanos capítulo 6 que hemos sido bautizados en “sepultura” con Cristo. Esta verdad está también representada por la inmersión en agua. La sepultura

del “viejo hombre” vívidamente agrega a nuestra victoria sobre el pecado. ¡No solamente nuestro “viejo hombre” ha sido crucificado, sino que él también ha sido sepultado!

Nuestra “unidad” con Cristo significa que somos uno con él en su muerte.

Finalmente, nuestro bautismo en la unidad con Cristo significa que somos “uno con él en la vida”. Así como nuestra unidad con el Señor en la muerte tiene un significado dual, nuestra unidad con él en la vida tiene una perspectiva doble.

En primer lugar, estamos “vivos a Dios”. Pablo dice de Cristo que “mas en cuanto vive, para Dios vive” (Romanos 6:10). Es en el siguiente versículo que se nos manda a que continuamente nos consideremos (que lo creamos como cierto) vivos para Dios. Cuando estamos vivos para alguien, estamos “en unión con esa persona.

El segundo aspecto de nuestra unidad con Cristo en la vida, es que hemos sido “resucitados con él”—y esto hace que nuestra “unión con Cristo en la vida” sea una experiencia en nuestro diario vivir. Esta verdad está hermosamente presentada en el bautismo en agua. ¡Ello es cierto! ¡Nosotros los creyentes hemos sido resucitados con Cristo!

En la Carta a los Efesios, el apóstol Pablo agranda este concepto de nuestra resurrección con Cristo, describiéndolo como tres transacciones más bien que como una. El afirma que el Señor, “aún estando nosotros muertos en pecado, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:5, 6).

¡Gloriosa verdad! ¡Hemos sido hechos vivos juntamente con Cristo—hemos sido resucitados con Cristo—hemos sido sentados con Cristo en los lugares celestiales!

Hemos declarado antes, que estamos muertos al pecado

porque el “viejo hombre” ha sido crucificado. ¡Ahora podemos decir que estamos vivos para Dios, porque hemos sido vivificados (hechos vivos), hemos sido resucitados de los muertos y nos hemos sentado a la diestra del Padre con Cristo!

En esta presente discusión hemos visto que varias cosas son ciertas con respecto de nosotros—ciertas, porque hemos sido “hechos uno” con el Señor Jesús mediante nuestro bautismo en Cristo por el Espíritu Santo.

Estas cosas son ciertas respecto de nosotros ...

... estamos muertos al pecado

... nuestro “viejo hombre” ha sido crucificado con Cristo

... estamos sepultados con Cristo

... estamos vivos a Dios

... hemos sido hechos vivos con Cristo

... somos resucitados con Cristo

... estamos entronizados con Cristo.

Luego, discutiremos aquellos pasajes que enseñan que cuando creímos que estas cosas son ciertas—y cuando escogimos hacerlas ciertas en nuestra experiencia diaria—seremos cambiados de ser como Caín a ser como Cristo.

¡Oh gracia tan suficiente! ¡Oh gracia tan divina!

Capítulo Tres

Siendo Como Cristo Por la Gracia de Dios

Parte Dos

En nuestro último estudio, fuimos introducidos al mensaje de “Nuestra unidad con Cristo”—la cual es nuestra mediante la gracia de Dios. Un entendimiento de esta enseñanza del Nuevo Testamento es absolutamente esencial, si es que hemos de ser cambiados de ser como Caín a ser como Cristo.

El Nuevo Testamento emplea cierto número de términos para explicar nuestra relación con el Señor en la salvación: justificación, redención, santificación, regeneración, reconciliación, adopción, perdón. El conocimiento—aun un conocimiento superior—de estos conceptos no resultará en los cambios necesarios para nuestra vida. ¿No es extraño que el mundo cristiano, en general, tiene más conocimiento de cada uno de estos conceptos, que el que tiene del mensaje de nuestra unión con Cristo—el único mensaje que es necesario para el cambio?

Si bien es cierto que nuestra transformación de ser como Caín a ser como Cristo es una obra de la gracia de Dios, ella no viene a menos que asumamos responsabilidad sobre nuestra parte.

Permítame el lector asistirle en entender nuestra responsabilidad en cuanto al cambio. Yo le invito a regresar mentalmente al tiempo de su traslado del reino de Satanás al Reino de Dios. Tres cosas sucedieron en su vida: (1) En algún tiempo, usted recibió el mensaje de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo; (2) Usted creyó que el mensaje era cierto y que usted podía llegar a ser cristiano; (3) Usted actuó sobre el mensaje, arrepintiéndose y aceptando a Cristo Jesús como Señor y Salvador.

Nuestra transformación de ser como Caín a ser como Cristo es el resultado de la misma triple transacción: (1) Debemos tener conocimiento de la verdad neotestamentaria de nuestra unión con Cristo; (2) Debemos creer el mensaje; (3) Debemos ejercitar nuestra voluntad para traer nuestra vida en armonía con las enseñanzas que hemos recibido y creído.

En el capítulo anterior, presentamos el mensaje de nuestra unión con Cristo. En vista de que usted ha leído ese capítulo, ahora ha recibido el mensaje. Es del todo posible, desde luego, que recibiera el mensaje hace ya mucho tiempo.

¿Cree usted el mensaje? Debe creer sí es que ha de experimentar los cambios maravillosos que el Señor tiene en mente para usted.

Habrán algunos que no creerán el mensaje. Ellos rehusan creer que están muertos al pecado. No admiten que están sentados con Cristo en los lugares celestiales.

Oramos por que usted crea.

Volvamos a Romanos 6:11—“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro”. Cuando consideramos alguna cosa como cierta, creemos que es cierta. En el griego del Nuevo Testamento, esta palabra “consideraos” es un mandato de acción continua. Literalmente traducido, el versículo dice esto: “A ustedes se les manda continuamente reconocerse a ustedes mismos estar muertos al pecado y vivos para Dios”. Esto es: se nos manda continuamente que creamos que estamos muertos y vivos para Dios.

La verdad compañera de Romanos 6:11 es que nuestro “viejo hombre” ha sido crucificado con Cristo (Romanos 6:6). Hemos de creer estas dos cosas como ciertas ahora mismo—estamos muertos al pecado y vivos para Dios; nuestro “viejo hombre” ha sido crucificado con Cristo—porque nosotros somos “uno” con un Cristo crucificado, quien la muerto al pecado.

La consecuencia de esto, es que debemos creer que hemos sido sepultados con Cristo.

Finalmente, hemos de reconocer (creer) que nosotros mismos estamos vivos para Dios. El que estamos vivos para Dios significa que estamos en unión con Dios”. Las verdades acompañantes que hemos de creer son las siguientes: (1) Hemos sido hechos vivos con Cristo. (2) Hemos sido resucitados con Cristo. (3) Hemos sido entronizados con Cristo.

Tantos cristianos no creen que las eventos enunciados en el párrafo anterior, sean ciertos para ellos, porque no los han experimentado en sus vidas. Sorprendentemente, ello obra justamente lo opuesto. Nosotros primero creemos que estas cosas son ciertas; entonces empezamos realmente a experimentarlas.

Este orden de fe primero y entonces la realidad, no nos debiera parecer extraño. En uno de los más famosos versículos del Nuevo Testamento, nuestro Señor dice: “Por tanto, os digo que todo lo que pidiéreis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá” (Marcos 11:24). La palabra traducida “recibiréis” está en el tiempo verbal pasado y, realmente significa: “habéis recibido”.

La fe siempre precede a la realidad.

Tal fe es un don de la gracia de Dios. Si usted quiere desesperadamente creer que es uno con Cristo en la muerte, sepultura y resurrección, pero sencillamente no puede— encomiende su incredulidad al Señor y pídale fe. ¡El se goza en conceder tales dones! Manténgase mirándolo a él, hasta que lo reciba!

Exactamente igual que en su experiencia de conversión, después de que usted ha recibido el mensaje de la gracia de Dios y lo ha creído, debe actuar en ello. Debe haber un ejercicio de su voluntad.

El Nuevo Testamento claramente nos dice qué debemos hacer. Se nos manda a considerarnos (creer) muertos al pecado y vivos para Dios: también se nos manda que no permitamos que el pecado reine en nuestro cuerpo mortal (Romanos 6:12), y a dedicarnos a Dios “como vivos de entre los muertos” (Romanos 6:13). En otras palabras, debemos escoger estar muertos al pecado y vivos para Dios; debemos —experimentar la vida crucificada, sepultada, vivificada (hecha viva), resucitada

y entronizada con el Señor Jesucristo. ¡La voluntad del cristiano debe ser ejercida!

Ha sido mi observación, que la mayoría de los cristianos que no se han dado cuenta de victoria en sus vidas han fracasado porque ellos no supieron de su unidad con Cristo, o porque no podían creer que eso fuera así. Hay, sin embargo, aquellos que saben y creen el mensaje de su unidad con Cristo, pero no han escogido estar muertos al pecado y vivos para Dios. Ellos no han ejercido propiamente la voluntad.

Pero ha sido mi emocionante privilegio conocer a muchos del pueblo de Dios, quienes continuamente están siendo cambiados de ser como Caín a ser como Cristo, porque ellos han recibido el mensaje de su unidad con Cristo; están continuamente creyendo todo lo que el mensaje significa y están continuamente escogiendo hacerse a sí mismos muertos el pecado y vivos para Dios.

¡Alabado sea Dios!

Yo sé que estamos compartiendo un gran misterio pero funciona. Dará resultados para usted.

Nuestra transformación de ser como Caín a ser como Cristo resulta de la triple transacción arriba mencionada, porque produce una experiencia triple.

Primero, nosotros realmente empezamos a experimentar la muerte del “viejo hombre”. Ello es un gran misterio, pero realmente acontece.

Por muchos años yo ejercí mi voluntad de estar muerto al pecado, pero victoria sobre tales cosas como ira, celos y temor nunca vino. Mi vida era un fracaso tal, que yo empecé a pedirle al Señor que me matara si él no podía cambiarme. En este tiempo de gran desesperación, él me reveló el mensaje de unidad con Cristo y me dio la fe de creer que yo estaba muerto al pecado y vivo para Dios.

Empecé a orar esta oración—“Padre, te doy gracias porque la ira, el temor, los celos y el resentimiento han sido crucificados y yo no tengo que sentirme culpable de ellos; yo estoy vivo para ti y tú estás libre para vivir y de amar a través de mí.” Milagrosamente, los pecados que yo reclamé estaban crucificados, progresivamente fueron reemplazados con un amor divino. El proceso continúa hasta el día de hoy.

Un número de mis amigos han testificado que ellos empezaron a experimentar la muerte del “viejo hombre” cuando recibieron, creyeron y actuaron sobre la verdad de su unidad con Cristo.

Hay una segunda perspectiva de esta experiencia: Nosotros empezamos a experimentar la vida llena del Espíritu.

Muchos de los hijos de Dios han anhelado y orado para ser llenos del Espíritu; han hecho todo lo que saben deben hacer—pero no han tenido el gozo de ser creyentes llenos del Espíritu. Algunos han disfrutado de unos pocos días de existencia de llenura del Espíritu. Un fin a semejante frustración y desaliento viene a través de nuestra unidad con Cristo.

Hemos definido a nuestro “viejo hombre”, quien ha sido crucificado, como nuestra actitud de saberlo todo, mas todo lo que esa actitud ha producido en nosotros. Una parte de nuestro “viejo hombre” es lo que las Escrituras llaman “la carne”.

Nos aventuramos a ofrecer una definición del término “carne—ella es “autoconfianza”. Nuestra carne es la autoconfianza de nuestro conocimiento del bien y del mal, mas cualesquiera otros tipos de autoconfianza producidos en nosotros por nuestra actitud de saberbo todo.

Se nos dice en Gálatas 5:17 que la carne codicia contra el Espíritu. Nuestro Señor enseña que el Espíritu Santo es en nosotros “una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:14). Estas declaraciones del Nuevo Testamento nos informan

que el Espíritu Santo ha estado apasionadamente buscando llenarnos desde que él entró en nuestros corazones—pero él es estorbado por la “carne”.

Por alguna razón, muchos creemos que el Señor es responsable de llenarnos con Su Espíritu. Esto es una mentira. Nosotros seremos continuamente llenos con el Espíritu, cuando la barrera de “la carne” es continuamente quitada.

Imagínese esto mentalmente. Imagínese que el libro que usted está leyendo es una pequeña caja de metal, con una manguera de aire adherida a un extremo, una manguera de agua adherida al otro extremo—e imagínese que ambas cosas, el agua y el aire, son liberadas con plena fuerza. La caja no será “llenada” con aire a con agua; para llenar la caja con una de las dos, debemos quitar la oposición del otro extremo. Seremos creyentes llenos del Espíritu, cuando le permitamos al Señor’ quitar la oposición de “la carne”. Eso se puede hacer.

Repito, la carne es parte del “viejo hombre”. El “viejo hombre” ha sido crucificado porque nosotros somos uno con Cristo en Su muerte. Entonces, quitaremos la oposición de la “carne” al Espíritu Santo, cuando aceptemos, creamos y actuemos sobre nuestra unidad con Cristo.

En este punto debemos mencionar que “quienes son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24). La declaración de Gálatas fortalece lo que acabamos de decir. Crucificamos nuestra propia carne al aceptar a Jesús como Señor y Salvador; nuestra aceptación de él resultó en que fuimos bautizados en la unión con él por el Espíritu Santo.

Finalmente, experimentamos unidad con Cristo en la entronización, como un resultado de nuestro escogimiento de estar muertos al pecado y vivos para Dios.

Previamente mencionamos que el apóstol Pablo amplía el

concepto de nuestra unidad con Cristo en la resurrección (Efesios 2:5, 6); él explica nuestra unidad en la resurrección con tres pasos en vez de uno: (1) Nosotros hemos sido vivificados con Cristo; (2) Hemos sido resucitados de entre los muertos; (3) Nos hemos sentado con Cristo en los lugares celestiales.

No se nos hace difícil saber que hemos sido vivificados con Cristo. Sabemos que una nueva dimensión—una dimensión divina—de vivir vino a nosotros cuando nacimos de nuevo.

Es también un asunto sencillo de entender, el que hemos sido resucitados de entre los muertos porque el Señor nos apartó de los espiritualmente muertos del mundo—y nos ha atraído al pueblo de Dios.

Desafortunadamente, sin embargo, muchos cristianos han rehusado creer que ellos se han sentado con Cristo en los lugares celestiales.

No hemos obedecido plenamente el mandato de considerarnos (creer) vivos para Dios, hasta que no estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales. No hemos de creerlo porque lo hemos experimentado; hemos de creerlo porque el Señor dice que eso es así. Es cuando creemos la verdad de nuestro entronizamiento y escogamos estar vivos para Dios, que el Señor en Su gracia poderosa nos concederá la experiencia del vivir entronizado.

El vivir entronizados debieran experimentarlo todos los creyentes, principalmente por dos razones: Aumenta el compañerismo con Dios y es una arma poderosa contra Satanás.

En esta sección hemos demostrado que estar en Cristo puede resultar en nuestra liberación del “viejo hombre”, en nuestra llenura continua con el Espíritu Santo, y en nuestro experimentar del vivir entronizado. Es esta triple obra de gracia la que abre la puerta para la liberación de ser como Caín a ser como Cristo.

En cada uno de los siguientes capítulos, mostraremos cómo las verdades presentadas en esta primera sección, pueden aplicarse a los varios rasgos y acciones de Caín y en nosotros—resultantes en cambio ... de ser como Caín a ser como Cristo.

Segunda Parte

Cambios Espirituales que Nosotros Podemos Experimentar

Capítulo Cuatro

De ser Conscientes del Cuerpo a Ser Conscientes de Dios

“¡Una mujer muy hermosa lo ha logrado!”

Oí a un hombre hacer esa declaración durante el tiempo de descanso en una fábrica de aviones donde trabajé después de que me gradué de la Universidad. Era obvio que lo que provocó la afirmación fue la presencia de una atractiva rubia que estaba cerca de ahí, el incuestionable centro de atención de un grupo de personas, en su mayoría hombres.

“Por cierto que si,” fue la inmediata y vigorosa respuesta de otra voz masculina.

Yo estaba de espaldas a los hombres que dijeron esas palabras y no vi sus caras; sin embargo, sus breves afirmaciones revelaron mucho acerca de ellos y acerca de nuestra sociedad.

Somos gente muy consciente del cuerpo.

La preocupación con respecto del cuerpo, la hallaremos por todas partes. Parece que infiltra el aire que respiramos.

Una ilustración clásica la encontraremos en los anuncios comerciales que vemos por televisión. Parece que la mayoría de los productos son anunciados por un cuerpo bello, o la promesa de que el uso del producto hará el cuerpo aún más bello.

Muchos individuos han atacado sus cuerpos y ahora tienen serios problemas en cuanto a la obesidad; hay otros que disfrutan de la forma “bien alineada” porque han glorificado el cuerpo.

La profesión médica nos ha informado que muchas enfermedades físicas emanan de la hipocondría, una preocupación indebida por el cuerpo.

Nuestro temor de morir es, en una gran medida, una prolongación de nuestro terror de existir aparte de nuestros cuerpos físicos.

Gran parte del creciente índice de divorcios es causada por la preocupación con respecto del cuerpo y sus deseos.

Podríamos dar muchísimas evidencias de conciencia respecto del cuerpo, pero ello es innecesario, todos estamos completamente enterados de este estado interior de la mente

Si bien es cierto que los anteriores párrafos pueden sonar como una acusación a nuestro país materialista, sin embargo, no es esa la intención. Parece como que cada sociedad en cada

época ha estado preocupada en cuanto al cuerpo. Ello empezó hace mucho tiempo. Esta enfermedad de demasiada preocupación por el cuerpo físico entró en la corriente sanguínea a través de Adán—la cabeza federal de la raza humana—y se introdujo en cada miembro de la raza, con la excepción de nuestro Señor Jesucristo.

Inmediatamente después de que Adán y Eva comieron del fruto prohibido, “las ojos de ambos fueron abiertos” (Génesis 3:7). Pasajes anteriores hacen sucintamente claro el hecho de que ellos no estaban ciegos. La declaración en Génesis 3:7 no significa que ellos no podían ver antes de comer del fruto, sino que la habilidad de ver había llegado ahora a ser prominente.

A la revelación de que los ojos de Adán y Eva fueron abiertas, sigue la aseveración de que ellos “conocieron que estaban desnudos”. Además de cualquier otra cosa que la afirmación signifique, ella incuestionablemente señala la preocupación por el cuerpo, como la hace también la prominencia dada a la habilidad de ver.

¿Por qué la atención de Adán y Eva repentinamente se ha volcado sobre sus cuerpos?

Hay una explicación satisfactoria.

Antes vimos que cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido, vino a ellos el conocimiento del bien y del mal—la actitud de saberlo todo. Ahora ellos pensaron de sí mismos que eran tan sabios como Dios en el punto de tomar decisiones.

Semejante actitud evocó una doble necesidad: Una acumulación de hechos con los cuales tomar decisiones y un vehículo para llevar adelante esas decisiones. El cuerpo llena ambas necesidades. Los ojos—juntamente con los otros sentidos y el cerebro—proveen los hechos necesarios; las manos, los pies, la voz, etcétera, serán los vehículos para llevar a cumplimiento aquellos decisiones. Y de ahí, la preocupación en cuanto al cuerpo.

Sin embargo, ¿pasó esa misma preocupación por el cuerpo a Caín? ¡Las Escrituras revelan que sí pasó!

Siendo que el básico pecado-problema de todos nosotros es el conocimiento del bien y del mal, se deduce de esto que todos nosotros, que estamos en la línea de Adán, hemos recibido de él la misma preocupación con respecto a nuestros cuerpos—porque hemos recibido de él la actitud de saberlo todo. Caín, entonces, fue el primero de la raza humana que heredó semejante interés por el cuerpo.

Hay otra evidencia específica de que Caín estaba preocupado. Cuando Jehová creó a Adán y a Eva, él les dio permiso de comer únicamente de la vida vegetal, o de las plantas. El les instruyó: “He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer” (Génesis 1:29). No fue sino hasta en los días de Noé que al hombre le fue permitido comer la carne de animales como alimento. Antes de ese tiempo, el sacrificio de animales fue el medio dado por Dios para la adoración.

A la luz de tal provisión, nosotros entendemos mucho acerca de Caín cuando se nos dice que “Y Abel fue pastor de ovejas, y Caín fue labrador de la tierra” (Génesis 4:2). ¿Acaso no sugiere esto que Caín era un hombre preocupado con su cuerpo y las necesidades de éste?

También, el temor de Caín a morir, señala una profunda preocupación respecto de su bienestar físico (Génesis 4).

No estamos negando el que los cristianos no se preocupen del todo por sus cuerpos—esto sería pecado tanto como lo es la mucha “preocupación” por el cuerpo. El Nuevo Testamento vigorosamente nos recuerda que el cuerpo del cristiano es el templo mismo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19). En uno de los más famosos pasajes del Nuevo Testamento, se nos exhorta

a presentar nuestro cuerpo en “sacrificio vivo” a nuestro Señor (Romanos 12:1). Pablo oró para que los “cuerpos” de los tesalonicenses fueran guardados “sin mancha” hasta el día del Señor (1 Tesalonicenses 5:23).

Es obvio que el cuerpo del creyente es importante para el Señor. Es de vital importancia, sin embargo, que los creyentes nos demos cuenta de que debemos preocuparnos con el Señor y no en cuanto a nuestros cuerpos.

El hecho de que nuestra preocupación debe ser con el Señor está vívidamente ilustrado en una de las visitas de nuestro Señor al hogar de María, Marta y Lázaro. Marta había provisto apasionadamente todas las cosas físicas necesarias, siendo una gentil anfitriona del Señor Jesús. María, por el otro lado, calmadamente descuidó la gracia de la hospitalidad—ella se sentó con el Señor y escuchó con gran intensidad Sus palabras. Cuando Marta expresó su desagrado en cuanto a la situación, el Señor Jesús indicó: “Una sola cosa es necesaria”. Después, él agregó: “Y María escogió la buena parte”. Esta hermosísima historia tomada de los Evangelios, claramente nos enseña que nuestra ocupación debiera ser con él—y no con cosas del cuerpo.

La mente de Caín claramente no estaba ocupada con las cosas de Jehová. Cierta es que él era un hombre religioso. Ciertamente que el trajo una ofrenda a Dios; pero de esto no se sigue el que su mente estaba ocupada con Dios. De haber sido así, él habría traído una ofrenda del rebaño, de acuerdo con el mandato del Señor.

Nuestro estudio acerca de Caín nos lleva a la conclusión de que es “ser como Caín” el estar uno preocupado con el cuerpo más bien que con el Señor ...

... y por lo contrario, es “ser como Cristo” el estar uno ocupado con el Señor y no con el cuerpo.

La falta de énfasis de nuestro Señor sobre Su cuerpo y las

necesidades de éste, se refleja en sus afirmaciones a su posible seguidor de él: “Las zorras tienen sus cuevas, y las aves del cielo tienen sus nidos, mas el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar Su cabeza”. El evangelista Marcos nos informa, que en dos ocasiones el Señor estaba tan ocupado en su ministerio, que no tuvo tiempo para comer. Una escena en la cruz representa las prioridades de nuestro Señor: si todas sus pertenencias terrenales fueron las cosas por las que los soldados echaron suertes, en el Calvario, eso quiere decir que Jesús les prestó muy escasa atención a resolver las necesidades de Su cuerpo.

Por el otro lado, el Nuevo Testamento está repleto de afirmaciones que revelan la preocupación total de Jesús para con el Padre. El evangelio según San Juan, repetidas veces indica que Jesús y el Padre estaban en continua comunicación. En Juan 5:19 hallamos un ejemplo clásico de la comunión que había entre ellos—“Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierta, de cierto es digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente”.

Sólo unas pocas Horas antes de Su muerte en la cruz, nuestro Señor había dicho: “¿No creen que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí él hace las obras” (Juan 14:10). Más tarde él agregó: “He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo”. (Itálicas del autor.)

Confiamos en que hemos demostrado que el ser como Caín es estar ocupado con el cuerpo—y el ser como Cristo es estar ocupado con el Señor. Es la voluntad de Dios para nosotros, el que estemos ocupados con el Señor mismo, y no con nuestro propio cuerpo.

Mientras que las ventajas de tener nuestra mente

preocupada con el Señor son muchas, estaremos contentos en esta coyuntura, con mencionar solamente dos. La primera es de Isaías 26:3—“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado”. La Segunda ventaja es una exhortación del escritor de la Carta a los Hebreos a sus lectores, quienes estaban pasando por una severa persecución. Ellos podían enfrentar sus sufrimientos “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprabio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (12;2).

Ahora es nuestra intención compartir de la Palabra de Dios, cómo nosotros podemos ser liberados de una preocupación del cuerpo para entrar en una preocupación con el Señor.

De este punto en adelante en el libro, estaremos haciendo aplicación de lo que se ha presentado en los primeros tres capítulos.

Caín es el prototipo de lo que el Nuevo Testamento llama el “viejo hombre”—que es la actitud de saberlo todo, mas todo lo que esa actitud ha producido en nosotros.

El “viejo hombre”—el cual incluye una preocupación con el cuerpo ha sido crucificado. Podemos tomar a Dios en Su palabra, de que nuestra preocupación con nuestros cuerpos ha sido llevada a la cruz, con el Señor Jesús. Tenemos ese conocimiento de las Escrituras; ¡ahora podemos creerlo! Cuando tenemos conocimiento y fe de que hemos sido puestos libres de semejante manera de pensar (por nuestra unión con Cristo en la crucifixión), y ese conocimiento y fe se unen con nuestro escogimiento de tener tal libertad—ello entonces viene a ser una realidad presente en nuestra vida. ¡La fe precede a la realidad! ¡Este es el orden de Dios, y nosotros no debemos dudar! ¡Hemos de vivir a la luz de él!

La “carne”, la cual es la barrera para ser llenos con el Espíritu Santo, también ha sido crucificado con Cristo. Cuando escogemos ser liberados de la carne y ser continuamente llenos con el Espíritu Santo, y creemos que la carne ha sido crucificada ...

¡ ... empezaremos realmente a andar en el Espíritu!

Al hablar del Espíritu Santo, nuestro Señor vuelve a decir, “El dará testimonio de mí” y “El me glorificará porque él tomará de lo in mío y os lo hará saber”.

¡Allí está! Cuando la barrera de la carne es quitada, y cuando el Espíritu Santo tiene acceso continuo a nuestra mente, El pone nuestro pensamiento sobre la Persona del Señor Jesucristo.

¡Más todavía, en nuestra unión con Cristo, estamos vivos para Dios; esto es, espiritualmente, nosotros ya hemos sido vivificados—resucitados de los muertos—y nos hemos sentado a la diestra del Padre! De acuerdo con la Carta a los Efesios, estamos muy por encima de todos los otros poderes. Estamos mucho más arriba de nuestro tradicional enemigo, Satanás.

Desde esta posición de autoridad sobre Satanás, estamos en la capacidad de tratar con él en victoria. Las Escrituras nos enseñan que él es ya un enemigo derrotado. Hasta que nosotros entendamos que el está derrotado, y que nosotros estamos en una posición de autoridad sobre él, que él continuará atormentándonos e intimidándonos. El buscará continuar ejerciendo control sobre nuestro “mundo de pensamientos”. El buscará cómo guardar nuestra mente sobre nuestro cuerpo ...

... y aparte del Señor Jesucristo.

Podemos tratar triunfalmente con él, dejándole saber que estamos enterados de su derrota y que nosotros, en realidad, estamos en autoridad sobre él. Tal autoridad viene a ser una realidad cuando creemos que estamos entronizados con nuestro Señor, en una posición de autoridad, y ¡nosotros escogemos vivir desde esa posición!

De manera que entendemos que ...

... conociendo el mensaje de nuestra unión con Cristo

... creyendo el mensaje

... escogiendo estar muertos al pecado y vivos para Dios

¡Esto resulta en una liberación de nuestra preocupación de nuestro cuerpo hacia una preocupación con el Señor! Esto puede ser actualmente una realidad en nuestra vida, porque nuestra preocupación del cuerpo ha sido crucificada somos vencedores sobre Satanás, quien busca poner nuestra mente sobre nuestro cuerpo—, somos continuamente llenas con el Espíritu Santo, quién está testificando del Señor Jesús y glorificándole.

Capítulo Cinco

Iniciación a la Respuesta

“Si usted no tiene metas, nunca realizará ninguna cosa en la vida. Si no va a ninguna parte, ahí es adonde usted ira.”

“Pastor, ¿acaso Dios no nos dio una mente para que podamos resolver estas cosas?”

“Oh, yo no pienso que nosotros debiéramos molestar al Señor con nuestros pequeños problemas.”

“¡Dios les ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos!”

Todas esas filosofías de la vida, mencionadas antes, claramente nos señalan como fuertes iniciadores.

Semejantes filosofías de la vida socavan la decisión de una persona que ha escogido ser un “seguidor” de Jesucristo. Cuando

nosotros vivimos por tales filosofías, venimos a ser líderes—no “seguidores”.

Aun antes de que él creara la tierra, el Señor Dios designó un bellissimo plan para nuestra vida diaria. Este hecho está claramente demaistrado en Efesios 2:10—“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellos”. (Itálicas del autor).

Y sin embargo, queremos iniciar algún otro plan.

¿Por qué?

¿Por qué desplegamos semejante arrogancia? ¿Cómo podemos atrevernos voluntariamente a seguir nuestras propias ideas para nuestra vida, cuando nosotros sabemos que Dios ya ha planeado ese momento para nosotros?

¡Es nuestra propia naturaleza hacerlo así!

Es el “ser como Caín” proceder así. Caín heredó una naturaleza de Adán, la cual demandaba que él iniciara; y recuerde, él es el prototipo del “viejo hombre” que hay en nosotros.

Las vidas de Adán y Eva son ilustraciones lúcidas del deseo humano de iniciar, y eso resultó del conocimiento del bien y del mal. Observe el orden de los eventos:

Ellos comieron del árbol del conocimiento del bien y del mal.

Sus ojos fueron abiertos.

Se dieron cuenta de que estaban desnudos.

Se hicieron delantales de hojas de higuera para cubririrse.

Además de todo lo demás que el pasaje signifique, es obvio que ellos nunca consideraron hablar con Jehová acerca del problema de la desnudez de ellos. Adán y Eva, ellos mismos,

iniciaron una inmediata solución; hicieron eso por su actitud de saberlo todo—lo cual les llenó con una pasión de iniciar.

El deseo de Caín de iniciar se ve en su ofrenda. Caín claramente entendió que el debía traer una ofrenda del rebaño, pero el escogió traer una ofrenda de otra clase su deseo de iniciar fue el resultado directo de su actitud de saberlo todo, la cual él heredó de Adán.

Simplemente porque nosotros hemos nacido en la línea de Adán, todos hemos recibido este mismo deseo de iniciar—nacemos con él; y dicho deseo nunca está sin sus resultados negativos.

Fijémonos una vez más en las vidas de Adán y Eva. Ellas ilustran la certidumbre de los resultados negativos. Jehová Dios hizo túnicas de pieles para ellos. En su opinión—¡la opinión de Dios!—los delantales de hojas de higuera eran inadecuados. Nosotros no tenemos manera de saber cuánto tiempo y es fuerzo fueron puestos en planear y hacer los delantales de hojas de higuera, pero sí sabemos que todo fue un completo desperdicio. El tiempo de ellos se malgastó; las energías mentales y físicas se malgastaron; las hojas de higuera se echaron a perder.

La ofrenda de Caín fue un desperdicio: el malgastó plantas y la energía física y mental que utilizó para presentar y preparar esa ofrenda.

Tal como las siguientes capítulos lo hacen evidente, se verá que un “desperdiciar” fue meramente una parte pequeña de los resultados negativos que vinieron a la vida de Caín a causa de su actitud de iniciación. Si tenía Pablo en mente o no a Caín cuando escribió la Carta a los Gálatas, él ciertamente habló de la situación de Caín al declarar: “Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción” (Gálatas 6:8).

Nosotros habríamos esperado mucha tragedia si el acto de Caín hubiera sido un acto de inmoralidad. ¡No lo fue ¡Fue un

acto de adoración! El estaba completamente convencido de que su acción le traería mucho agrado a Jehová. Si empleáramos terminología neotestamentaria, lo explicaríamos de esta manera: Caín estaba sirviendo a Dios en “la carne”. La carne es autoconfianza, confianza en uno mismo, y es obvio que Caín creyó su idea, porque la ofrenda era superior a la idea de Dios.

Nosotros hacemos lo mismo.

En nuestra “semejanza de Caín”, servimos a Dios en la carne. Debido a nuestra propia actitud de saberlo todo, pensamos que tenemos ideas para el servicio y el ministerio cristianos, que son superiores a las de Dios. Tales pensamientos son más probablemente subconscientes que conscientes, pero cualquier iniciación de nuestra parte en el servicio cristiano es una expresión de nuestra propia autoconfianza; y podemos esperar la corrupción espiritual que sigue.

En párrafos anteriores nos referimos a Gálatas 6:8. La segunda parte del versículo promete: “Mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”. Resulta obvio que Pablo pone las frases “siembra para la carne” y “siembra para el Espíritu” lado a lado, para que sus lectores capten el hecho de que ambas cosas son opuestas, contrarias la una a la otra, contradictorias entre sí. La conclusión es clara: cualquier servicio cristiano que no ha sido iniciado por el Espíritu Santo, ha sido iniciado por nuestra propia carne, nuestra propia autoconfianza, nuestra actitud de saberlo todo.

Algunos piensan que cualquier servicio “cristiano” es necesariamente una obra del Espíritu Santo y no de la carne. Pero tal cosa no es cierta. Aun un estudio casual del libro de los Gálatas, revelará que gran parte de la actitud cristiana no es nada más que actividad “carnal”.

Consideremos las dos actividades básicas que son nuestras en nuestro andar con el Señor—lectura de la Biblia y oración.

¿Quién hace la decisión respecto del “cómo” y del “cuánto tiempo” estudiaremos nuestra Biblia? ¿Quién decide qué tan largo debemos orar? ¿Y a quién debemos orar? ¿Quién decide respecto de qué es por lo cual debiéramos orar? Por lo general; nosotros lo decidimos a menos que estudiemos nuestra Biblia y oremos bajo la dirección del Espíritu de Dios, estaremos sirviendo a Dios “en la carne”.

¿Y qué en cuanto a testificar?

Nosotros estamos sirviendo a Dios “en la carne” el estamos empeñados en hacer nuestras propias oportunidades de testificar o en intentar “convencer” a otros a aceptar a Cristo, pero haciéndolo en nuestra propia sabiduría.

Tal vez usted tenga ‘una responsabilidad en su iglesia. ¿Quién inició esto? A menos que el Señor nos haya puesto en nuestras responsabilidades eclesíásticas, nosotros hemos sido—de alguna manera—una parte en iniciar el asunto.

Nuestro estado presente de servicio cristiano evoca otras preguntas.

¿Fijamos nosotros metas para nuestro grupo porque todos los demás lo hacen?

¿Intentamos confortar a alguna persona afligida con un “pensamiento” que leímos en un libro?

¿Estamos participando en ciertos ministerios porque ello hará que nuestro grupo eclesíástico “se mire bien”?

¿Estamos participando en algunos de nuestros servicios cristianos sólo porque sabemos que otras lo esperan de nosotros?

Hay innumerables ejemplos de cómo nosotros hacemos el trabajo del Señor como resultado de nuestra propia iniciativa ¡en lugar de la dirección del Espíritu Santa! Mencionaremos unos pocos de los resultados negativos que provienen de nuestro iniciar la obra del Señor.

Muchas, muchas veces les he preguntado a varias personas cómo sus “programas planeados” de cosas tales como oración, estudio bíblico y el testificar les ha resultado. La respuesta inevitable ha sido: “He fracasado”.

¿Qué siguió al fracaso?

La respuesta parece ser siempre la misma: “Culpa, autocondenación, depresión”.

Realmente, quienes salen exitosos por un breve tiempo en tal servicio carnal cristiano, no hacen más que complicar su problema. El problema es autoconfianza, y el aparente triunfo lo más que hace es agrandarla. Pero—en fin de cuentas—la falla o el fracaso vendrá.

Recientemente, oí a un hombre hablar; él ministra a cientos de pastores. Afirmó que él habla con más y más hombres que quieren salirse del ministerio. La depresión que hace que un ministro “quiera” salirse, provienen de una manera u otra del espíritu de iniciación, ya sea porque estos hombres entraron en el ministerio por su propia iniciativa, o porque han intentado ministrar por su propia decisión.

Los más conscientes ministros que sirven al Señor en la carne, realmente, le han hecho daño a su salud en su intento de ser fructíferos para el Señor.

Todos nosotros, ministros personas laicas por igual, debiéramos darnos cuenta de lo que un ministerio cristiano autoiniciado le hace a aquellos a quienes ministramos. A veces, les bendecimos con “montoncitos de nada”; en otras ocasiones, nosotros compartimos con ellos cosas que pueden ser espiritualmente dañinas. Nuestro consejo a ellos será ciertamente dañino si, en nuestros ministerios autoiniciados, les alentamos a “ir y hacer lo mismo”.

Muchos de los mejores siervos de Dios—y otra vez, tanto ministros como laicos—en sus ministerios autoiniciados, han

abandonado a sus esposas y a sus hijos “para hacer un buen trabajo para el Señor”.

Hay muchas expresiones acerca de esta autoiniciación. Limitación de espacio nos prohíbe discutir aquellos maneras de vida y las resultantes tragedias que surgen, cuando nuestra pasión por iniciar conduce hacia una vida de “abierta rebelión” contra el Señor. Baste decir, que una vida y un ministerio de autoiniciación están, literalmente, enredados con posibilidades de tristeza y tragedia, esto sin mencionar el tiempo perdido y la energía malgastada, tal como se demostró en el caso de Adán y Eva.

Si deseamos gozar la vida al máximo y el servicio cristiano al máximo, debemos cesar de vivir la vida de iniciación. La elocuente pluma de Isaías escribe un poderoso y atinado pensamiento, inspirado del cielo: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8, 9). Si nosotros hemos de caminar en los “altos caminos” del Señor, debemos cesar de vivir una vida de iniciación de nuestro propio pensamiento.

¡Alabado sea Dios!

¡Nosotros podemos!

Jesucristo no vivió una vida de iniciación. A decir verdad, él nunca inició nada.

Estoy consciente de que puedo parecer como un poco blasfemo al hacer tal afirmación; sin embargo, el Nuevo Testamento respalda esta fuerte afirmación. Más de unas pocas afirmaciones emanadas de Su propia boca confirman la posición que hemos establecido.

Juan 5:19 “De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo

hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente.”

Juan 5:30 “No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre.”

Juan 5:36 “Porque las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado.”

Juan 8:16 “Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre.”

Juan 8:38 “Yo hablo lo que he visto cerca del Padre.”

Juan 12:49 “porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar.”

Juan 12:50 “Lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.”

Juan 14:10 “Las palabras que yo os hablo, lo las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras.”

Juan 15:15 “Porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer.”

Juan 15:24 “Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre.”

Juan 17:4 “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera.”

Estas palabras de testimonio personal emanadas de los labios de nuestro Señor, dan clara y convincente evidencia de que Su vida en la tierra fue una vida de respuesta total al Padre, contrario a una vida de iniciación.

Por muchos años estuve confundido por Su aseveración en Juan 14:10, de que las palabras que él habló constituyeron las obras del Padre. Pero piense en esto. Durante Su ministerio terrenal, que condujo hacia la cruz, ¿puedo usted recordar alguna cosa que nuestro Señor jamás hizo para, cualquiera, excepto que usar Su voz? ¡Asombroso!, ¿no es cierto? Por supuesto, en unas pocas ocasiones él puso Sus manos sobre alguien, pero nunca lo hizo sin el acompañamiento de palabras de Sus labios.

A la luz de este hecho, por favor note cuán frecuentemente él dice que Sus palabras fueron de Su Padre. Para nosotros, sostener que lo que él dijo era del Padre, es igual a decir que todas las cosas que él hizo eran del Padre.

Las ventajas de vivir por respuesta más bien que por iniciación, son muchas y variadas. Mencionaremos aquí solamente dos.

Cuando nosotros abordamos cada día en la creencia de que el Señor nos está hablando continuamente—y creyendo que nosotros debiéramos responderle él—, viviremos en una mayor intimidad de comunión con él. Fue así en la vida de Cristo cuando él anduvo sobre esta tierra. Solamente unas horas antes de Su crucifixión, él les dijo a Sus seguidores: “He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; más no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Juan 16:32, *itálicas del autor*). Una comunión estrecha, íntima y continua con el Señor, ¡es una ventaja maravillosa para el creyente!

Una segunda ventaja que nosotros disfrutamos en una vida de respuesta, es el placer de ser una bendición a otros. Otra mirada a Juan 14:10, revela que tal cosa fue cierta en la vida de nuestro Señor: “Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras”. Sus palabras—que fluyeron en sus obras de bendición a otros—fueron *Suyas*, porque él estaba respondiendo al Padre.

La discusión de este presente capítulo nos lleva con fuerza a la conclusión de que vivir una vida de iniciación es una vida “como la de Caín”, mientras que una vida de respuesta es una vida “como la de Cristo”. También podemos concluir diciendo que lo primero lleva consigo mucho dolor y fracaso, pero lo segundo, acarrea bendiciones abundantes del Señor.

Yo me doy cuenta que hay creyentes que temen a la vida de respuesta. Ellos entienden que ello es ser pasivo—conducente hacia la Pereza o a una carencia de desarrollo de sus propias posibilidades en la vida.

Yo entiendo los temores. Quienes poseen tales temores, sin embargo, debieran examinar sus propias creencias acerca del Señor a quien sirven, y el Señor a quien nosotros hemos de responder. ¿Tiene el Dios de ellos un “punto de vista” acerca de cada momento de sus vidas? ¿Es el Dios de ellos poderosamente activo en la historia? Si las respuestas a estas dos preguntas son afirmativas, no debiera entonces de haber ningún problema de vivir una vida de respuesta antes bien que una vida de iniciación.

Más todavía, cuando nosotros respondemos a los pensamientos a las acciones de nuestro Padre celestial, de ninguna manera tendremos una mente o una personalidad subdesarrollada por el contrario, alcanzaremos nuestras más altas posibilidades por vivir en comunión con la mente y la personalidad de Quien creó toda la vida y toda la historia.

Es cierto que cuando empezamos a vivir una vida de respuesta, pudiéramos sentir por un rato que somos perezosos (o parecer a otros como que somos perezosos), porque ello probablemente conduzca a diferentes tipos de actividad. En la mayoría de los casos, emplearemos más tiempo a solas con el Señor en oración y en estudio de la Biblia de como hicimos antes. Estaremos más ocupados en actividad mental y, consecuentemente, seremos menos observables que antes. Llegar a la conclusión de que estos tipos de actividad son

inactividad, es un mal entendimiento.

Es mi opinión que muchos se han alejado de una vida de respuesta, porque Satanás les ha pervertido su concepto de Dios y les ha promovido la pasión de “realizar algo grande—alguna cosa grande—para Dios”.

Para ustedes que están aburridos de iniciar las actividades espirituales de sus vidas, y que están listos a empezar una vida de respuesta a Quien es la Mente del universo, hay un camino. Lo encontramos en nuestra unión con el Señor Jesucristo.

Nuestro viejo hombre—que incluye la pasión por iniciar—ha sido crucificado con Cristo. Nuestra carne, la cual está en oposición a la plena bendición del Espíritu Santo en nuestra vida, ha sido crucificada con Cristo. Porque somos en Cristo, estamos sentados con él en los lugares celestiales, mucho más arriba del enemigo derrotado—Satanás.

Cuando escogemos ser liberados del viejo hombre (lo cual incluye liberación del poder de la carne), y experimentar la vida en los lugares celestiales—y cuando creemos que el viejo hombre ha sido crucificado y nosotros estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales—, el Señor mismo empieza a hacer semejante vida, experimental para nosotros. Tal como lo hemos dicho antes, es el plan de Dios que la fe preceda a la realidad.

Antes de concluir con esta sección, debemos referirnos a una pregunta que frecuentemente se hace: “¿Como puedo saber cuando Dios está hablándome de modo que yo pueda responder?”

No se puede todas las veces.

La cosa más importante no es el que respondamos perfectamente, sino el que estemos dispuestos a vivir una vida de respuesta. Es importante que entendamos que hemos de vivir esa vida de respuesta—de que por nuestra unión con Cristo,

podemos vivir una vida de respuesta—, que debemos escoger vivir esa vida de respuesta. Cuando estos asuntos queden establecidos, debiéramos entonces tan sólo “seguir con lo que obtenemos”.

Estamos todavía aprendiendo. Ninguno de nosotros ha vivido alguna vez un pleno día en respuesta perfecto. Estamos creciendo en esa dirección. Entre más escogemos vivir una vida de respuesta, más lo haremos así. El Señor no se enojará con nosotros cuando fallamos en interpretar Su dirección pero él se sentirá contristado si fallamos en buscarle que nos de Su dirección de “momento a momento”.

Capítulo Seis

De la Competición a la Compasión

Me había a graduado de la Universidad tan sólo unas pocas semanas antes; más importante todavía, unos pocos meses antes había entrado en un nuevo y excitante andar con el Señor. Estábamos participando en una liga de béisbol de la iglesia, y estábamos sufriendo una humillante derrota. Aunque parezca extraño, a mí no me importaba nada el que estuviésemos perdiendo. Estaba asombrado de mí mismo, porque yo había sido siempre un duro perdedor.

El Señor estaba haciendo una cosa muy notable. El me estaba liberando momentáneamente de un espíritu competidor. Yo podía palpar, sin embargo, que la misma obra de gracia no

estaba ocurriendo en el *cácher* del equipo. Era obvio que él estaba avergonzado y enojado, y mi falta de interés lo hacía sentirse aún más incómodo.

Después de ese juego, no le volví a ver jamás. Obviamente, no tenía el deseo de jugar con un compañero de equipo quien aparentemente había perdido el deseo de ganar. La mayoría de nosotros nos habríamos sentido de igual manera.

Relato el incidente para ilustrar el espíritu competidor que está en todos nosotros, y también para mostrar que la gracia de Dios nos puede liberar de un espíritu tal. Quiero rápidamente confesar que mi liberación del deseo de competir y ganar fue solamente temporal. Sólo en años recientes una liberación duradera ha venido.

Si nos tomamos el tiempo para pensar en ello, todos nos daremos cuenta de cuánto somos afectados por un espíritu competidor. Una enorme cantidad de lo que hacemos y sentimos es el resultado de vivir, comparativamente, competitivamente. Somos arrastrados por el deseo de que nos miren mejor que a otros; de sobresalir.

Es la naturaleza de todos nosotros hacerlo así.

Durante toda nuestra vida hemos oído a la gente ser acusada de querer ser igual a los demás, de estar a la altura de los otros. La acusación misma revela un espíritu competidor; ella revela un vivir comparativo.

Dos o tres niños pequeños están jugando felizmente; de repente, y sin que haya una razón aparente, empiezan a luchar. Cada uno quiere probar que le puede pegar a los demás.

Un muchacho adolescente estudia hasta muy tarde en la noche, no necesariamente por superarse, sino por sacar las notas más altas de su clase.

Una joven pareja incurre peligrosamente en deudas, para

obtener una casa que tiene aspectos superiores a una localidad superior.

Un mecánico me dijo que cuando él escogió su profesión, también tenía la intención de ser “rey”.

Un barrendero de calles admitió: “Quiero ser el mejor barrendero de la ciudad”.

¿Ha notado usted cuánto de nuestro tiempo libre lo dedicamos a actividades competitivas?

Hemos hallado un escape para nuestra pasión por competir en el mundo del atletismo. ¿Cuánto de nuestro tiempo lo consumimos en el atletismo, ora como participante o como espectadores? ¿Quién es el que no tiene su equipo a sus equipos favoritos? El involucramiento del espectador algunas veces parece ser más grande que el del participante.

No solamente tenemos una cantidad de deportes en nuestras escuelas, sino que también tenemos todos los tipos de deportes en nuestra comunidad. Luego está el fenómeno de los deportes profesionales. En casi todas las ciudades grandes de nuestra nación tenemos equipos atléticos de balompié, de béisbol, de básquetbol, etcétera. También se patrocinan eventos especiales de competencias profesionales de golf y de tenis.

Y así sucesivamente, podríamos seguir mostrando como gran parte del espíritu de competición es una parte de nuestra vida.

Es triste, pero el espíritu competidor también se observa dentro del ámbito del cristianismo. Nuestro Señor tenía que reprender a sus seguidores porque estaban engarzados en el argumento de quién de ellos sería el más grande. Desde aquellos primeros días del movimiento cristiano, se ha introducido el deseo de sobresalir; de ser vistos mejores que los demás.

Muchísimo de la actividad en el movimiento cristiano surge

del deseo de tener la más grande o la más rica denominación, o iglesia, o clase de la escuela dominical.

En conversaciones casuales, expresamos nuestra opinión respecto de quién es el mejor predicador, profesor o evangelista, de cuál es la mejor iglesia.

Hemos escrito, comprado y estudiado libros acerca de las más grandes y de más rápido crecimiento de iglesias.

Cuando somos honestos, admitimos que dentro de nosotros arde un deseo de sobresalir de ser vistos mejor que la siguiente persona. Admitiremos también que muchos de nuestros motivos y muchas de nuestras emociones negativas surgen del deseo de ser vistos mejor que los que nos rodean.

Las Escrituras revelan que ser competitivos es ser “como Caín”. El fue un hombre a quien lo consumía el deseo de ser el número uno.

Al explicar el motivo de Caín para matar a su hermano Abel, el apóstol Juan dice: ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas” (1 Juan 3:12). Es obvio que Caín estaba en competición con Abel, y perdió.

Cuando entendemos que el básico pecado-problema de todos es la actitud de saberlo todo, no es difícil ver por qué es que nos consume un espíritu de competidor. Si cada uno de nosotros, consciente o subconscientemente, siente que somos tan inteligentes como Dios, no podemos esperar hasta que otros estén de acuerdo con nosotros. De aquí, que cada uno de nosotros está listo para probar su propia superioridad. Insistimos en ser siempre el “número uno”.

En el caso de Caín, el deseo de ser el número uno, le llevó a cosas tales como celos, codicia, ira, depresión, odio, y aún al crimen. Dejaremos nuestra discusión de esto para más adelante, pero ahora compartiremos algunos de los otros tristes resultados del espíritu competidor. El lector se enterará de muchos más de

los que el espacio nos permite aquí discutir.

Por varias razones podremos ganar un claro entendimiento de los negativos que emanan del vivir comparativamente mirando al mundo de los deportes; el corazón y el alma misma del atletismo es la competencia; la gran mayoría de nosotros estamos envueltos en los deportes ora como participantes o como espectadores; los deseos y la preparación de ganar, y las respuestas emocionales al ganar y al perder, han sido experimentados u observados por todos nosotros en numerosas ocasiones. Lo que descubrimos aquí revelará el daño hecho en cualesquiera áreas de nuestra vida dadas a la competencia con otros.

A menudo, uno de los más frecuentes resultados de la competición en el atletismo, es una gran cantidad de deshonestidad. Aún mientras escribo estas palabras, estoy pensando en un equipo universitario de fútbol, el cual probablemente gane un campeonato este año, pero que no podrá participar en la temporada siguiente de juegos, a causa de deshonestidad en reclutar a algunos de los jugadores que hicieron del equipo un campeón.

En la conclusión de cada evento deportivo hay fuertes emociones; los ganadores se sienten bien, y los perdedores se sienten mal. Sin embargo, esos sentimientos, buenos algunas veces, son acompañados del sentimiento de superioridad; el cual puede conducir a negativos tales como engaño y arrogancia; y los sentimientos malos son algunas veces acompañados de sentimientos de inferioridad y aún de cobardía, los cuales pueden llevar a una depresión y a temores de rechazo.

Los sentimientos de inferioridad y de cobardía son a menudo generados en un marco atlético, en donde algunas personas jóvenes no tienen el deseo ni la habilidad de ser parte de un evento o de un equipo de atletismo.

Las emociones tienen mucho que ver con el ganar eventos atléticos, y la pasión de ser “número uno” ha hecho que algunos atletas alcancen una altura emocional por medio de las drogas. Sólo recientemente se ha revelado, que uno de los atletas más famosos en la nación, participó en los dos últimos años de su carrera atlética, con la ayuda de cocaína.

Uno de los más terribles resultados del espíritu competidor es la falta de respeto que los atletas a menudo desarrollan hacia sus competidores. Hay muchos entrenadores que convencen a sus jugadores, de que a fin de que ganen, ellos necesitan odiar a sus opositores. Obedientemente, algunos de los jugadores trata de “fabricar” un odio hacia sus opositores antes de cada juego.

Pudiéramos mencionar muchos de los efectos dañinos del atletismo, pero nos circunscribiremos no más que a uno. Competir contra otra persona puede llegar a ser tan importante, que ello puede absorber totalmente nuestra vida de pensamiento. Nos vemos totalmente atrapados en los deseos y en la preparación para ganar. Para el cristiano, una absorción semejante resulta devastadora.

Muchos lectores tendrán problemas con lo que estamos compartiendo en este capítulo. Yo mismo he tenido problemas en esta área. La mayoría de nosotros podría decir: “Yo he visto que mucho bien proviene de la competencia. Sin embargo, evaluemos algo del bien que nosotros hemos visto que proviene de los eventos competitivos.

“La competencia es un medio de edificar la autoconfianza,” alguien dirá. Necesitamos recordar, no obstante, que la “autoconfianza” es el básico pecado-problema. Cuando competimos y hacemos bien, sólo estamos aumentando nuestro pecado-problema.

Más todavía, cuando competimos y hacemos bien, ¿qué pasa con la persona a quien le ganamos? ¿Cómo se siente ella respecto

de sí misma? ¿Es la voluntad de Dios el que nosotros intencionalmente dejemos a nuestros oponentes con sentimientos de inferioridad y fracaso, juntamente con posibles ira y depresión?

Otro beneficio de la competencia que algunos dicen que hay, es desarrollar la habilidad de trabajar con otros. Aquí hay algo que nosotros podemos creer que es un beneficio legítimo. ¿Es un ambiente de competición, el único lugar en que podemos aprender a trabajar con otros? ¿No podríamos también aprender a trabajar en equipo ministrando a alguien?

Uno podría argumentar que la actividad vigorosa en los deportes es buena para la salud. Otra vez, sin embargo, podríamos ganar ése beneficio aparte de la actividad competitiva. También, hay muchos casos documentados, de que tal actividad rigurosa en un marco tenso de competencia, ha conducido a dañar la salud y aun la muerte.

Al escribir este capítulo mi mente ha volado varias veces a los beneficios que nos han sobrevenido como un resultado de la competencia entre los Estados Unidos de Norteamérica y Rusia en el programa espacial. Yo soy uno de esos que han argumentado que las inmensas cantidades de dinero que han sido necesarias para enviar hombres a la Luna, no han sido desperdiciadas a causa de las ventajas que de ello han surgido.

Y no obstante, debemos recordar que solamente el Señor, verdaderamente tiene el conocimiento del bien y del mal. Nosotros los humanos pensamos que sabemos lo que es mejor.

Tendremos preguntas concernientes al contenido de este capítulo, pero una cosa es incuestionablemente cierta—Jesucristo no puso para nosotros un ejemplo de competencia, ni tampoco él nos enseñó a competir.

¿Deberán entonces todos los cristianos de retirarse inmediatamente de todos los esfuerzos competitivos, incluyendo los atléticos?

¡No! No, necesariamente. Sí, probablemente.

El cristiano debe andar en el Espíritu. Debemos hacer como el Señor dirija. Si Su dirección nos coloca en un marco competitivo, entonces debemos empeñarnos en él pero sólo para la gloria de Dios, no de nosotros mismos.

Nunca seremos removidos de un mundo de competencia. Así como nuestro Señor no compitió, pero otros compitieron con él, quienes están a nuestro alrededor competirán con nosotros, aun cuando nosotros no tengamos la intención de hacernos superiores a ellos. Debido al espíritu competidor que hay en ellos, se compararán con nosotros y buscarán mejores carros, casas, salarios, vestidos, posiciones, etcétera.

Cuando llegó a ser muy evidente a los dirigentes religiosos de la época de Jesús, que a él muchísimos le seguían el espíritu competidor les sembró en sus corazones la raíz de los celos, lo cual les movió a llevar finalmente a Jesús a la cruz. Debemos recordar, sin embargo, que él no estaba compitiendo con ellos.

Nuestro Señor no fue competitivo; él fue compasivo.

Claramente, él siempre se sintió movido a la compasión por aquellos que obviamente tenían necesidades, El también fue compasivo hacia aquellos quienes por tener un espíritu competitivo, le llevaron a la muerte.

Desde luego, Sus enseñanzas están repletas de ánimos de compasión, en la parte de Sus seguidores.

Yo espero que haya demostrado que es ser “como Caín” el ser competitivo; y es ser “como Cristo” el ser una compasivo.

Tal como estamos compartiendo en cada capítulo podremos ser cambiados de ser como Caín a ser como Cristo; de ser competitivos a ser compasivos.

El cambio es nuestra triple victoria que emana de nuestra unión con Cristo. ¡Alabado sea el Señor!

En primer lugar, nuestro espíritu competidor ha sido crucificado porque nuestro viejo hombre ha sido crucificado con Cristo. Nuestro espíritu competidor es una parte real de nuestro viejo hombre. Nuestro “viejo hombre” es nuestra actitud de saberlo todo, mas todo lo que ella ha producido en nosotros. Resulta obvio que queremos probar nuestra superioridad debido a nuestra actitud de saberlo todo.

Por la fe reclamemos nuestra libertad del viejo hombre y de nuestro espíritu competidor, a causa de nuestra unión con Cristo en la muerte.

Porque nuestro viejo hombre ha sido crucificado, la carne—una parte del viejo hombre—también ha sido crucificada. Es la “carne” la que está en oposición al Espíritu Santo. Cuando nosotros aceptamos la crucifixión de la carne y escogemos el Señorío de Cristo, la carne viene a ser inoperante, y el Espíritu Santo es liberado para llenar nuestra vida. Cuando somos llenos con el Espíritu Santo, somos llenos con amor compasivo.

En cuanto estamos “en Crieto”, estamos sentados con él en los lugares celestiales. Desde esa posición, estamos en autoridad sobre Satanás sobre todos los demonios de competencia, quienes se proponen remover en nosotros un espíritu competidor.

Nosotros tenemos entonces esta triple y poderosa Victoria ...

... nuestro “espíritu competidor” ha sido crucificado con Cristo; ... nuestra carne—que está en oposición al Espíritu Santo—ha sido crucificada; ... estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales una posición de autoridad sobre Satanás.

Reclamemos esta triple bendición con su acompañante victoria, y permitamos que el Señor nos cambie, de un “espíritu competidor” a un “espíritu de compasión”.

Capítulo Siete

De la Depresión al Gozo

“Y decayó su semblante” (Génesis 4:5).

El semblante de Caín decayó porque Jehová rechazó su ofrenda.

Obviamente, el semblante de Caín se alzó al acercarse él al Señor. Vino con plena confianza de que él y su ofrenda serían aceptados con muchas alabanzas por su empeño e ingenuidad.

Todas las cosas acerca de él—su andar, su hablar, su espíritu—escondían una excitación incontrolable a causa de la frescura, la abundancia y la perfección de la ofrenda que él presentó.

Nosotros conocemos el sentimiento. Al menos unas pocas

veces en nuestra vida, lo hemos dado todo; hemos puesto todo lo que teníamos en algo.

Conocemos también el sentimiento del semblante decaído. Hemos esperado las afirmaciones de cumplimiento y felicitación, y hemos recibido solamente críticas o, en el mejor de los casos, un cumplido falso. O hemos hecho todo lo posible a favor de alguien, y hemos recibido poco o ningún aprecio.

¡Y eso duele! Caín se sintió herido. “Y decayó su semblante.” El rechazo siempre hiere.

La primera respuesta de Caín al rechazo fue sin duda desaliento. Nosotros, que somos de la naturaleza de Caín, sabemos, sin embargo, que es sólo cuestión de segundos para pasar del desaliento por el rechazo a la depresión. Y de aquí, el título de este capítulo.

La declaración de Jehová, la cual siguió inmediatamente a Su rechazo de Caín y de su ofrenda, indica cuán profundamente Caín sintió el rechazo. “Entonces Jehová dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? y sí no hicieres bien, el pecado está a la puerta ...” (Génesis 4:6, 7).

Una definición de diccionario del término rechazo es: “una condición mórbida de melancolía emocional y alejamiento”. Esta es una excelente descripción de una persona con “el semblante decaído”.

Todos hemos sido vencidos por la punzada del rechazo, y en cuestión de segundos solamente, hemos tenido ese sentimiento de agobio emocional y de alejamiento. Ello fue inevitable. Podemos fácilmente creer entonces, que el rechazo de Caín de parte de Jehová, casi de inmediato resultó en una condición interior de depresión.

Sin embargo, el rechazo no es la única razón de Caín para sentirse deprimido. Las palabras de las Escrituras agregan

algunos otros factores que pueden ser una fuente de depresión.

En un capítulo anterior, hemos visto que el Nuevo Testamento revela que Caín estaba en competencia con Abel y tenía una pasión por ser “el número uno”. El apóstol Juan asevera que Caín mató a Abel porque “las obras de Caín eran malas, y las de Abel eran justas” (1 Juan 3:12). Caín falló como competidor. El fracaso es una de las causas más comunes de la depresión. Esto es especialmente cierto cuando nuestros esfuerzos han sido vigorosos y nuestras esperanzas han sido altas, tal como en el caso de Caín.

El fracaso con frecuencia trae consigo depresión, porque frecuentemente lleva a otra forma de rechazo—el autorrechazo. De cierto, todos nosotros conocemos la experiencia y sus emociones acompañantes.

El comentario de Primera de Juan no solamente revela un espíritu competidor en Caín; él también indica la fuerte posibilidad de celos. No puede haber duda alguna de que Caín estaba operando lo que el apóstol Pablo, llama la “carne”, y una de las obras de la carne es “celos”. Hay una distancia tan corta entre los celos y la depresión, que decir que la gente está sufriendo de celos es casi equivalente a decir que están sufriendo de depresión.

El fracaso y el rechazo de Caín, junto con el buen éxito y la aceptación de Abel (su competidor), indudablemente produjeron sentimientos de inferioridad en Caín. Tales sentimientos de inferioridad han llegado a ser tan reconocidos en nuestra sociedad moderna, que el término “complejo de inferioridad” es una frase harto común. Conocemos los sentimientos, También sabemos que nuestros sentimientos de inferioridad frecuentemente conducen hacia en estado de depresión.

Tenemos evidencia aun en el Nuevo Testamento, que Caín

estaba deprimido. El apóstol Juan asevera que Caín “era del maligno” (1 Juan 3:12). Satanás es todo un maestro en usar nuestros emociones contra nosotros. Esto está claramente indicado en el libro de Job, al empeñarse Satán en usar las emociones de Job para hacerlo estar contra el Señor. En las Eucrituras, Satanás es llamado “el acusador de los hermanos”. El nos acusa al uno contra el otro; él nos acusa contra nosotros mismos. Cuando él triunfa en lograr que la emprendamos contra nosotros mismos, ha triunfado en darnos un caso de “la depresión” Yo pienso que él hizo exactamente eso con Caín.

Hay al menos un factor más en el relato bíblico que pudiera indicar que el “semblante decaído” revela depresión en Caín. Nuestras conclusiones son grandes conjeturas, pero ellas están dentro del ámbito de la verdad bíblica.

Tal como ya lo hemos señalado, es al menos posible que Caín había puesto mucha energía en la preparación de la ofrenda que trajo. Si fue así, es también posible que él vino en un estado de fatiga física cuando él trajo su ofrenda. Nosotros los modernos sabemos que a menudo tenemos nuestra más profunda depresión cuando estamos en un estado de fatiga.

El deseo de Elías por morir, cuando se hallaba en el punto de extrema fatiga, muestra que el estado de fatiga física y depresión, no es un desarrollo moderno.

Si bien admito algunas conclusiones que se desprenden de la discusión anterior, espero que hemos dado suficiente contenido bíblico para dar fe a la creencia de que el semblante de Caín habla decaído, en parte porque él estaba en un estado de depresión.

Aquellos de nosotros quienes continuamente estamos trabajando con gente, sabemos que la depresión es una enfermedad de las más comunes, experimentada por aquellos con quienes trabajamos. Parece ser tan general como “el

resfriado común”, sin tener en cuenta la causa.

Sabemos que hay personas que se deprimen más rápidamente que otras. Sabemos acerca del temperamento de que en un momento podemos pasar de sentimientos de gozo abundante a depresión profunda. Si bien es cierto que no siempre tenemos todos los detalles interiores que nos gustaría poseer acerca de la depresión, sabemos que es una fuerza poderosamente devastadora en nuestro mundo presente.

Si nuestras declaraciones acerca de Caín han sido convincentes, hemos demostrado que Caín estaba deprimido; de consiguiente, nuestras tendencias a estar deprimidos son una evidente demostración de nuestra naturaleza de “ser como Caín”.

La depresión siempre se acompaña de resultados devastadores. Mencionaremos algunos de ellos.

La depresión puede paralizar nuestro servicio cristiano. Lo hace por varias razones. Por un lado, una persona deprimida tiene muy poco deseo de hacer ninguna cosa. El o ella, ciertamente no tiene un fuerte deseo por ministrar a otros. Cómo o por qué debiéramos nosotros convencer a otros, que hemos hallado la vida abundante, cuando nosotros sabemos que no es así. Nos sentimos hipócritas en un tiempo así, y ninguno de nosotros desea ser un hipócrita.

También, la depresión nulifica nuestra habilidad de tener un efecto positivo sobre aquellos con quienes buscamos tener un ministerio. Hay una historia famosa acerca de un joven que estaba al frente de una misión de rescate, invitando a los transeúntes a entrar y adorar con él. Uno de los que fueron invitados, miró al rostro del joven y respondió: “No, gracias, hijo, yo ya tengo suficientes problemas míos”.

Tal vez el resultado más trágico de la depresión sea su tendencia a evocar pensamientos de destrucción. En el caso de

Caín, la depresión fue parcialmente responsable del crimen de Caín contra su hermano. La depresión probablemente coloque a sus víctimas en una situación crítica. Esto es especialmente cierto cuando la depresión es causada por celos y por sentimientos de inferioridad y fracaso. La depresión es también probablemente una de las razones por qué muchos aún cristianos—se vuelven tan críticos respecto de otros en su edad de ancianos.

Muchos de nosotros nos hemos preguntado por años, por qué nuestra sociedad ha tenido que sobrellevar cosas tales como vandalismo, especialmente cuando no hay razón para ello. La depresión puede evocar pensamientos de destrucción.

Los pensamientos de destrucción producidos por nuestros estados de depresión no siempre están enderezados hacia afuera. A menudo ellos dirigen hacia la autodestrucción. La depresión es, sin duda la causa de la mayoría de los suicidios. ¿Quién no se siente perturbado ante el creciente número de suicidios? ¿Quién no se ha entristecido profundamente ante la ola creciente de suicidios entre los jóvenes?

El lector, probablemente, ha conocido la depresión y algunos de sus resultados en una forma personal. Obviamente, hay más resultados negativos que los que hemos mencionado aquí. Nuestro propósito, sin embargo, no es bosquejar los resultados infelices de la depresión, sino mostrar por qué nos deprimimos, y que hay una victoria sobre este tremendo enemigo y sobre sus trágicos resultados.

Jesucristo nunca estuvo deprimido.

El fue rechazado por la humanidad, pero él no estuvo deprimido. Se sintió cansado, pero nunca deprimido. El fue atacado por Satanás, pero nunca se sintió deprimido. Ante quienes le rodeaban, él pareció ser un fracaso, pero nunca, estuvo deprimido.

No es ser uno semejante a Cristo al sentirse deprimido—eso es ser semejante a Caín.

Por lo contrario, Jesucristo estuvo radiante de gozo. El Nuevo Testamento nos da a conocer vívidamente el gozo del Señor. Sí, es cierto que él lloró. Uno de los versículos más famosos en la Biblia afirma que Jesús lloró. Otros dos pasajes en el Nuevo Testamento hacen mención de las lágrimas de nuestro Señor.

De haber andado nosotros con nuestro Señor durante su peregrinación terrenal, habríamos andado con Uno Quien continuamente manifestó gozo abundante. Nos habría encantado haber estado con él.

El dijo de Sí mismo: “El Hijo del Hombre es comedor y bebedor”. El admitió que tenía la reputación de uno que era glotón y bebedor de vino. El no lo fue—¡por supuesto que no lo fue! Pero el hecho permanece, que sus detractores no hallaron un estilo abatido y amargo de vida como base para la crítica, pues de haber sido así, ciertamente habríamos oído hablar de eso.

Es inconcebible que nuestro Señor pudiera haber dicho: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” sin que se viera un rayo de luz en Sus ojos y se oyera un cántico de gozo en Su corazón.

Cristo vivió cada momento en la fuerza del Espíritu Santo, y el fruto del Espíritu es gozo.

A decir verdad, él oró para que tú y yo pudiéramos tener Su gozo en plenitud.

Sí, es ser uno semejante a Cristo el ser gozoso, y es posible que cada uno de nosotros esté gozoso a la semejanza de Cristo.

Desde que yo he venido a entender que soy, ahora uno con el Señor Jesucristo, he experimentado una maravillosa liberación

de la depresión. También, he experimentado una poderosa infusión del “gozo” profundo y satisfactorio del Señor.

Yo noto esto también en otros. A decir verdad, esto es una de las cosas que nosotros observamos en aquellos que han tenido la verdad de la unión con Cristo revelada a ellos.

Hace cerca de dos o tres años, después de que el Señor abrió mi corazón al mensaje de unión con Cristo, tuve el privilegio de compartir el mensaje con un estudiante de la Universidad, quien en verdad amaba al Señor. El vino a visitarme varias veces a mi oficina de estudio; hablamos con libertad acerca de las cosas del Señor. Especialmente hablábamos con libertad del mensaje de vivir por gracia.

Varios meses después de nuestras conversaciones, él entro experimentalmente en la vida de unión con Cristo. No me dijo inmediatamente acerca de la nueva vida que Dios le había dado. Por alguna razón él esperó varias semanas para informar de eso. Cuando él compartió conmigo que había empezado a vivir en unión con Cristo, dijo: “Un día, en su oficina usted le estaba explicando el mensaje a otra persona; y mientras usted hablaba, el Señor me reveló mi unión con Cristo.” Y luego agregó: “Y yo no he tenido ni un solo momento de depresión desde ese día.

¡Qué victoria!

Así como todos los resultados de la depresión son malos, todos los resultados del gozo son buenos. El gozo pone un buen sabor en todo lo que hacemos. Parece como que tenemos más energía física. Tenemos más deseos de servir a otros. De cierto, tenemos más deseos de compartir las buenas nuevas del Señor Jesús. Cuando les decimos a otros acerca de1 amor del Señor con un gozo manifiesto en nuestros corazones, ellos estarán más dispuestos a escuchar lo que tenemos que decirles.

Aun corriendo el riesgo de parecer aburridores con nuestra repetición, queremos compartir otra vez como es que nosotros

podemos experimentar nuestra unión con Cristo, y como un resultado, ser cambiados de la depresión al gozo.

Porque hemos sido colocados en Cristo por el Espíritu Santo, somos ahora uno con él, siendo ...

- ... crucificados con él
- ... muertos al pecado con él
- ... sepultados con él
- ... vivificados con él
- ... resucitados de los muertos con él
- ... entronizados con él
- ... hechos vivos para Dios con él.

Mientras que estas cosas son ciertas de nosotros a los ojos del Señor, ellas no vienen a ser experimentales en nuestra vida sino hasta que no hacemos tres cosas: (1) Venir a un conocimiento de que estas cosas son ciertas acerca de nosotros; (2) Creer que ellas son ahora espiritualmente ciertas acerca de nosotros; y (3) Escoger hacerlas ciertas acerca de nosotros.

Cuando hacemos estas tres cosas, y las hacemos para la gloria de Dios, entonces el Señor podrá cambiarnos de ser como Caín a ser como Cristo.

La depresión es del “viejo hombre”. En fin de cuentas, ella proviene de la actitud de saberlo todo y es experimentada por todos. Nuestro viejo hombre ha sido crucificado con Cristo. Cuando hacemos las tres cosas mencionadas arriba, la crucifixión del viejo hombre viene a ser una experiencia en nosotros. Somos gradualmente liberados de él y de su poder en nuestra vida. Como un resultado, somos liberados de la depresión juntamente con todas sus causas.

Cuando continuamos haciendo las tres cosas antes mencionadas, con el tiempo, la entronización con Cristo viene

a ser una experiencia con nosotros. Es de esta posición de entronización, que entendemos nuestra autoridad sobre Satanás. Llegamos a darnos cuenta que él, Satanás, es un enemigo vencido y que no tiene derecho de producir la depresión a cualquier otra cosa en nosotros. Del lugar de autoridad sobre nuestro enemigo derrotado, nos levantamos en contra de él en fe, y experimentamos liberación de la depresión que él busca producir.

Cuando hacemos las tres cosas mencionadas arriba, la carne—la cual fue crucificada con el viejo hombre—es restringida en nosotros y el Espíritu Santo está libre de llenar nuestra vida. Uno de los frutos del Espíritu es el gozo. Ser llenos del Espíritu Santo es ser llenos de gozo. Ser llenos de gozo es ser semejante a Cristo.

Una cosa que necesitamos observar acerca del gozo producido por el Espíritu Santo, es que este gozo nada tiene que ver ni hacer con nuestras circunstancias. Cuando somos llenos del Espíritu Santo, somos llenos de gozo, a pesar de nuestra situación a condición.

El Espíritu Santo puede continuamente llenarnos, únicamente mientras vivimos en nuestra unión con Cristo.

¡Que nuestro querido Señor nos dé gracia para que ahora mismo podamos reclamar todo lo que nuestra unión con él significa, y que ahora mismo empecemos a experimentar un cambio de ser como Caín a ser como Cristo, mediante la experiencia del cambio de la depresión al gozo!

Capítulo Ocho

De la Ira Pecaminosa a la Paciencia Divina

“¡Predicador!”

El grito de la joven madre llamó el atención, mientras yo me dirigía, en la oscuridad, hacia el automóvil.

“¡Sí!” respondí al voltearme a ver. Ella estaba parada a un lado de la puerta del templo.

“Yo probé su enseñanza hoy, y ¡me dio resultado!”, dijo ella.

La breve conversación tuvo lugar un miércoles después del culto de avivamiento en un servicio religioso en la parte norte de la ciudad de Dallas, Texas.

Ella estaba haciendo alusión al mensaje que yo había predicado la noche anterior. Yo había dado testimonio de cómo el Señor me estaba cambiando, después de revelarme el mensaje de nuestra unión con Cristo solamente unas pocas semanas antes. Yo había mencionado que el Señor me estaba liberando milagrosamente de la ira.

Ahora, solamente veinticuatro horas después de haber oído por primera vez el mensaje de victoria sobre el poder del pecado, ella estaba testificando de la verdad del mensaje.

Después del servicio el jueves por la noche, le pregunté si ella había disfrutado de victoria otra vez ese día. Ella dijo que sí. El viernes por la noche yo quise preguntarle acerca de cómo había pasado el día. Haciendo un gesto simbólico con sus dedos, ella me dijo: “Casi cedo, pero el mensaje dio resultado otra vez”.

“¿Es eso un record?” le pregunté.

“Excepto por una semana que la pasé en el hospital,” ella admitió.

No he visto a esa joven madre desde esa semana de cultos de avivamiento, y no sé qué ha pasado en su vida. Sé, sin embargo, que por ese período de tiempo, ella descubrió el camino a la victoria sobre la ira y sobre todo pecado. ¡Y ello es a través de nuestra unión con Cristo, nuestro Señor!

Caín se enojó.

Cuando Caín supo que Jehová había rechazado su ofrenda, “se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante” (Génesis 4:5b). La palabra hebrea que aquí se traduce por “ensañó”, también significa “se quemó”. Hemos visto a gente tan enojada, que un color rojo brillante se hace evidente en la cara. Esto es lo que indudablemente aconteció con Caín.

Todos hemos tenido experiencias con el enojo, que

podemos visualizar la escena en los ojos de nuestra mente, podemos ver el cambio de semblante en Caín—su cara resplandeció de ira.

Cuando hablamos de ira, estamos hablando realmente de eso que es como Caín.

La ira parece ser el pecado más prominente con muchos del pueblo de Dios. Yo he observado que cuando surge una discusión sobre el pecado de la ira, hay una respuesta de “confesión” de la mayoría de quienes están presentes.

El lector notará que el título del capítulo indica que nosotros podemos ser liberados de la ira “pecaminosa”. El adjetivo aquí es necesario porque hay tales cosas como la “justa indignación”. A menudo, se dice en el Antiguo Testamento que Jehová está enojado. Está registrado en el Evangelio de Marcos 3:5, que el Señor Jesús se enojó con los fariseos porque ellos no mostraron nada de compasión por el enfermo que estaba en necesidad. En Efesios se nos dice “airaos y no pequéis”. De modo que es necesario que nosotros hagamos una distinción entre el enojo “pecaminoso” y la “justa indignación”.

Cada acto de enojo debiera ser colocado bajo la luz escrutadora del Espíritu Santo; Cuando nosotros nos enojamos, debiéramos pedirle al Señor que nos revele si ese enojo es pecaminoso a no. Uno pudiera hallarse escondido detrás de las palabras “justa indignación”, cuando realmente ha pecado contra el Señor y contra alguna persona. Cualquier “cobertura” del pecado es espiritualmente devastadora.

En una ocasión, cuando yo me había enojado mucho, yo no sabía si había pecado o no. En mi confusión, fui a aquellos con quienes me había enojado y les dije que yo no sabía si mi ira era pecado o no, pero que si yo había pecado contra ellos, quería excusarme. Más tarde, el Señor me confirmó que yo no había pecado, pero ese enojo había sido, en verdad, una “justa

indignación”. Me sentí alegre, sin embargo, que yo había arreglado las cosas mientras esperaba una palabra clara del Señor.

¿Por qué experimentamos ira pecaminosa? ¿Por qué se enojó Caín?

La causa-raíz es la actitud de saberlo todo. De no haber traído Caín su ofrenda equivocada, él nunca se habría enojado. Obviamente, había otras razones inmediatas respecto del enojo de Caín—el rechazo del Señor, los celos, el fracaso—pero sigue siendo cierto todavía, que la raíz del problema fue su actitud de saberlo todo. Lo mismo es cierto en cuanto a nosotros y nuestros arrebatos de ira.

El Nuevo Testamento afirma que las obras de la carne son “... ira ... enojo ...” (Gálatas 5:19-20). Definimos la carne como autoconfianza, y la actitud de saberlo todo es confianza en nuestra propia sabiduría. Concluimos, entonces, que la ira la ira pecaminosa—proviene del problema-raíz del conocimiento del bien y del mal—de la actitud de saberlo todo.

Las Escrituras señalan otra razón respecto de la ira de Caín. Tal como lo hemos mencionado antes, “Caín era el maligno” (1 Juan 3:12). Obviamente, Satanás levantó a Caín a la ira.

Probablemente, todo lector de estas palabras, ha tenido la infortunada experiencia de estar en una reunión cristiana, en la que actitudes no cristianas han surgido a la superficie y, sin advertencia alguna, la gente estaba pronunciando “palabras ardientes” y con el ánimo alterado. Los fuertes lazos cristianos fueron dañadas o rotos. La experiencia fue inesperada e inexplicable. Fue claramente la obra de la carne; fue también, evidentemente, una obra de Satanás. El lo había iniciado todo. El parece tener un domino asombroso en el reino de la ira.

Es trágico que algunos cristianos lleguen aun a enojarse contra Dios, al igual que Caín. Cuando nos permitimos ser

dominados por la ira o el enojo contra el Señor, estamos invitando a la tragedia a venir a nuestra vida.

En primer lugar, nosotros ya no buscamos andar con el Señor; desestimamos el único plan perfecto para nuestra vida. No sacamos de sus abundantes recursos para el diario vivir y, de consiguiente, procuramos vivir de acuerdo con nuestros propios recursos.

Una vez me encontré con una señora quien parecía sentirse compelida a decirme de su reciente ataque cardíaco. Esta es la historia que ella me relató.

“Un día mi doctor entró en el cuarto en el hospital, acercó una silla a mi cama, se sentó y dijo: ‘Señora, ¿qué es lo que se la está comiendo? Le hemos hecho todas las pruebas o exámenes y no encontramos una razón física para su ataque del corazón.’”

Ella continuó: “Mientras yo hablaba con el doctor, descubrí que mi ataque del corazón era el resultado de mi resentimiento contra Dios. Mi esposo y yo nos habíamos jubilado hacia unos pocos meses antes, y en cuestión de unas semanas después de nuestro retiro, él murió de cáncer. Yo protesté contra Dios por la muerte de mi esposo.”

Su resentimiento, desde luego, tenía sus raíces en el enojo.

Sabemos que la mayor parte del enojo es contra la gente; pero aun el enojo contra la gente es peligroso para nuestra salud. Hay una famosa historia de un doctor en medicina, quien declaró que la siguiente persona que le encolerizara, él la mataría. Tiempo después, él estaba de pie y muy enojado en una convención de médicos, y cayó muerto.

Ya hemos aludido a la contribución que la ira o el enojo hace a las relaciones rotas. Estas relaciones rotas están en las iglesias, los hogares, las oficinas, las universidades, clases de la escuela dominical—están en todas partes y en más de una sola persona. Yo estoy cierto que sobre toda esta tierra, hay perso-

nas que no se han cruzado palabra entre sí por años, como resultado de un momento de ira y de alguna palabra áspera o una acción dura.

Tal como lo hemos mencionado antes, el enojo puede conducir hacia el resentimiento. Esto es probablemente lo que el apóstol Pablo tenía en mente cuando dice: “Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni déis lugar al diablo” (Efesios 4:26-27). Esto muestra que aun la ‘justa indignación’ puede degenerar en resentimiento cuando continúa y cuando Satanás tiene una oportunidad de hacer sugerencias durante nuestro tiempo de estar justamente indignados.

El enojo, y especialmente el enojo que ha degenerado en resentimiento, puede conducir a dañar a otros.

La ira de Caín, y su resentimiento resultante, condujo hacia el crimen.

Visité a un hombre en el hospital, quien había sido balaceado mientras intentaba visitar a su hijo en el hogar de los padres de su extraviada esposa. Yo podía ver donde la bala le había pasado por su pecho, peligrosamente cerca del corazón. Mientras hablaba con él, estaba enterado de que él estaba lleno de ira, de odio y del deseo de tomar venganza.

Cuando el enojo pecaminoso está en un punto extremo, él puede afectar nuestra habilidad de pensar. Temprano en mi ministerio, yo me sentí tan enojado en una sesión de negocios de la iglesia, que casi tuve un accidente en mi viaje de regreso al hogar, aun cuando no tenía ninguna idea de que me encontraba demasiado cerca al otro automóvil.

Tal vez la declaración más perturbadora en toda la Biblia, acerca del enojo, sea la que se encuentra en el Sermón del Monte, en el cual nuestro Señor dice: “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás, y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su

hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego” (Mateo 5:21, 22). Ese pasaje enseña que el enojo contra otro, nos pone bajo el juicio de Dios.

Cualquiera que lee estas palabras conoce el daño hecho por el enojo, ún más de la que aquí se sugiere. ¡El enojo es malo! ¡Sus result a-das son malas!

Guardar un enojo pecaminoso es no ser semejante a Cristo sino ser semejante a Caín.

Es ser semejante a Cristo el tener una abundancia de paciencia.

En el griego del Nuevo Testamento hay das palabras que se traducen por “paciencia”. La paciencia con la que estamos interesadas aquí, habla principalmente de paciencia la gente. Es la combinación de das palabras. Una significa “desde lejos”; la otra significa “ira”. La palabra significa, entonces, “lejas de la ira”. Con frecuencia se le traduce por “paz” Nunca se usa para describir a nuestro Señor, pero nosotros sabemos que él pasoyó esta cualidad.

Se nos dice en Gálatas 5:22, que el fruta del Espíritu es paz. Jesucristo vivió en el poder y en la fuerza del Espíritu Santo. De consiguiente, se nos asegura que él fue un hombre de “paz”. La narrativa de las Evangelias también dan una evidencia concluyente de su paz.

Veza tras vez usted y yo nos habríamos enojado; mientras que Cristo, no. Antes de resucitar a la hija de Jairo, se rieron y burlaron de él cuando él dijo que la niña no estaba muerta. ¿Quién de nosotros se quedaría sereno, sin enojarse cuando la gente hace burla de nosotros?

Fue una trampa la que los fariseos y los herodianos le pusieron al Señor cuando le preguntaron acerca de pagar los

tributos o impuestos, ¿Quién de nosotros habría enfrentado tanta astucia maligna sin siquiera enojarse?

Al comparecer Jesús ante Pilato, sus acusadores dijeron que él pervertía a la nación y que le prohibía a la gente que pagara tributos a César. Esas afirmaciones eran puras mentiras. ¿Contra quién de nosotros se atreverán a decir mentiras sin que ello no provoque nuestro enojo?

El hombre a quien nuestro Señor sanó en el estanque de Betesda, mostró su falta de aprecio porque fue y les dijo a los fariseos que era Jesús quien le había sanado en el día sábado. De haber estado nosotros con el Señor en esa ocasión, ¿habríamos sido pacientes con el hombre que le descubrió?

Aun mientras nuestro Señor se hallaba solamente a unas pocas horas distante de la cruz, él permaneció en silencio ante el trato injusto y malo que le dieron los judíos. Su silencio es una indicación de su paciencia y su compasión. ¿Quién de nosotros habría permanecido silencioso y sin enojarse en semejantes circunstancias?

Hubo otros eventos en la vida de nuestro Señor, que a muchos de nosotros nos habría enojado en gran manera. El rechazo de Su familia y los discípulos, el constante temor y dudar de parte de los discípulos, y la traición de Judas son unos ejemplos.

Sin lugar a dudas, nuestro Señor fue hombre de paz. El estaba muy “alejado” de la ira.

Ser paciente es ser uno como Cristo.

Los beneficios de ser uno pacífico son muchos. Nuestro Señor tuvo la ocasión de romper Su relación con Su familia, de perder la compañía y la comunión de sus discípulos, y de alejar a aquellos quienes más tarde vendrían a salvación, y de destruir Su influencia y oportunidad de ser nuestro sustituto en la cruz; pero él no lo hizo.

Cosas buenas suceden cuando la gracia de Dios nos da paciencia. Conservamos a los amigos que de otra manera los perderíamos; mantenemos la influencia cristiana que habría sido destruida; mantenemos intacta una oportunidad de ministrar a otros, a los cuales el enojo les habría destruido; somos un testimonio de la gracia de Dios, lo cual puede resultar en que otros busquen la misma gracia que Dios nos ha dado.

¡Gracias a Dios por eso! Hay la posibilidad de victoria sobre la ira; hay la posibilidad de tener el espíritu de paz.

Una de las actitudes más tristes que yo he encontrado es la actitud que dice: “Yo sé que es malo, pero es que así soy yo”. Esa persona parece gozar de sus “arrebatos de ira” y de la atención que despierta. Esa persona nunca conocerá el gozo de la liberación de la ira. El o ella es así, ciertamente. Todos saben que esa persona se da plena cuenta de su problema. No es necesario, sin embargo, que el creyente siga así, sin cambio alguno.

Antes de discutir nuestra victoria sobre la ira, necesitamos discutir nuestros medios de victoria sobre esos tiempos de enojo que ya los hemos experimentado.

Es concebible que la lectura de estas palabras acerca de la ira y la paciencia han agitado sentimientos profundos de culpa.

“Yo no puedo pensar acerca de buscar victoria sobre la ira en el futuro, antes de que haga algo acerca de mis arrebatos de ira en el pasado,” tal vez diga usted.

Si usted está teniendo sentimientos de culpa por sus estallidos de ira en el pasado, la gracia de Dios es adecuada.

El primer paso hacia la libertad de los sentimientos de culpa es la confesión. Cualesquiera pecados de enojo no confesados, deben ser traídos delante del Señor, con un corazón arrepentido. El no se asombrará. ¡El estará encantado! Después de que confesemos nuestros pecados, el Padre quiere que recibamos

Su perdón. No le hacemos honor al Señor cuando confesamos nuestros pecados y después no creemos que él nos ha perdonado, pues eso demuestra una falta de fe en su gracia abundante.

Cuando confesamos nuestros pecados y recibimos el perdón, pero todavía no tenemos paz, lo más probable es que nuestro enojo nos provocó a pronunciar una palabra o a hacer un acto pecaminoso contra la persona con quien estábamos enojados. En ese caso, necesitamos pedirle al Señor que nos muestre la verdadera naturaleza de la situación—esto es, si es que realmente hemos pecado. Si él nos hace saber que hemos pecado, entonces necesitamos excusarnos ante las personas envueltas en el asunto.

Supongamos que usted se enoja con alguien, pero su enojo nunca le provoca a alguna palabra o acto pecaminoso. Yo pienso que no es necesario en tales casos, hacer confesión a esa persona. Por el otro lado, cuando hablamos o actuamos rudamente, necesitamos hacer confesiones.

Confesar el pecado a otra persona es una de las cosas más dolorosas que somos llamados a hacer. Sin embargo, debemos soportar el dolor y hacer la confesión, si es que hemos de continuar andando sin estorbo con el Señor.

En varias ocasiones yo he pedido perdón por alguna cosa que dije con enojo. Yo sabía que debía hacerlo, sí es que quería continuar en comunión con el Señor.

En este punto, permítame ondear una bandera roja de advertencia.

No trate usted de desenterrar su pasado, haciendo intentos por excavar en pecados olvidados. Tales escudriñamientos interiores lo único que hacen es que enfoquemos la atención sobre nosotros mismos. El Espíritu Santo es capaz de redargüirnos de pecado. Cuando recordamos los pecados sin tratar de recordarlos, podemos estar seguros de que tal recuerdo es la obra del Señor. Cualquier otro abordamiento no es

espiritualmente sano. Por supuesto, Satanás intentará hacer que nosotros tengamos una falsa culpabilidad por los pecados que ya hemos confesado. En tales casos, debemos tomar a Dios en Su palabra, de que nosotros, en verdad, hemos sido perdonados de nuestro pecado—y creer a Dios en vez de creer las falsas acusaciones de Sataná.

Nuestras confesiones y apologías pueden venir en la forma de una confrontación cara a cara, llamadas por teléfono, o en alguna forma escrita. La cosa importante es que nos reconciliemos con los demás.

Necesitamos ahora fijarnos en la provisión de Dios para nuestra formación de ser como Caín a ser como Cristo—del enojo pecaminoso a la paciencia—tal como se enseña en la Palabra de Dios. Necesitamos entender el camino hacia la victoria sobre los actos de enojo o ira en el futuro.

La respuesta la hallamos en nuestra unión con Cristo.

El mensaje aquí es el mismo que el que está presentado en los capítulos anteriores. Una vez que conocemos de nuestra unión con Cristo, hemos de creer todo lo que ello significa, y entonces hemos de hacer nuestro escogimiento en armonía con todo lo que ello significa.

En nuestra unión con Cristo, estamos muertos al pecado con él y hemos sido crucificados con él. Estamos, entonces, muertos a la ira; la ira ha sido crucificada porque ella es del viejo hombre, el cual ha sido crucificado.

En nuestra unión con Cristo, estamos sentados muy por arriba de Satanás, nuestro enemigo derrotado. Desde esa posición de autoridad sobre Satanás, estamos en la capacidad de resistir las tentaciones de Satanás a llenarnos de ira.

Porque la crucifixión del viejo hombre incluye la crucifixión de la carne, la fuerza que está contra nuestro ser lleno con el Espíritu Santo, nuestra unión con Cristo, nos abre la puerta a

nosotros para ser llenos continuamente con el Espíritu Santo y el fruto del Espíritu es paz.

En nuestra unión con Cristo, entonces, podemos ser cambiados de ser como Caín a ser como Cristo. Podemos ser liberados de la ira pecaminosa a la paz divina.

Capítulo Nueve

Rebeldía Contra la Obediencia

Caín tuvo una oportunidad amplia para arrepentirse.

“Si haces bien, serás aceptado,” le había dicho Jehová a Caín después de la ira de Caín y de que su semblante había decaído.

Caín, según parece, nunca consideró ni siquiera por un momento, la posibilidad de arrepentimiento. El, altivamente, rechazó el ofrecimiento misericordioso de Jehová Dios.

Caín fue testarudo tanto como pudo. Rehusó admitir que había hecho mal, aun ante el Dios del universo.

Conocemas a gente que es obstinada como Caín. La verdad es que algunos de nosotros corresponderíamos a esta categoría.

A menudo, sabemos que nos iría mejor si nos sometieramos a las ideas y a las deseos de otras. Pero es que somos demasiado orgullosas como para admitir que las otras pudieran estar en lo correcto.

Caín era muy orgulloso para admitir que había cometido un error y que la idea de Jehová era correcta. Su actitud de saberlo todo le estaba causando desastre en su vida.

Hay otras narraciones bíblicas que indican que la obstinación es un resultado del conocimiento del bien y del mal. El rechazo de los hijos de Israel de entrar en la tierra prometida en Cades Barnea, revela que ellos pensaron que era mejor no entrar en la tierra de gigantes, como Jehová les había mandado. Cuarenta años después, Moisés se refirió a este rechazo de entrar, como un acto de dureza (Deuteronomio 9:27).

El libro de Jueces relata algunas de las horas más oscuras en la historia de la nación de Israel. De los pecados del pueblo, registrados en el libro, se dice que fueron el resultado de dureza (2:19). El autor del libro se refiere a esa época, como una en que cada persona hizo lo que a sus propios ojos era correcto— cada persona estaba viviendo conforme a su propia idea del bien y del mal.

Nabal, un personaje relativamente bien conocido en el Antiguo Testamento, es descrito como “duro”. La historia de Nabal es la historia de uno que fue grandemente duro. Nabal fue contemporáneo de David. Y Nabal era tan rico como era duro también. De su vida, nosotros aprendemos algunas de las tragedias que resultaron de la dureza de corazón.

Mientras David estaba viviendo en el desierto y en cuevas, sus siervos habían protegido a los siervos y al rebaño de Nabal. En una ocasión, cuando David supo que Nabal estaba esquilando sus ovejas, él envió una delegación a pedirle un regalo a Nabal. Debido a la dureza de corazón, sembrada profundamente en

Nabal, éste rechazó la petición. No habría de satisfacer los deseos de nadie.

Cuando David recibió la respuesta de Nabal, se preparó para el ataque. Uno de los siervos de Nabal le dijo a Abigail, la esposa de Nabal, acerca de la situación crítica que se presentaba. En el calor de la conversación, ese siervo expresó que Nabal era indigno y que nadie podía hablar con él. Sin que Nabal se diera cuenta, Abigail fue con presteza a David, con regalos para apaciguarlo y con la petición de que no atacara; y le dijo a David que Nabal era un torpe y sin valor alguno. David, al contrario de Nabal, cedió a la petición.

Cuando Abigail le informó a Nabal al día siguiente de los eventos, Nabal cayó en coma y murió diez días después, sin que hubiese recuperado el conocimiento. Tiempo después, David se casó con Abigail.

La historia de Nabal revela que cuando nosotros sembramos dureza de corazón, cosechamos abundancia de pena.

Su dureza de corazón fue lo que alejó a Nabal de todos los que le rodeaban. Aun su familia se alejó de él. Es cierto que David se casó con Abigail después de la muerte de Nabal, pero él ya había perdido el respeto y el afecto de ella mucho tiempo antes de su muerte. La dureza de corazón siempre nos alejará de la gente. Nadie quiere estar con una persona que “siempre está en lo correcto”—uno que nunca le da consideración a los pensamientos y los deseos de otros.

A menudo, como en el caso de Nabal, el alejamiento no es físico ni geográfico. Es un asunto del corazón. Este tipo de alejamiento es en ocasiones la peor clase de alejamiento que hay, debido a la constante intimidación que se debe sufrir.

Uno puede solamente imaginarse el número de problemas que se centralizan en los sentimientos de inferioridad, los cuales han sido creados a través de un contacto forzado con una per-

sona de dureza arrogante del corazón. Qué triste es que esas personalidades fuertes que lo saben “todo”, dejan en quienes les rodean sentimientos de incapacidad y de autocondenación. De cierto, nosotros no deseamos dejar tales sentimientos negativos en quienes nos rodean.

Esos casos de alejamiento causados por la dureza arrogante del corazón, que no son geográficos, también crean temor en aquellos que son obligados a permanecer bajo la intimidación dominante del que es empecinado. Todos conocemos aquellos casos en los que los miembros de la familia están siempre esperando “el momento justo” para hacer sugerencias o peticiones.

La testarudez de Nabal no sólo alejó de él a quienes le rodeaban, sino que le hizo aparecer como un tonto. Ni sus sirvientes ni su familia le tenían respeto.

Cuando nosotros los cristianos perdemos el respeto de quienes nos rodean, perdemos la oportunidad para el servicio. Aun perdemos el privilegio de conducir al inconverso al conocimiento salvador del Señor Jesucristo.

Abigail secretamente trató de deshacer el daño que Nabal se había acarreado sobre sí mismo y sobre quienes le rodeaban. ¡Qué cuadro tan triste! Pobre de la esposa o del hijo que deben soportar el dolor y la opresión de estar continuamente presentando excusas por las palabras y las acciones insensatas de un marido o de un padre empecinado. Y pobre del esposo que tiene que estar “enderezando” los errores de una esposa obstinada y arrogante. Y también pobre de aquel que tiene que tratar de deshacer la reputación de un insensato.

La testarudez de Nabal colocó a su familia y a sus sirvientes en peligro. David estaba planeando matarlos a todos ellos. Si bien es cierto que nosotros probablemente no hayamos conocido una situación tan severa como la de Nabal, es obvio que la dureza

de corazón que es lo suficientemente severa, crea enemigos que pueden tomar venganza en alguna forma. Si tal venganza le acarrea sufrimiento al que es duro de corazón, también su familia sufrirá con él o con ella.

Se nos dice que Dios castigó a Nabal y que Nabal murió (1 Samuel 25:8). Sus pecados le pusieron bajo el juicio de Dios. En la Carta a los Hebreos se nos enseña que el Señor disciplinará a Sus hijos, para él poder producir en ellos santidad y justicia. Cuando Dios envía sufrimiento, lo hace en amor, y él los envía a fin de que nosotros podamos cambiar. De cierto que la obsecación es una de las características que necesitamos quitar a nuestra vida.

Cuando Abigail regresó de hablar con David, ella encontró a Nabal bien borracho en una fiesta que él estaba dando. Uno podría fácilmente arribar a la conclusión de que semejantes acciones estaban de acuerdo con un desarrollado estilo de vida. En Deuteronomio, leemas: “Y dirán a los ancianos de la ciudad: Este nuestro hijo es contumaz y rebelde, no obedece a nuestra voz; es glotón y borracho” (21:20). Este pasaje del Antiguo Testamento que trata de la contumasia, claramente indica que quien es contumaz termina siendo borracho.

La contumásia que conduce hacia pecados tan groseros como la borrachera, está subrayada en Proverbios 7:10-12, que dice: “Cuando he aquí, una mujer le sale al encuentro, con atavío de ramera y astuta de corazón. Alborotadora y rencillosa, sus pies no pueden estar en casa; unas veces está en la calle, otras veces en las plazas, acechando por todas las esquinas”. Estos versículos indican claramente que la prostitución es el resultado de la contumasia.

Y por encima de todo, no hay indicación alguna en la historia de Nabal, de que él tuviera algún tipo de relación con el Señor. Ciertamente, el resultado más trágico de la contumasia es el rechazo a andar con Dios.

La contumásia de Caín resultó en su rechazo de andar con Dios.

En varias ocasiones, la Biblia coloca juntas las palabras “contumaz” y rebelde”. “Si alguno tuviere un hijo contumaz y rebelde, que no obedeciere a la voz de su padre ...” (Deuteronomio 21:18). “Y dirán a los ancianos de la ciudad: Este nuestro hijo es contumaz y rebelde ...” (Deuteronomio 21:20). “Y no sean como sus padres, generación contumaz y rebelde ...” (Salmo 78:8).

Es claro que la rebelión de que se nos habla en los dos primeros versículos citados arriba, se refieren a la rebelión contra los padres. Sin embargo, el espíritu de rebelión siempre se extenderá a ser también rebelión contra Dios.

Como pastor que soy, he hecho el llamamiento a la salvación y al servicio cristianos, literalmente miles de veces. En centenares de ocasiones, he visto que aquellos que no responden al llamado del Señor, lo hacen simplemente por una orgullosa contumasia. Un hombre no le permitirá a su esposa creer que él piensa que ella está correcta acerca de él y de su necesidad de andar con el Señor; un hijo, ni por un momento consentirá en admitirle a su madre y a su padre, que él ha estado equivocado acerca de la vida. De manera que, en su contumasia, ellos siguen en sus caminos de transgresión y de pecado.

La contumasia contra Dios traerá por resultado una vida vacía e inútil. El libro Segundo de Reyes habla de Judá en los siguientes términos: “Mas ellos no obedecieron, antes endurecieron su cerviz, como la cerviz de sus padres, los cuales no creyeron en Jehová su Dios. Y desecharon sus estatutos, y el pacto que él había hecho con sus padres, y los testimonios que él había prescrito a ellos; y siguieron la vanidad ... (2 Reyes 17:14 - 15a).

Ser uno contumaz es ser como Caín.

Jesucristo no fue contumaz. Un estudio de su vida nos lo

revela como el más complaciente de todos los seres humanos.

El espíritu de complacencia está expresado hermosamente en una descripción de “la sabiduría que es de lo alto” (Santiago 3:17). De ella se dice que es “racional”. Lo cual también quiere decir que esa sabiduría está “dispuesta a ceder”. De cierto, nuestro Señor posee la sabiduría que es de lo alto.

Un estudio de los cuatro Evangelios claramente indica que una y otra vez, se le hicieron peticiones a nuestro Señor, y él cedió a los deseos de otros.

Una y otra vez, le pidieron que sanara a alguien, y él respondió positivamente.

Cuando los fariseos y los herodianos vinieron a él para hacerlo caer en una trampa, y le preguntaron acerca del asunto de pagar tributos a César, él contestó a la pregunta de ellos. El no fue para nada contumaz.

En dos diferentes ocasiones, él respondió a las peticiones de los fariseos de cenar con él.

Y así nosotros podríamos seguir indicando las muchas maneras que indican que nuestro Señor fue complaciente y no contumaz.

La relación más profunda que él tuvo fue con Su Padre. El lo dijo con toda claridad, que él vino para andar con el Padre. El no tuvo planes que fuesen suyos. No inició nada por sí mismo. El estuvo aquí para responder, aun en el caso de que eso significase morir en la cruz.

En los relatos acerca de la experiencia de Cristo en el huerto de Getsemaní, las Escrituras comparten penetraciones en los más profundos pensamientos y emociones de nuestro Señor. A tres de sus discípulos él les dijo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Marco 14:34). La tristeza en sí misma era suficiente para matarlo. Sin embargo, él le dijo al Padre que era Su deseo

ir a la cruz, si tal era la voluntad del Padre. Y esa fue la voluntad del Padre, y él continuó en su camino hasta la cruz.

Durante mi temprana vida cristiana, leí de la intrepidez con que algunos de los mártires cristianos se enfrentaron a la muerte. Yó no podía entender el contraste entre el abordamiento de ellos a la muerte y el de Jesús. A su tiempo, desde luego, vine a entender que cuando él murió fue separado del Padre. Cuando él murió, tomó nuestros pecados y nuestra culpa sobre él.

El sabía a lo que se estaba enfrentando. Sabía que ese sería el más grande de todos los posibles sufrimientos. Pero no se volvió atrás en la voluntad del Padre. Caminó la senda justamente hasta su muerte agonizante en la cruz del Calvario.

¡Alabado sea el Señor! Jesucristo no fue contumaz.

Hemos afirmado antes, sin embargo, que él no se rehusó a sufrir y morir. Podía haber rehusado. Pero rehusarse no era el camino correcto; sin embargo, se estremeció porque sabía que ceder a cualquiera y a todo deseo era peligroso, por cuanto él “sabía lo que había en hombre”.

Un examen de algunas de sus negativas nos harán conocer sus razones.

Repetidas veces Satanás le hizo sugerencias a Cristo, que le habrían alejado de la voluntad del Padre. El, de cierto, no fue “barro” en las manos del maligno. El no estaba echándose atrás porque sabía que no debía ser puesto a un lado de la muerte substitutoria en la cruz.

Hubo aquellas ocasiones cuando se le pidió que hiciera un milagro sólo para satisfacer la curiosidad de alguien. El siempre respondió negativamente a tales tontas peticiones. No fue Su propósito hacer “cosas fantásticas” Estuvo aquí para andar con el Padre para la gloria del Padre. Cuando Su andar con el Padre necesitó de un milagro, el milagro vino. De otra manera, no hubo milagro.

La madre de Jacobo y Juan quería que sus hijos tuvieran lugares de gran importancia y autoridad en Su Reino. El rechazó la petición. Le dijo a ella que tales lugares eran para aquellos para quienes habían sido preparados. De haber contestado semejante petición, ella habría causado muchos celos y confusión entre los discípulos.

Uno de los más famosos incidentes de rehusarse pasó en el caso de Marta y María. Marta quería que nuestro Señor le dijera a María que le ayudara a servir. Pero él no lo hizo. El no podía, porque en Su respuesta nos dio una de sus declaraciones más convincentes acerca de la vida cristiana. Dijo que sólo una cosa era necesaria, y que María había escogido la buena parte. De su decisión y su respuesta en esa ocasión, todos nosotros sabemos que necesitamos vivir continuamente cara a cara con él.

En otra ocasión, le pidieron que hiciera descender fuego del cielo sobre aquellos que se oponían a él y a Su Reino. Pero él rechazó la petición. Su naturaleza misma no se lo habría permitido.

Los fariseos querían una explicación en cuanto a Su autoridad acerca de la limpieza del templo. El rehusó dar una respuesta. El no se engarzaba en una conversación tan sólo para satisfacer la curiosidad de Sus enemigos.

También se rehusó a ayudar a dos hermanos sobre la división o partición de una herencia. Eso fue un asunto del cual sintió que no debía participar.

Nuestro Señor rehusó a otros. Lo hizo por razones que no estaban aparejadas con los intereses de las personas partipantes; no deseaba ser contumaz.

El desea que seamos como él fue y es. No está interesado en que nosotros seamos como las olas del mar o las nubes del cielo, empujadas por la más ligera petición o sugestión. Al mismo tiempo, no quiere que seamos inconmovibles en nuestra contumasia.

Si nosotros nos encontramos entre quienes tienen un problema con la obstinación, podemos también saber que el Señor ha abierto el camino para el cambio.

Un pasaje en Deuteronomio, del cual ya hemos citado una parte, indica cuán profundamente la testarudez arraigada, puede estar en nosotros. Dice así:

“Si alguno tuviere un hijo contumaz y rebelde, que no obediere. a la voz de su padre ni a la voz de su madre, y habiéndole castigado, no les obediere, entonces lo tomarán su padre y su madre, y lo sacarán ante los ancianos de su ciudad, y a la puerta del lugar donde viva; y dirán a los ancianos de la ciudad: Este nuestro hijo es contumaz y rebelde, no obedece a nuestra voz; es glotón y borracho. Entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán, y morirá; así quitarás el mal de en medio de ti, y todo Israel oirá, y temerá” (Deuteronomio 21:18-21).

Nosotros no necesitamos esperar que la muerte sea la única manera para la liberación de la contumacia. Por nuestra unión con Cristo, tenemos la misma solución a nuestra disposición.

Repasaremos nuestros medios de cambio de ser como Caín a ser como Cristo—y en este caso, el cambio de la contumacia a la complacencia.

Cuando fuimos inmersos en el Señor Jesús por el Espíritu Santo en el tiempo de nuestra experiencia de conversión, vinimos a ser uno con él en la muerte y en la vida. En nuestra muerte con él, morimos al pecado y vinimos a ser uno con él en la crucifixión—nuestro viejo hombre fue crucificado con él. En nuestra vida con él, somos vivificados ante Dios y venimos a

ser uno con él en la resurrección. Nuestra resurrección con él es triple: Somos vivificados con él, resucitados de entre los muertos con él, y somos entronizados en los lugares celestiales con él.

Cuando cualquier creyente oye, cree y actúa sobre el mensaje de unión con Cristo, el Señor produce un cambio tremendo en la vida de ese creyente.

Nuestra creencia de que somos uno con él en la crucifixión, y nuestro escogimiento de liberación del viejo hombre, hace que nuestra crucifixión con él venga a ser una experiencia para nosotros. Y sí, se opera una liberación de la contumacia, la cual es parte del viejo hombre.

Cuando la crucifixión del viejo hombre viene a ser una experiencia para nosotros, viene una restricción de la carne la cual quita la única barrera que estorba el que seamos llenos del Espíritu Santo. Cuando somos llenos del Espíritu Santo, somos llenos de condescendencia—de Cristo mismo. Entonces tenemos el espíritu de la docilidad a condescendencia.

Cuando escogemos y reclamamos nuestra unión con Cristo en la entronización, ésta llega a ser experimental. Es de esta posición que nosotros podemos tratar con Satanás, quien nos empuja a la contumacia.

Esta triple victoria es adecuada para cualquiera de nosotros, para que tengamos el poder de cambiar de la contumacia a la docilidad de ser como Caín a ser como Cristo.

Capítulo Díez

Del Odio y de la Malicia al Perdón

“No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano”
(1 Juan 3:12).

“Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida” (1
Juan 3:15).

Es obvio que el odio de Caín lo llevó a matar a Abel. Nosotros casi podemos “sentir” el odio en Caín cuando meditamos en el pasaje. El había traído su ofrenda con muy alta expectativa de aceptación y alabanza. Cuando fue rechazado y su hermano menor fue aceptado, primero reaccionó con furioso enojo; el enojo, con el tiempo, se convirtió en aborrecimiento.

Entonces, con calma y con aborrecimiento y tretas, él atrajo a Abel a la privacidad del campo, y cuando estaban los dos solos allí, Caín mató a Abel.

He usado los términos “odio y malicia” en el título, porque un cristiano no puede odiar. “Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él” (1 Juan 3:15). Veremos más adelante que un cristiano puede, sin embargo, tener malicia, que es el deseo de ver que un daño se produzca en otro.

La causa básica del odio de Caín fue otra vez su actitud de saberlo todo. Vemos un progreso desde esta actitud hasta su problema con el odio. A causa de la actitud de saberlo todo, Caín quiso ser el “número uno”. Cuando llegó a ser notorio que él había sido relegado a un lugar inferior al de su hermano, respondió con enojo y celos. Con el tiempo, el enojo y los celos produjeron odio.

La posibilidad de malicia está en todos nosotros hasta que no hayamos encontrado victoria sobre nuestro propio problema del conocimiento del bien y el mal.

Hay una causa atenuante para el odio de Caín. Caín “era del maligno” (1 Juan 3:12). En una ocasión, cuando nuestro Señor estaba conversando con los fariseos, expuso a Satanás como un mentiroso y un homicida. Poco antes de que Caín cometiera el homicidio: Caín habló con Abel. Uno no puede tener duda alguna de que Caín le habló con engaño. Y así, la exposición que nuestro Señor hizo de Satanás, se ajusta al crimen de Caín, tan exactamente como la mano en el guante.

Las dos principales razones para el odio en Caín fueron su actitud de saberlo todo y la influencia de Satanás. Las dos cosas principales de la malicia, entonces, en el corazón del creyente, son la actitud de saberlo todo y la influencia de Satanás.

Hay muchas razones por qué nosotros los cristianos

debíamos desear una victoria continua sobre la malicia. Unas pocas de esas razones serán presentadas.

Simón Pedro amonestó a los lectores de su Primera Epístola, a quitar la malicia para que ellos pudieran desear la leche espiritual de la Palabra, tal como desean la leche los niños recién nacidos. (Véase 1 Pedro 2:1, 2). Tal deseo por la Palabra resultará en fin de cuentas en crecimiento espiritual.

La malicia, entonces, se levanta en el camino del deseo por la Palabra de Dios. ¡Que tragedia tan grande! Hemos visto la verdad de la declaración de Pedro operando en iglesias que hemos conocido. Hemos visto a cristianos profesantes, tan llenos del deseo de ver el daño en otros, que tal deseo los consume. Ellos no han dejado lugar en sus corazones para un deseo en busca de Dios y de Su Palabra.

A menudo, una malicia tal conduce a división en la iglesia, al empezar la gente a formar bandos. Un ministro amigo dijo haber predicado en una iglesia en donde las facciones habían llegado a ser tan serias, que la gente se sentaba “solamente” con los de su propio grupo durante el servicio de adoración. El pasillo del centro del santuario del templo era la línea divisoria. Uno se pregunta cuántos de esos asistentes realmente “adoraban” durante el culto.

El siguiente evento probablemente subraye el grado en el cual hay malicia en las iglesias de los tiempos modernos.

Asistía yo a una reunión de pastores, y nos habíamos arrodillado a orar. Mientras orábamos, parecía que el Señor nos estaba hablando a todos de una manera poderosa. Uno oraba y después otro continuaba. De pronto, uno empezó a sollozar mientras oraba. Yo reconocí su voz. Era la voz del hombre quien era el líder del grupo de iglesias representadas por los pastores allí presentes. El grupo de iglesias que él dirigía era alrededor de 150 en número.

El sollozaba así: ¡Oh Dios, sé con nuestras iglesias! ¡Cuando oímos de una iglesia que le está yendo bien, oímos de diez iglesias que están en dificultad!

Cualquiera que ha estado envuelto muy de cerca en la vida eclesiástica, aun por breve tiempo, sabe que esas dificultades emanan de un espíritu de malicia.

Mientras que aquellos que eran los dirigentes en la división debieran haber estado anhelando conocer a Dios y Su Palabra, ellos se llenaron de malicia hacia sus compañeros creyentes, quienes habían sido hechos a la imagen de Dios.

Cuando uno se da cuenta de la emoción que pudo haber estado en sus vidas, surgiendo de un anhelo por conocer a Dios y Su Palabra, ello no hace más que aumentar la pena que viene de familiarizarse uno con tales iglesias.

En la apelación de Simón Pedro a quitar todo malicia (1 Pedro 2: 1-2), él indica que la malicia se levanta en el camino del crecimiento espiritual. Resulta obvio que un anhelo por la Palabra es esencial al crecimiento espiritual

¿Qué pastor no se ha contristado por la falta de madurez entre los miembros de su iglesia? ¿Qué cristiano serio y consciente no se ha sentido descorazonado por la trágica inmadurez de sus compañeros creyentes? Piense, entonces, cómo nuestra carnalidad debe contristar el corazón mismo de Dios.

Los pastores han probado todo nuevo programa que pueden conseguir, a fin de discipular a sus miembros. Tales programas han fallado para algunos pastores. Aun sobresalientes maestros de la Biblia no han podido disminuir nuestra falta de crecimiento como cristianos.

De acuerdo con Simón Pedro, debemos tratar con el pecado de la malicia, si es que vamos a tener el suficiente deseo por la Palabra de Dios para que podamos crecer.

El apóstol Pablo comparte con nosotros razones para quitar la malicia. En Efesios, capítulo cuatro, Pablo nos dice que quitemos toda malicia. Tal amonestación viene inmediatamente después de la instrucción para no contristar al Espíritu Santo.

El está afirmando que la malicia en nuestros corazones trae tristeza al Espíritu Santo. Todos debiéramos entender que el Espíritu Santo, porque él es una Persona, tiene emociones así como nosotros. El puede contristarse. Si usted y yo nos contristamos cuando vemos malicia en los corazones de nuestros compañeros creyentes, cuánto más el Espíritu Santo. Si los padres y las madres se llenan de dolor cuando ven pecado en las vidas de sus hijos, cuánto más es así con el Espíritu Santo.

Su dolor es más grande que el nuestro, porque él es el santo Dios; Su dolor es mayor porque su odio al pecado es superior y también mayor es su amor por la gente.

La malicia apaga al Espíritu Santo. Hemos mastrado cómo la malicia acarrea divisiones, y las divisiones siempre apagan al Espíritu Santo. Vez tras vez algunos de nosotros hemos estado presentes en los cultos de adoración cuando sabíamos que algo andaba mal. No había gozo en la música; el pastor no tenía poder cuando predicó; la invitación estaba totalmente vacía de poder convincente. Cuando uno ha estado en la obra del Señor por algún tiempo, uno sabe que hay una fuerte posibilidad de “apagar el Espíritu”, lo cual puede ser el resultado de malicia en la iglesia.

En Efesios capítulo cuatro, el apóstol Pablo nos amonesta a quitar toda malicia y otros pecados, para que podamos ser llenos de virtudes tales como bondad, benignidad, y perdón. Resulta evidente que él está señalando que el Espíritu Santo no puede llenarnos con las virtudes de Cristo mientras nosotros no quitemos pecados tales como la malicia.

De consiguiente, concluimos en que otro resultado de la malicia es una vida con una carencia de virtudes cristianas.

Porque la malicia es el deseo de ver a otra persona dañada de alguna forma, nosotros confiadamente concluimos que la malicia inevitablemente produce en nosotros un espíritu de crítica. No es la única causa, pero es una de las “prominentes”.

Nuestro Señor está hablando de un espíritu de crítica cuando él dice: “¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?” (Mateo 7:3). La “viga” es el espíritu de crítica. Ese espíritu en nosotros nos hace que continuemos mirando la paja en el ojo de nuestro hermano.

Jesús continua: “¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano” (Mateo 7:5). Por favor, note. El no dice que nosotros veremos la paja claramente cuando quitemos la viga de la crítica de nuestros propias ojos—El dice que nosotros veremos claramemte cómo quitar la paja del ojo del hermano. ¡Qué pensamiento tan glorioso!

¡Que motivos para tratar con la malicia!

Muy emparentado con el espíritu de la crítica está el uso de la lengua. La Palabra de Dios habla en términos fuertes acerca del uso pecaminoso de la lengua. Uno de los pasajes clásicos sobre el uso de la lengua se encuentra en Santiago 3:5-12. Santiago introduce su declaración concerniente a la lengua, con referencia al hecho de que el freno en la boca de los caballos y el timón en los barcos son objetos pequeños, pero ellos hacen cosas muy poderosas. El entonces agrega:

*Así también la lengua es un miembro pequeño,
pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán
grande bosque enciende un pequeño fuego! Y*

la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma se inflamada por el infierno. Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce.

Uno solamente puede imaginar el daño que ha sido hecho a través de los años por aquellos que han asesinado el carácter de algún consciente hijo de Dios, aún cuando ellos no hubiesen cometido realmente un crimen, tal como nuestras leves penales definen el término.

Cuando llegué a ser pastor de una de mis primeras iglesias, el pastor anterior todavía no se había mudado a su nuevo campo eclesiástico: Un domingo, su esposa se quedó en casa y asistió a nuestros cultos. Después de los cultos, le ofreci conducirla en mi automóvil a su casa. Mientras íbamos a su casa, ella dijo una y otra vez: “¡Qué sermón tan maravilloso!”

Yo debí haberme sentido halagado por sus comentarios, pero, realmente más bien me sentí confundido. ¿Qué habría dicho

yo, que el sermón hizo un gran impacto en ella? Esto es lo que me preguntaba. Finalmente, una respuesta vino que yo siempre he sentido es la explicación correcta de su respuesta.

El sermón fue el Sermón del Monte. Mucho de lo que dije en el sermón estaba basado en estas palabras de nuestro Señor: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo” (Mateo 5:11): En los días subsiguientes, supe que las cosas mencionadas por nuestro Señor en este versículo le habían pasado a ella y a su esposo mientras servían en esa iglesia.

Mientras el lector está pensando en muchos resultados de la malicia que no he mencionado, señalaré solamente uno más. Cuando un creyente vive con malicia, él inevitablemente estará plagado de profundos sentimientos de culpa y autocondenación. Esto se especialmente cierta en aquellos creyentes conscientes, quienes son las víctimas de la malicia y se lamentan todos los días porque pareciera que no hay liberación.

¡Alabado sea el Señor! Hay liberación, y nosotros estamos gozosamente presentando el camino hacia la libertad en este libro.

En la Persona del Señor Jesús no hubo malicia.

Ninguna persona ha estado más expuesta a las circunstancias que causan la malicia, como Jesús, pero él siempre fue caracterizado por un espíritu de perdón—nunca por un espíritu de malicia.

Uno de los pasajes más famosos en toda la Biblia es la declaración de nuestro Señor, mientras colgaba injustamente de los brazos de la cruz, es ésta: “Padre, perdónalos porque no saben la que hacen” (Lucas 23:34).

Jesús siempre tuvo un espíritu de perdón. El se enfrentó a toda indignidad que cualquier persona podría soportar, aun la muerte vergonzosa e inmerecida en la cruz, pero él nunca conoció la malicia.

Su espíritu de perdón se yergue para siempre como un desafío, para que nosotros perdonemos las indignidades a que nos enfrentamos, y para, que esperemos por la gracia de Dios que podamos perdonar tal como él perdonó.

Otro tremendo ejemplo de Su espíritu de perdón vino sólo días antes de Su crucifixión. El llegó cerca de la ciudad de Jerusalén. “Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos” (Lucas 19:41-42).

Más tarde, dijo a la misma ciudad malvada que le llevó a la cruz: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37).

Podríamos continuar indicándonos esos tiempos cuando nosotros probablemente habríamos respondido con malicia, y en los que él respondió con un espíritu de perdón.

Llamaremos, sin embargo, la atención a uno de los pasajes en los que nuestro Señor enseña el perdón.

“Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete” (Mateo 18:21-22).

Luego sigue la historia de un hombre que fue perdonado por su acreedor, pero quien, a su vez, no perdonó a otro que le debía a él. Acerca de un espíritu semejante, nuestro Señor dijo entonces: “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo vuestro corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (Mateo 18:35).

El hombre que no fue perdonado después de haber sido

perdonado, fue entregado a tortura por aquél quien primero le había perdonado a él.

Cristo Jesús puso el ejemplo del perdón y dio enseñanzas muy claras respecto del perdón. Las bendiciones abundan cuando podemos ser perdonadores de otros por sus pecados que cometen contra nosotros. Mencionaremos sólo unas pocas de esas bendiciones, debido a la limitación del espacio.

Una de las más famosas citas de nuestros días es esa que dice: “Todos los buenos matrimonios están hechos de dos grandes perdonadores”. Nuestras cortes de divorcios estarían mucho más ocupadas de lo que están, si no hubiera una gran cantidad de perdón en nuestros hogares.

En una parte anterior de este capítulo, hemos discutido la tragedia podrian de relaciones rotas en las iglesias. Estas tragedias padrían haberse evitado por un espíritu de perdón.

Es posible concebir que el lector sea miembro de una iglesia que está dividida en conflictos. Tal vez si usted asume la dirección en perdonar, usted podría iniciar una obra sanadora en su iglesia.

Un pastor amigo mío me refirió haber predicado en una campaña de avivamiento en una iglesia quebrantada por los pieitos. En uno de los servicios predicó sobre el perdón. Durante el tiempo de hacer la invitación, pidió si había alguien que iniciara el camino del perdón. Después de unos momentos, una persona pasó al frente. Pronto, otros pasaron al frente a declarar públicamente su deseo de perdonar a otros miembros de la iglesia.

Cuando vivimos con un espíritu de perdón, las facciones que dividen a nuestras iglesias no tendrán un lugar donde empezar.

El compañerismo y las relaciones se mantienen saludables y fuertes, cuando vivimos diariamente con un espíritu de perdón.

En la Segunda Carta a los Corintios, el apóstol Pablo indica algunas bendiciones que resultan de un espíritu de perdón. La iglesia, bajo la dirección de Pablo, había disciplinado a uno de sus miembros. Cuando Pablo escribió la Segunda a los Corintios, él alentó el perdón, diciendo: “Así que, al contrario, vosotros más bien debéis perdonarle y consolarle, para que no sea consumido de demasiada tristeza” (2 Corintios 2:7).

El intento del Apóstol es que protejamos al ofensor, de una tristeza excesiva. Cuando tenemos el amor de Cristo en nuestros corazones hacia otros, entendemos que esto no es una bendición insignificante del Señor. No entendemos todo lo que hay en la “demasiada tristeza”, pero no necesitamos saberlo. Solamente necesitamos entender que bendecimos a otros cuando los perdonamos.

En el mismo pasaje, el Apóstol alienta el perdón, “para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros” (2 Corintios 2:11). Junto con lo que ya hemos compartido acerca de la participación de Satanás en nuestra malicia, vemos que le abrimos la puerta a Satanás, para que él cause nuestros enojos y celos, y para que éstos degeneren en problemas más serios, cuando no perdonamos rápidamente a quienes pecan contra nosotros.

La más importante razón de que perdonemos pronto a aquellos quienes pecan contra nosotros, la hallamos en el comentario de Jesús que sigue al registro de la oración del Señor. Una petición de esa oración es: “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mateo 6:12). Es la única parte en toda esa oración, El Padre Nuestro, que Jesús comenta.

Su comentario es: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; más si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mateo 6:14 -

15). El mensaje es alto y claro. Cuando nosotros vivimos sin un espíritu de perdón, vivimos sin un andar con el Señor.

¡Cuán necesario es que encontremos la gracia de Dios para perdonar a cualquiera que peque contra nosotros!

¡Gracias al Señor! Hay un camino a esa gracia para un “vivir en el espíritu del perdón”.

Un camino hacía la victoria sobre la malicia—nuestro camino hacia un “vivir perdonador”—es por medio de la verdad de nuestra unión con el Señor Jesucristo.

Nosotros debemos oír, creer y actuar sobre el mensaje de nuestra unión con Cristo, en que estamos muertos al pecado y vivos para Dios; debemos oír, creer y actuar sobre la verdad de que hemos sido crucificados, sepultados, vivificados (hechos vivos), resucitados y entronizados con el Señor Jesucristo.

Cuando oímos, creemos y actuamos sobre el mensaje de nuestra unión con Cristo y todo lo que ello significa, el Señor hace un tremendo trabajo en nosotros. El hecho de nuestra crucifixión con Cristo y nuestra muerte al pecado viene a ser “experimental”.

En el viejo hombre quien ha sido crucificado con él, y una parte del viejo hombre es un espíritu malicioso. Cuando reclamamos, que el viejo hombre ha sido crucificado y que estamos muertos al pecado, Dios hace una obra de liberación en nosotros, del espíritu malicioso.

Una parte del viejo hombre es también lo que la Biblia llama la “carne”, y la intrusión de la carne es lo que nos estorba para ser llenos del Espíritu Santo. Cuando oímos, creemos y actuamos sobre la verdad de nuestra unión con Cristo, viene una restricción al poder de la carne, permitiéndole al Espíritu Santo llenar nuestra vida. Cuando somos llenos con el Espíritu Santo, somos llenos de amor, y cuando somos llenos de amor, somos llenos de un espíritu de perdón.

Cuando oímos, creemos y actuamos sobre nuestra unión con Cristo, el vivir entronizados viene a ser una experiencia para nosotros. De nuestra posición de entronizamiento en los lugares celestiales con Cristo, mucho más arriba de nuestro enemigo derrotado, somos capaces de tener poder sobre él y sus impulsos hacia la malicia.

¡Alabado sea Dios! No es necesario que ninguno de nosotros continúe en un espíritu de malicia. Se nos puede dar el maravilloso espíritu de perdón que nosotros vemos en nuestro Señor Jesús.

Creemos en nuestra unión con Cristo y el cambio que ella puede hacer en nosotros, de ser como Caín a ser como Cristo.

Antes de cerrar este capítulo, parece apropiado que le demos consideración a ese grupo de gente que ha sido dañado tan profundamente, que nuestras palabras parecieran casi como una burla. Ellos han sido dañados tan profundamente, que parece que la solución parezca superficial; involuntariamente, nosotros hemos “hecho luz” acerca de la severidad del dolor de ellos.

Yo he hablado con muchos individuos cuyo daño ha sido tan grave, que parecía imposible que ellos pudieran perdonar. En ocasiones, he pensado para mí mismo, en sesiones de aconsejar: “Aparte de la gracia de Dios, no hay manera en que yo pudiera perdonar si yo fuera esta persona a quien estoy aconsejando.”

Fue hace sólo unos meses que fui al hogar de unos abuelos cuyo nieto había sido ultimado por otro joven quien había escogido tomar bebidas embriagantes. Sus momentos de “diversión” produjeron la innecesaria muerte de su nieto. ¿Es, posible ser perdonador en semejantes circunstancias?

¡Sí lo es! ¡Y ellos lo lograron! ¡Alabado sea el Señor por una gracia como esa!

He oído de médicos negligentes, cuya falta de integridad

dio por resultado muertes innecesarias.

Me doy cuenta exacta de historias de esposos y esposas infieles, quienes han traído indescriptible dolor a su respectivo cónyuge a quien le habían prometido fidelidad

He oído historias increíbles de la manera en que miembros de iglesias han tratado a sus pastores, cuando a ellos ya no les gustaba él y cuando lo único que querían era que el pastor dejara la iglesia.

Sé de la crueldad de los jóvenes y de cómo pueden ser viciosos en sus palabras y actitudes hacia sus compañeros, cuando ello les puede ayudar a avanzar en sus propias causas.

Conozco a algunos patrones injustos, quienes socavaron a fieles empleados, insertando a alguien encima de ellos, sólo porque piensan que eso ayudará a la compañía.

Conozco a aquellos quienes no han entendido los caminos de Dios y del pueblo de Dios, y son dejados con serios malos entendidos hacia Dios y hacia Su pueblo.

Conozco estas historias y muchas más, pero también estoy completamente enterado de las enseñanzas del Nuevo Testamento. El amor de Dios es incalificable, y es asequible a nosotros cuando vivimos en la luz de nuestra unión con el Señor Jesucristo.

Y sí, yo también sé por experiencia de esa “gracia admirable”, la cual nos capacita para perdonar cordialmente a aquellos que han pecado contra nosotros.

¡Esta experiencia puede ser suya también!

Capítulo Once

Del Engaño a la Honestidad

“Y dije en mi apresuramiento; todo hombre es mentiroso,” declara el Salmista.

Tal vez en un tiempo menos emocional él suavizaría su acusación. Pero nos podemos identificar con su sentimiento. El usualmente viene cuando hemos sufrido a expensas del engaño de otro.

Jeremías el profeta declara: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9). El, obviamente, está haciendo una acusación la cual nos incluye a todos nosotros.

El apóstol Pablo cita a un profeta de Creta diciendo: “Los cretenses, siempre mentirosos” (Tito 1:12).

Es concebible que profetas de otros países podrían hacer la misma acusación respecto de sus conciudadanos.

Será bueno que cada uno echemos una mirada a nosotros mismos mientras leemos este capítulo. Es posible que seamos “Maestros de Engaño” sin siquiera saberlo. Recientemente leí una pregunta que todos pudiéramos hacernos: “¿Compraría un carro usado de una persona tal como yo mismo?”

Yo animaría al lector a preguntarle al Espíritu Santo que le revelara cualesquiera áreas de engaño. Todos tenemos puertas abiertas para la deshonestidad. ¿Nos estamos permitiendo caminar a través de esas puertas?

Hay una bien conocida historia acerca de un pastor a quien le fue dado más cambio del que debía recibir, al abordar un autobús de la ciudad. Cuando le regresó al chofer el cambio de más, éste le dijo: “Yo sé que le di demasiado cambio. Pero oía su sermón sobre honestidad el domingo pasado, y quise ver si usted practicaba lo que predica.” El ministro probablemente temblaba cuando volvió a su asiento, preguntándose qué habría pasado si él se hubiera quedado con el dinero. ¿Qué habríamos hecho nosotros en semejantes circunstancias?

Es evidente que la televisión ha sido una de las principales armas de Satanás, para inundar nuestros hogares con el nocivo veneno del engaño. Se nos hace creer que hay algo de virtud en “convencer” a alguien acerca de algo. De acuerdo con la televisión, el que astutamente engaña a otros debe ser aplaudido.

Varios años de tan dañino lavado de cerebro la tenido su efecto. Hoy por hoy, contamos con todo una generación de adultos quienes por largo tiempo han ingerido la filosofía de que “la deshonestidad es la mejor política”. Sus nervios espirituales han sido tan hipnotizados, que ellos ya no pueden oír esa voz interior que dice: “La deshonestidad es mala”.

Esa deshonestidad retrocede en el tiempo hasta el encuentro de Eva con Satanás, y a Satanás mismo; esto es claramente

evidente al más casual lector de la Biblia. Jehová les había dicho a Adán y a Eva, que ellos, de cierto morirían si comían del árbol del conocimiento del bien y del mal. En su conversación con Eva, Satanás mintió: “no moriréis” (Génesis 3:4).

Adán y Eva creyeron a la mentira de Satanás y probaron del fruto; al poco tiempo, ellos mismos estaban practicando el engaño. Intentaron esconderse de Jehová.

Nuestra propia temprana infección de la espantosa enfermedad de la deshonestidad se refleja en las palabras del Salmista David: “Se descarriaron hablando mentira desde que nacieron” (Salmo 58:3b).

En el capítulo cuatro de Romanos, el apóstol Pablo da una lista larga y terrible de los pecados de la raza humana, y él escribe que estamos “llenos ... de engaño” (Romanos 1:29).

Nuestro Señor dice: “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos ... el engaño ...” (Marcos 7:21, 22). De cierto, la garganta del hombre es “sepulcro abierto” (Romanos 3:13), exhalando la putrefacción de un corazón engañoso.

Los Salmos. también atestiguan que hay quienes “aman la mentira” (Salmo 62:4). Para algunos, la mentira es como un bocado delicado al paladar.

En la Biblia abundan los relatos de actos de deshonestidad. La lectura de algunos de ellos casi nos hacen retroceder de horror.

Un ejemplo de esto lo encontramos en la vidas de Ananías y Safira. Ellos fueron miembros de aquella primera comunidad cristiana, una comunidad de creyentes que vivían juntos en dulce compañerismo e interdependencia. Mientras compartían sus bienes materiales, Ananías y Safira vendieron una propiedad, y Ananías trajo una parte del dinero al tesoro común. El afirmó que lo había traído todo. Simón Pedro le preguntó: “¿Por qué

llenô Satanás tu corazón para que mentiéses al Espíritu Santo?” (Hechos 5:3). Ananías permaneció de pie, expuesto a la mirada de Pedro y de todos cuantos oyeron la voz de Pedro. Las palabras de Pedro deben de haber golpeado en el cerebro de Ananías en esa fracción de segundos, en el tiempo en que las escuchó y después cayó muerto.

Otro caso de engaño, registrado en la Biblia, el cual indica las indescriptibles profundidades a las que el hombre llega en actos de deshonestidad, lo hallamos en el relato de la crucifixión de nuestro Señor. “Y tuvieron consejo para prender con engaño a Jesús, y matarle” (Mateo 26:4).

A la luz de éstas y otras historias de engaño, que hallamos en la Palabra de Dios, no nos admiramos de que la Biblia también declara que Jehová aborrece “... la lengua mentirosa ... el testigo falso que habla mentiras ...” (Proverbios 7:16 -19).

La oposición de Jehová al Engaño se ve en el hecho de que el engaño es una de las prohibiciones de los Diez Mandamientos. También, la ley judía proveía un castigo para aquellos que engañaban a otros. En Levítico 6:2-5, leemos:

Quando una persona pecare e hiciere prevaricación contra Jehová, y negare a su prójimo la encomendado o dejado en su mano, o bien robare a calumniare a su prójimo, o habiendo hallado lo perdido después lo negare, y jurare en falso: en alguna de todas aquellas cosas en que suele pecar el hombre, entonces, habiendo pecado y ofendido, restituirá aquello que robó, o el daño de la calumnia, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló, o todo aquello sobre lo que hubiere jurado falsamente; lo restituirá por entero a aquel a quien portenece, y añadirá a ello la quinta parte, en el día de su expiación.

Nuestro hombre Caín, ciertamente no escapó a la trampa de la deshonestidad cuando nació en la raza humana. La deshonestidad estaba bien metida en él.

En Caín, hallamos deshonestidad en dos ocasiones; la encontramos en dos diferentes formas. El fue culpable tanto de la sutileza engañosa como de la abierta deshonestidad.

Su astucia y sutileza se ven en su exitoso intento de aislar a Abel en el campo. “Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató” (Génesis 4:8). Antes, Caín había estado excesivamente enojado. Parece claro que cuando el enojo y los celos de Caín degeneraron en aborrecimiento; él sagazmente fraguó un plan de seducir a Abel a que fuera al campo, para darle muerte allí.

Aquellos que hemos sido víctimas de semejante timidez, no tenemos problema en visualizar la escena. Casi podemos oír la irónica bondad en la voz y casi podemos ver la burlona sonrisa al ejecutar Caín su macabro y odioso plan.

La abierta deshonestidad de Caín se puede ver en su mentira a Dios. “Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Génesis 4:9). No hay nada de sutil en eso.

De cierto, nosotros mismos somos tentados a las mismas clases de engaño. En un tiempo o en otro, todos probablemente hemos sido culpables tanto de pecar astutamente como de practicar abierta deshonestidad. Si el engaño es una manera de vida con nosotros, necesitamos darle atención a algunas medidas de corrección.

El problema del pecado de la deshonestidad, tal como en el caso de los otros pecados - problemas que hemos discutido, es el resultado de una causa doble. En primer lugar, como algunos tributarios del poderoso río Mississippi, el engaño fluye

de nuestro conocimiento del bien y del mal. Si Caín no hubiera presentado una ofrenda equivocada, no se habría hallado en la posición de desear matar a Abel. El trajo la ofrenda equivocada, porque su actitud de saberlo todo le hizo pensar que tenía una mejor idea que Jehová.

Satanás mismo es la segunda causa subyacente para el engaño de Caín.

No es difícil entender la participación de Satanás en la deshonestidad de Caín. Muchas veces hemos citado 1 Juan 3:12, versículo que nos dice que Caín estaba siendo agitado por Satanás. Satanás le estaba llevando a la deshonestidad. Recordamos que nuestro Señor dijo que Satanás es un mentiroso y que no hay verdad en él. ¡Satanás no puede decir la verdad! ¡Su ser entero está empapado con el veneno de la deshonestidad!

Ya hemos expuesto la estrecha relación entre Satanás y la deshonestidad en el relato de Ananías y Safira.

Elimas, el mago, buscó estorbar la expansión del evangelio en Chipre. Debe haberse asustado terriblemente cuando Pablo le dijo: “¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo ... (Hechos 13:10). Pablo entonces le hirió con ceguera.

Debido a estas fuerzas malévolas de Satanás y a nuestra actitud de saberlo todo, podemos ser tentados a menudo a ser deshonestos; pudiéramos ser tentados a ser engañosos por muchos diferentes tipos de razones.

A un muchachito se le pidió que diera una definición de una mentira.

“Nuestro pronto auxilio en la tribulación”, respondió él. Al menos, parece que él fue un asistente regular a la escuela dominical, a juzgar por su tipo de fraseología bíblica. Y lo dijo bien para todos nosotros. Una mentira, así parece, puede ser una de las herramientas más convincentes.

Las mentiras han sido usadas para la acumulación de dinero, para asegurarse de promociones en una compañía, para protegerse personalmente de embrollos, para la protección de otros, y para una multitud de otras cosas.

Cualquiera que sea la causa inmediata, la verdadera razón de nuestras palabras o actos de deshonestidad es doble: el conocimiento del bien y del mal, y la influencia de Satanás en nuestras vidas.

Los resultados de nuestros engaños son tremendamente desastrosos. Sería difícil discutirlos en forma completa aquí, pero mencionaremos unas pocas cosas malas que vienen cuando sucumbimos a la tentación de engañar a otros.

¡La deshonestidad entristece al Espíritu Santo!

Hemos mencionado antes, que el Espíritu Santo es una Persona que puede ser contristada. Somos amonestados por el apóstol Pablo a que no contristemos al Espíritu Santo. (Efesios 4:30). En el versículo 25 del mismo pasaje, Pablo dice: “por la cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.” Claramente, cuando mentimos, traemos tristeza al Espíritu Santo de Dios, Quien vive en nosotros.

Un espíritu de astucia puede causar que nosotros escondamos nuestros pecados de Dios.

David dice: “Bienaventurado el hombre ... y en cuyo espíritu no hay engaño” (Salmo 32:2). Es obvio que el rey David está hablando primeramente del engaño acerca de nuestros pecados, porque en el versículo siguiente dice: “Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano. Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado” (Salmo 32: 3-5).

Uno puede ver inmediatamente que el atentar a ser engañoso con el Señor respecto de nuestro pecado, puede ser devastador. Los resultados negativos son muchos. Perdemos compañerismo con el Señor, somos afectados en nuestras almas; somos afectados aun físicamente.

La mentira conduce a un gran desperdicio y a la tragedia. “Amontonar tesoros con lengua mentirosa es aliento fugaz de aquellos que buscan la muerte” (Proverbios 21:6). Proverbios 19:22 dice: “... pero mejor es el pobre que el mentiroso”.

La deshonestidad aleja a otros de nosotros. En Salmo 101:7, el rey David testifica: “No habitará dentro de mi casa el que hace fraude”.

Simón Pedro testifica que aquellos que son culpables de deshonestidad, pierden el derecho a una vida feliz. “Porque el que quiere amar la ‘vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño” (1 Pedro 3:10).

Finalmente, el engaño nos lleva al juicio de Dios. Este hecho es presentado más vívamente en el siguiente pasaje de Zacarías 5:1-4.

De nuevo alcé mis ojos y miré, y he aquí un rollo que volaba, y me dijo: ¿qué ves? Y respondí: veo un rollo que vuela, de veinte codos de largo, y diez codos de ancho. Entonces me dijo: ésta es la maldición que sale sobre la faz de todo la tierra; porque todo aquel que hurta (como está del otro lado del rollo) será destruido; y todo aquel que jura falsamente (como está del otro lado del rollo) será destruido. Yo la he hecho salir, dice Jehová de los ejércitos, y vendrá a la casa del ladrón, y a la casa del que jura falsamente en mi nombre; y permanecerá en medio de su casa y la consumirá, con sus maderas y sus piedras.

Antes de dejar esta sección de nuestra discusión sobre el engaño, debemos dar atención a otro asunto. Si usted se siente tan cautivo de una vida de engaño, que se caracterizaría como un “mentiroso”, es del todo posible que nunca haya tenido la experiencia del nuevo nacimiento. En el Apocalipsis, donde el apóstol Juan nos da su descripción del cielo, él dice: “No entrará en ella (la ciudad santa) ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:27).

A la luz de los resultados negativos de la deshonestidad, todos debiéramos ser motivados a dejar atrás el manto de pecado de ser como Caín.

Cuando volvemos nuestra atención de Caín al Señor Jesús, encontramos a uno quién fue lo completamente opuesto. Jesucristo nunca engañó a nadie.

Nosotros hallamos nuestra confirmación de esto, claramente especificada en las Escrituras. “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:21-22).

Nuestro Señor ciertamente vivió en honestidad perfecta.

Cuando nosotros nos imaginamos a nosotros mismos en Sus circunstancias, ¿qué habríamos hecho? Una y otra vez, él fue puesto en una situación de presión, la cual habría motivado a mucha gente a ser deshonesto. Habríamos hallado una mentira como siendo “un pronto auxilio” ¡Jesús nunca mintió! Él siempre se enfrentó a las consecuencias producidas por Sus acciones y Sus enseñanzas.

Que nuestro Señor vivió una vida de honestidad, se ve en Su relación con el Espíritu Santo, a Quién él llamó el Espíritu de verdad. En una ocasión, les dijo a Sus discípulos que el Espíritu de verdad estaba con ellos, dando a entender que él

mismo estaba en ellos. En otra ocasión, las Escrituras testifican que Jesús habla las palabras de Dios, “pues Dios no da el Espíritu por medida” (Juan 3:34). Jesús siempre habló las palabras dadas por el Espíritu Santo, Quien es el Espíritu de verdad.

Las enseñanzas de nuestro Señor ciertamente indican una vida de honestidad, al instar él a sus seguidores a abstenerse de hacer falsos juramentos, y a refrenarse de hacer promesas. Nos amonesta para que nuestras palabras sean “sí, sí, ó no, no”, y a no ir más allá de esto. Cuando empezamos a desear “jurar sobre un montón de Biblias”, probablemente estemos reflejando deshonestidad.

¡Oh!, que el Señor obre en cada uno de nosotros un deseo ardiente de ser como Cristo en esta área de nuestras vidas. Muchas cosas buenas vendrán en nuestro camino, cuando le permitamos al Señor que nos haga gente honesta como él desea que seamos.

Una persona honesta no tiene que vivir con el problema de culpa con el cual la persona deshonesto debe vivir. Oí a un hombre decir: “Me gustaría enviar a la oficina de Hacienda Pública unos mil dólares extras, y espero que eso solucione las cosas con ellos”. Su declaración provino de sentimientos de culpa, impulsados por tratos pasados con dicha dependencia del gobierno.

Una persona honesta será respetada por otros. La deshonestidad tiene su manera de ser “descubierta”. La gente quiere saber que está tratando con una persona honesta. En nuestros días, la gente está realmente asombrada cuando hallan a alguien que sienten será honesta con ellos, nosotros los cristianos necesitamos sumarnos al grupo que crea esos sentimientos de asombro.

Do acuerdo con el pasaje que hemos citado de 1 Pedro 3:10, una persona honesta será una persona más feliz. Si nosotros somos honestos, tendremos buenos días.

Hay muchas otras razones que sirven para motivarnos a una vida de honestidad. Mencionaremos solamente una más. El ser “como Cristo”, es ser honesto. Cuando somos honestos, nuestras vidas traen gloria al Señor.

Pudiéramos sentir que estamos tan enmarañados en una vida de deshonestidad, que no hay esperanza para nosotros. Podemos sentir tanta adicción a la deshonestidad, como el drogadicto se siente adicto a las drogas. Usted no tiene la convicción de que no es salvo, pero tal vez usted esté temeroso de que la deshonestidad de su corazón no se puede desarraigar.

¡Pero sí se puede! La gracia de Dios es adecuada.

El Salmista dice: “Gustad, y ved que es bueno Jehová” (Salmo 34:8). Dios es bueno y Dios es capaz. En él hay victoria.

La victoria está en nuestra unión con Cristo.

En nuestra unión con Cristo en la crucifixión, hemos crucificado la carne, la cual es la única barrera a una vida llena del Espíritu. Cuando nosotros en fe ejercemos nuestra voluntad en rechazar la carne, restringiendo el poder de la carne, abrimos las compuertas de nuestros corazones a ser llenos del Espíritu Santo, el Espíritu de verdad. Cuando El nos llena, la pasión por la verdad llenará un vacío dejado por la ausencia de la deshonestidad.

En nuestra unión con Cristo en la resurrección, somos entronizados con Cristo en los lugares celestiales. En esa posición estamos en autoridad sobre Satanás y sobre todos sus poderes. Tenemos el derecho de luchar contra él y su tentación a hacernos deshonestos.

Debemos conocer el mensaje de unidad, creer el mensaje de nuestra unión con nuestro Señor y todo lo que ello significa, y ejercitar la voluntad a ser libertados del poder del viejo hombre y a vivir como vivos para Dios.

Cuando hacemos estas tres cosas, seremos libertados de una vida de falsedad a una vida de verdad.

Que Dios obre en cada uno de nosotros, a fin de que deseemos “levantarnos contra la ola” de deshonestidad que se está llevando la integridad de nuestras naciones.

Agrego una palabra más.

Si Usted se sintiera impulsado por el Espíritu Santo a confesar algún acto de deshonestidad, o se sintiera impulsado a devolver dinero a alguna otra cosa que legítimamente no le pertenece, usted debe seguir estos impulsos del Espíritu Santo. De hacerlo así, eso sería una de las cosas más dolorosas y desagradables que usted jamás haya hecho, pero el resultado final será una dulce paz interior y el gozo de saber que usted está en “lo justo” con su prójimo.

Capítulo Doce

De la Irresponsabilidad a la Fidelidad

“Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios”.

Estas fuertes palabras pronunciadas por nuestro Señor indican la clase de persona que él está buscando para edificar Su reino.

Otra tan manifiesta aseveración está registrada en Lucas 14:25-33. El dice que cualquiera que desea ser un discípulo Suyo, debe ponerle a él por encima de toda otra relación, de toda posesión y de todo deseo personal. Dentro del seno del pasaje encontramos:

Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los

gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzô a edificar, y no pudo acabar.

¿O qué rey, al marchar a la guerra con otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil?

Este pasaje ha sufrido mucha mala interpretación.

En mi opinión, nuestro Señor no está sugiriendo que nosotros contemos el costo, pero él está diciendo: “Yo he contado el costo y yo sé lo que se tomará edificar mi reino y derrotar al enemigo. Se tomarán todos aquellos que estén totalmente asequibles a mí y quienes no volverán a otras relaciones—a posesiones o a deseos personales.”

Con el índice de los divorcios aumentando exageradamente, las iglesias languideciendo, los hombres de negocios buscando empleados dignos de confianza, padres abusando de sus hijos, bien pudiéramos preguntarnos: “En una sociedad como la nuestra, ¿donde el Señor hallará a un puñado de personas que sean fieles?”

La irresponsabilidad no es una cosa nueva. Caín la primera persona que nació en el género humano, y el prototipo de nuestro viejo hombre, fue claramente un hombre irresponsable.

“¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” Fue así como Caín respondió a Jehová Dios cuando Jehová le confrontó acerca del crimen de su hermano Abel.

¡El grito de Caín fue un grito de culpa!

Ciertamente, Caín era el guarda de su hermano. Caín

siempre había sido el guarda de Abel. El era el mayor de los dos hermanos. Desde la infancia de Abel, Caín había sentido la responsabilidad respecto de él, y ahora le había asesinado.

Caín fue un hombre culpable declarándose “no culpable”.

Ya hemos visto que Caín actuó irresponsablemente cuando trajo una ofrenda de la vida vegetal, mas bien que de la vida animal. El sabía que debía traer una ofrenda de sangre, pero él rehusó hacerlo así.

La irresponsabilidad de nuestro día no es, entonces, ninguna cosa nueva.

“La Infidelidad” parece que viene en diferentes tamaños y formas. Mientras que algunas personas parecen ser ligeramente irresponsables, hay otras que dan la impresión de ser casi totalmente no confiables. Nosotros podemos ser totalmente responsables en algunas de nuestras relaciones, y también podemos ser muy flojos en otras relaciones.

Las razones de nuestra irresponsabilidad no son siempre las mismas: pereza, deshonestidad, resentimiento, venganza, egocentrismo, y temor, son algunas de las causas para nuestra falta de garantía.

La falta de responsabilidad de Caín en cuanto a Abel, vino de su amargo aborrecimiento a Abel, después de que Jehová aceptó la ofrenda del hermano menor y rechazó la ofrenda de Caín.

La irresponsabilidad anterior de Caín en traer la clase errónea de ofrenda, emanó de su actitud de saberlo todo. El sabía más que Jehová Dios en cuanto a lo que debía traer.

Su primer acto de irresponsabilidad acarrió su segundo acto de irresponsabilidad, de modo que nosotros podemos confiadamente concluir en que la irresponsabilidad de Caín—cualquiera que haya sido la causa superficial—resultó del

conocimiento del bien y del mal.

¡Nunca debemos olvidar que también Satanás estaba involucrado! Se nos dice claramente que Caín era del maligno (1 Juan 3:12).

Obtenemos la impresión de que Caín en su grito: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”, estaba posiblemente intentando evitar responsabilidad por su acto de asesinato. Rehusar aceptar responsabilidad por nuestros pecados es una de las más comunes prácticas de la humanidad.

Adán y Eva, el padre y la madre de Caín, ciertamente intentaron evitar la responsabilidad de su pecado. Adán quiso echar la culpa sobre Eva—y posiblemente sobre Jehová mismo—, y Eva dijo: “El diablo me hizo hacerlo”.

Sea cualquiera la forma y cualquiera el grado de irresponsabilidad en que ella se muestre en nosotros, ¡la irresponsabilidad es siempre repugnante!

He conversado con muchísimos hombres inconversos quienes habían tomado nota de cristianos que eran infieles; infieles a su iglesia, a su Señor, a sus esposas, a sus hijos, a sus patronos, etcétera, y ¡ellos estaban completamente disgustados a consecuencia de tales cristianos!

La irresponsabilidad es dañina al Reino de Dios y a todas las relaciones. Debiéramos evitarla apasionadamente.

La Biblia contiene algunas historias desalentadoras de infidelidad. En el primer viaje misionero del apóstol Pablo, él y Bernabé fueron dejados por Juan Marcos. Tiempo después, Juan Marcos llegó a ser un ministro eficaz, pero Pablo estaba tan decepcionado en esta primera experiencia, que rehusó que Juan Marcos fuera con ellos en el segundo viaje misionero.

Otro relato igualmente desalentador de infidelidad es el de Gomer. En su fidelidad a nuestro Señor, Oseas había tomado a

Gomer, una prostituta, como su esposa. Después de que tuvo dos hijos, ella volvió a una vida de prostitución.

La infidelidad de Gomer representa la infidelidad de los hijos de Israel para con Jehová.

La infidelidad nunca es agradable. Sin embargo, si la persona rígidamente fiel que lee esto está sintiendo gran disgusto por la gente irresponsable, quiero compartir una experiencia que tuve hace unos pocos años.

Yo estaba leyendo de la señora con hemorragia, quien fue curada por sólo tocar el borde de la túnica de nuestro Señor. El pasaje dice que el Señor se paró abruptamente en su viaje, y preguntó: “¿Quién me ha tocado?” Entonces surgió una breve conversación entre el Señor y la mujer. He leído el pasaje cientos de veces. Pero ese día me di cuenta por primera vez, que yo no habría tomado tiempo para esa mujer.

Usted recordará, Jesús iba de prisa con Jairo a la casa de éste, porque la hija de Jairo acababa de morir. Jairo le había pedido a Jesús que resucitara a la niña.

A muchos se nos hace difícil tener que someternos a cualquier cambio repentino e inmediato de dirección que el Señor ordena. Cuando tenemos nuestra mente fija en hacer alguna cosa, vamos a hacerla, ¡y nada nos va a detener de hacerla.

Al leer de la paciencia y de la misericordia tierna de nuestro Señor hacia la mujer, y sé que yo no habría dedicado tiempo a ella, el Señor me impresionó con la idea de que aquellos de nosotros que nos caracterizamos por nuestra “tenacidad de perro bulldog”, tenemos un problema tan grande como aquellos que se les hace difícil el ser confiables.

Aunque la infidelidad no es menos molesta para mí de lo que siempre ha sido, desde aquel día por la gracia de Dios yo he sido dotado de más paciencia y entendimiento para con quienes encuentran difícil el “colgarse por ahí”.

Todos hemos probado la copa amarga de la decepción en la infidelidad de otro. Nosotros sabemos, entonces, que lo que les hacemos a otros cuando somos infieles con ellos, es malo. El recuerdo de nuestras propias decepciones es una constante fuerza motivadora hacia una vida de fidelidad.

Nosotros tenemos muchas clases de relaciones. En todas ellas, debiéramos ser fieles. Debemos ser responsables en nuestras relaciones con el Señor, con nuestra iglesia, con la clase de la escuela dominical, con nuestros padres, hermanos y hermanas, con los amigos, los empleados y los patrones, con los vecinos, los estudiantes, los maestros, etc., etc.

Los recuerdos de nuestros tiempos de irresponsabilidad debieran también motivarnos a una vida de fidelidad, a causa de los sentimientos de culpa que recordamos.

Nuestro Señor fue siempre fiel.

Es, por tanto, ser como Cristo el que nosotros seamos fieles.

No hay mayor revelación de la fidelidad del Señor Jesús, que las palabras de Su oración en Getsemaní. “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. El oró así, derramando su corazón. A pesar de la agonía que debía sufrir, el Señor Jesús no retrocedió ante la cruz.

En otra oración, justamente unas pocas horas antes del Getsemaní, la completa fidelidad de Cristo resplandece: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4).

Jesús fue fiel a sus seguidores. ... como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 13:1).

En una de las bien conocidas historias de la Biblia, la fidelidad de nuestro Señor a María, Su madre, es probada por su orden dada a Juan el apóstol, aun desde los brazos de la cruz, de que trate a Su madre como si fuera la suya propia,

como si Juan fuera su hijo.

¡Qué paz es saber que el Señor fue siempre fiel, a fin de que nosotros podamos ser fieles!

La fidelidad de parte del creyente le proporciona una delicia grande a nuestro Señor. “Los labios mentirosos son abominación a Jehová; pero los que hacen verdad son su contentamiento” (Proverbios 12:22).

Nuestro Señor dijo la parábola de un hombre que repartió dinero a tres de sus siervos. Dos de ellos usaron el dinero para hacer más dinero para su señor, el otro no hizo así. Los dos primeros fueron altamente alabados por su trabajo y el Señor se refirió a ellos como “fieles”. Ellos no solamente fueron encomiados por su trabajo, sino que también fueron premiados. Mediante esto, nuestro Señor estaba enseñando que la fidelidad de nuestra parte trae contentamiento a él y trae premio para nosotros.

¿Cómo puede cualquiera ser tan fiel como el Señor desea?

¡Es el Señor quien los hace ser así!

El mismo fue determinadamente fiel, y él es capaz de producir en nosotros la misma cualidad de fidelidad que residió—y todavía reside—en él.

Nuestro Señor nunca hallará que quienes tienen los recursos en ellos mismos sean las personas fieles. El quiere que sean fieles. Esto debe ser un resultado de la obra de gracia del Señor.

Yo sé por conocimiento personal, por conocimiento de la gente en general, y por conocimiento de la Palabra de Dios, que nosotros no poseemos dentro de nosotros mismos aquello que es necesario para que seamos los fieles que el Señor desea y que necesita para edificar Su Reino y para derrotar al enemigo.

Lo que nosotros consideramos ser nuestra fidelidad, siempre debemos recordar que tenemos diferentes “llamados”. Nuestra fidelidad no siempre producirá los mismos tipos de fruto.

Algunos de nosotros somos llamados a un tipo muy abierto de vida: un tipo que otros pueden ver y evaluar. La mayoría de nosotros no somos así llamados. Consecuentemente, los resultados visibles de nuestras vidas, bien pudieran no ser los verdaderos indicadores de nuestra fidelidad.

Si los resultados externos del ministerio de algún evangelista o pastor sobresaliente, se los compara con los resultados del ministerio de una madre y una ama de casa, más frutos externos del ministerio del que está expuesto a la vista del público se verán. Todos sabemos, sin embargo, que la madre y ama de casa quieta pudiera ser mucho más fiel en su llamado que el predicador.

Efesios 2:10 enseña que el Señor planeó nuestras vidas aun antes de que él creara el universo ¡Piense en ello! Si usted es un cristiano, el Señor conoció su nombre antes de que las estrellas colgaran de los cielos, antes de que el Sol fuera colocado en su curso, y antes de que Adán recibiera el aliento de vida.

Sí, Dios tiene un plan para usted.

Es el plan al cual él le ha llamado a usted a que sea fiel en él.

Su llamamiento puede ser que usted nunca tenga que comparecer ante un grupo de personas para dirigirle la palabra. Su llamamiento puede significar el que usted gaste mucho tiempo a solas. Si vocación divina tal vez le mantenga en su casa la mayor parte del tiempo. Dios conoce el llamamiento. El quiere que usted lo conozca. El Señor quiere trabajar de tal modo en usted, que el llamamiento se cumpla a pesar de cuánta gracia se necesite para cumplirlo.

Nunca debiéramos arribar a la conclusión de que nuestro llamamiento depende de nuestra propia fuerza. No es así. A decir verdad, la Biblia claramente enseña que desde el tiempo cuando somos salvos, el Señor se dispone a destruir nuestra propia fuerza a fin de que él sea fuerte en nosotros.

¡Es eso lo que él quiere hacer en usted! ¡El quiere ser fuerte en usted! El quiere que su vida siempre logre explicarse a la luz de un poder sobrenatural.

Es común que las personas viejas, cuya fuerza física se les está disminuyendo, sientan que no están siendo fieles como debieran serlo. Esas personas no debieran tener semejantes sentimientos. Ciertamente, nuestro Señor no ha llamado a una persona que está postrada en cama, a que vaya de puerta en puerta anunciando el evangelio de Cristo.

Dejemos que los ancianos sean libres de permitirle al Señor que él tenga sus vidas; a vivir en ellos tal como él lo vea conveniente, y a no arribar a la conclusión de que ellos deben ser tan vigorosamente fuertes como alguna vez lo fueron.

La cosa importante es que nosotros seamos fieles en cualquier circunstancia que el Señor nos hubiese colocado.

Tal como se dijo antes, el Señor nos puede cambiar—a pesar de cuán débiles podemos parecer a nosotros mismos o a otros—a ser fuertes y firmes en nuestra fidelidad.

He hablado con personas de Dios, quienes sentían una culpa profunda a causa de su inhabilidad a permanecer fieles. Yo les he visto en las profundidades de la desesperación porque ellos “le habían fallado al Señor” y a la iglesia con su infidelidad.

Una de las cosas más tristes que hay es hablarle a alguien que ha sido infiel a un compañero. ¡Qué pena causa esta forma de infidelidad!

Más y más estamos oyendo de padres que han sido infieles a sus hijos. En su pasión por hacerse un nombre para ellos mismos, algunos han olvidado aún a sus hijos. Culpa es el resultado de semejante irresponsabilidad.

A la vista de toda la tristeza y la culpa causadas por la irresponsabilidad, nosotros nos regocijamos al saber que podemos ser cambiados. El quebradizo barro de nuestra personalidad puede

ser repuesto con el acero de la eficiencia de Dios.

Y ahora volvemos al tema de nuestra unión con Cristo. Sobre la verdad estamos de pie para proclamar fuertemente la seguridad de victoria sobre nuestra agitada inestabilidad. Es cuando reconocemos nuestra unión con Cristo y decidimos vivir en armonía con él, que experimentamos la deliciosa gracia de Dios para cambiar.

En nuestra unión con Cristo, nuestro viejo hombre, el cual incluye nuestra irresponsabilidad, ha sido crucificado con Cristo.

Cuando reconocemos nuestra unión con Cristo podemos alabar a Dios de que la carne, esa fuerza que no estorba en ser llenos con el Espíritu Santo, ha sido crucificada.

Si reconocemos nuestra unión con Cristo en la vida, bien podemos mirarnos a nosotros mismos como reinando con Cristo en los lugares celestiales.

Cuando nos comprometemos en semejante reconocimiento y escogemos vivir a la luz de todo lo que ello significa, entonces veremos una transformación de nuestra irresponsabilidad, experimentaremos el continuo llenar del Espíritu Santo, y estaremos en una posición de tratar victoriosamente con Satanás y contra sus intentos por hacernos infieles.

En Gálatas 2:22 se nos enseña que el fruto del Espíritu es “fe” o fidelidad. Vemos, entonces, que la fidelidad no es algo que nosotros producimos por nosotros mismos. Es un don de Dios. ¡Que gozo y qué emoción es saber que en todas nuestras relaciones, podremos ser fieles cuando “andamos en el Espíritu”!

Cuando Satanás trae los demonios de la infidelidad contra nosotros, podremos obtener victoria sobre ellos, porque reinamos con Cristo en los lugares celestiales, sobre toda autoridad y sobre todo poder, ¡Aleluya!

Así como Cristo reina en los lugares celestiales, así nosotros también, seremos victoriosos.

¡Aún sobre nuestra infidelidad!

Capítulo Trece

De la Autocompasión a la Paz

“¡Voy a matarme!”, el anunció enfáticamente.

o había estado con el audífono del teléfono oyendo tales amenazas antes, pero ésta sí parecía ser cierta, la final.

La llamada había a venido mientras yo esperaba que llegara un amigo, quien, de cierto, llegó unos momentos después de que colgué el teléfono. Rápidamente, le dije de las intenciones de la persona que me había llamado. El conocía al hombre que había hecho tal amenaza. También sabía que era un alcohólico. Para sorpresa mía, su respuesta fue una risa casual y con tono de seguridad, me dijo: “El sólo está compadeciéndose de si mismo.”

Y estaba en lo cierto.

Me convencí completamente de que era un caso de autocompasión, sólo unos minutos después de que arribamos a la casa del hombre de mediana edad y conversamos con él.

En otra ciudad y en otra ocasión, yo conversé con un hombre mucho más joven que este hombre.

El cuarto parecía estar infiltrado de emociones negativas. Las palabras no salían fácilmente—para ninguno de nosotros. Su profunda depresión era de muy larga duración. La expresión de su rostro denunciaba pena, una pena que él había cargado por tres años, después de la separación de su esposa.

La suya era mucho más que la pena o el dolor de haber perdido a una esposa; porque él se estaba preparando en un instituto para ser un ministro del evangelio cuando su esposa le dejó, su sufrimiento era mayor. En su opinión, él había perdido ambas cosas: su esposa y la vocación de su vida.

Al descargar su corazón a mi, dijo las cosas usuales; estaba deprimido—había tenido tiempos buenos que ocasionalmente duraban tanto como tres semanas antes de que la depresión le volviera—tenía amargura en su corazón, no solamente hacia ella, sino también hacia el Señor.

No nos conocíamos muy bien el uno al otro. Yo había hablado con él solamente una vez antes—al poco tiempo después de que los problemas maritales habían empezado, y poco tiempo antes de la separación. Pero, por alguna razón, él estaba siendo abiertamente espontáneo hacia mi.

Finalmente, de su corazón herido y de su franqueza, abruptamente me dijo: “Pues bien, yo estoy experimentando autocompasión”.

“¡Qué bueno!”, pensé yo. “El está admitiendo lo que mucha gente experimenta, pero que tiene temor de admitir.”

Cuando empecé mi investigación para la escritura de este capítulo, hice el notable descubrimiento de que la gente no solamente se muestra renuente para admitir su autocompasión, sino también que muy poco se ha escrito acerca de esto.

Tal vez nuestra lentitud en admitir nuestra autocompasión se deba al hecho de que ello pareciera egoista. Pero estoy convencido de su casi universal presencia, y estoy convencido de que la mayoría de los lectores de este libro admitirán tener un problema en esta área.

Un escritor y consejero bien conocido ha afirmado que él nunca ha sabido de un incidente de depresión, que no viniera acompañado de autocompasión.

¡Helen Keller había llamado a la autocompasión nuestro peor enemigo!

Algunos de nosotros hemos experimentado la autocompasión aun sin darnos cuenta de ello. ¡Debo admitir que el Señor me dio una tremenda revelación hace algunos años! Fue algo repentino. Yo estaba orando, y el mensaje del Señor afloró en mi conciencia: “Tú tienes autocompasión”.

Será de beneficio para usted, si invita al Señor a que le saque a luz su autocompasión, Si es que existe.

Caín fue una víctima de la autocompasión.

Cuando el Señor le habló palabras de juicio a Caín, después de que Caín había cometido el asesinato de su hermano Abel, Caín respondió: “Grande es mi castigo para ser soportado”. La autocompasión no podría ser más vividamente expuesta que como en el caso de Caín. Uno casi puede oír la voz quejumbrosa y aguda con la cual Caín sin duda expresó su queja.

Hay otros casos de autocompasión en la Biblia. El profeta Jonás y Marta, la hermana de María y Lázaro, son dos ejemplos bíblicos muy bien conocidos.

Tal vez el caso más vívido de autocompasión que está registrado en la Biblia sea el de Ana. No fue sino hasta que empecé a través de mi estudio de la Biblia, a buscar casos de autocompasión, que sentía pesar por Ana. Y todavía lo siento. Pero un estudio de su vida antes de la concepción de Samuel, revela que Ana también sentía pesar por Ana.

Hay que admitir, Ana se hallaba en una situación la cual fácilmente podría ser la causa de que nosotros nos sintiéramos tristes por nosotros mismos. En una época en que los niños eran considerados una señal de bendiciones de Dios, ella—Ana—no concebía hijos. Y por que ella era estéril, la “otra” esposa de su marido la atormentaba. Parece indudable que los problemas de Ana la infectaron de un caso clásico de autocompasión, lo cual es evidente de varias declaraciones que ella hizo.

“Y su rival la irritaba, enojándola y entristeciéndola, porque Jehová no le había concedido tener hijos” (1 Samuel 1:6). “Así hacía cada año; cuando subía a la casa de Jehová, la irritaba así; por lo cual Ana lloraba, y no comía” (1 Samuel 1:7). “Y Cicon su marido le dijo: Ana, ¿por qué lloras? ¿y por qué no comes? ¿y por qué está afligido tu corazón? ¿No te soy yo mejor que diez hijos? (1 Samuel 1:8). “Ella con amargura de alma oró a Jehová, y lloró abundantemente” (1 Samuel 1:10). “Y Ana le respondió diciendo: No, señor mío yo soy una mujer atribulada de espíritu ...” (1 Samuel 1:15). “... porque por la magnitud de .mis congojas y de mi aflicción he hablado hasta ahora” (1 Samuel 1:16).

Ana, tan perturbada por su atormentador como por su condición de no concebir hijos, claramente sufría de autocompasión.

Un entendimiento de la vida de la madre de Samuel nos dará un entendimiento de lo que la autocompasión puede hacer—y puede estar haciendo—en nosotros.

“Y su rival la irritaba, enojándola y entristeciéndola, porque Jehová no le había concedido tener hijos” (1 Samuel 1:6). La autocompasión evoca a los atormentadores.

Obviamente, Penina, la otra esposa de Elcana, continuó con sus tácticas de intimidación debido a las respuesta de Ana a ella. Una oportunidad más de atormentar a Ana fue como el disfrute de “una deliciosa comida”.

Ana estaba reaccionando con autocompasión.

Si el mundo estuviera lleno de cristianos de preocupación espiritual, nuestra autocompasión evocaría interés y ayuda. El mundo, sin embargo, está lleno de gente inmadura e insegura, que experimenta un extraño sentido de satisfacción al ver a otros sufrir.

Tengo en mi memoria la triste experiencia de oír a un pequeño niño “atormentar” a otro muchacho que estaba llorando por la muerte de su hermanito. Fue una de las cosas más crueles que yo jamás haya presenciado. Si bien la pena no era exactamente un caso de autocompasión, la experiencia ilustra muy bien el punto.

Los adultos no son diferentes. Yo he conocido a adultos que se han gozado en la oportunidad de hacer sufrir a otros.

Y los jovencitos hacen lo mismo. Algunos jovencitos inseguros alegremente intimidan a su compañero que está sufriendo de autocompasión por algún revés que sufrió.

Cuando, por la gracia de Dios, nuestros problemas son tomados a la larga, nuestros “atormentadores” serán pocos en número. Cuando, sin embargo, indicamos que nuestros atormentadores están solamente aumentando nuestras frustraciones, los alentamos a seguir. Entonces, a menudo respondemos con más autocompasión.

Tal como lo hemos visto en el caso de Ana, la

autocompasión interfiere con nuestro andar con el Señor. “... por lo cual Ana lloraba, y no comía” (1 Samuel 1:7).

Esta no era una comida ordinaria la que Ana rehusaba comer. ¡El rehusarse ella a comer era en la casa de Jeková! ¡La comida era una parte del culto en el tabernáculo! ¡Autocompasión!

Es probable que Ana no comía debido a pérdida del apetito. Eso, de ninguna manera, sin embargo disminuye el hecho de que su autocompasión estorbaba su andar con el Señor, porque su pérdida de apetito era probablemente de su estado emocional creado por su autocompasión.

Nuestro propio andar con Dios puede estar tropezando porque nosotros mal entendimos cuando él nos envió alguna experiencia dolorosa. El lo quiso así para bien, pero nosotros lo interpretamos como malo, y como resultado hemos respondido con sentirnos tristes por nosotros mismos y amargándonos contra Dios. Lo que él quiso fue traernos por las circunstancias a un lugar de dependencia total sobre él, pero nosotros lo tomamos como un fracaso de Dios de ser fiel a sus promesas.

¿Como estamos interpretando nuestras circunstancias?

¿Las vemos como una causa de cuestionar la bondad de Dios? ¿Nos están incitando ellas a cuestionar Su amor?

Si nuestra interpretación de nuestras circunstancias evocan autocompasión, nuestro interés en seguir Su voluntad para nuestras vidas diarias puede reducirse al punto de indiferencia.

Por el otro lado, podemos entender muy bien que las circunstancias dadas por Dios son para el propósito de destruir nuestra autoconfianza y, como un resultado, podemos decidir que no escogemos vivir una vida con tanto dolor.

El punto es que la autocompasión puede estorbar nuestro andar con el Señor, tal como ella estorbó el andar de Ana con el Señor.

Si bien es cierto que podemos interpretar como “malas” algunas de las circunstancias que el Señor permite para nuestro “bien”, muchas de nuestras circunstancias que nos vienen del Señor, son claramente “buenas”. La autocompasión, sin embargo, puede “aferrarse” tanto en nosotros, que podemos no apreciar aun las evidentes bendiciones que el Señor nos ha dado.

La autocompasión puede destruir nuestro aprecio por las muchas obvias bendiciones de la vida. Eso le pasó a Ana.

“¿No te soy yo mejor que diez hijos? Y se levantó Ana después que hubo comido ...” (1 Samuel 1:8b - 9a).

Lo entristece a uno, aún después de cientos de años, pensar en el trato que Ana le dio a Elcana su marido. Ella estaba tan preocupada consigo misma y con lo que ella consideraba su propia infortunada suerte, que no podía apreciar la suma atención de él hacia ella.

Elcana amaba tiernamente a Ana.

Elcana era parcial para con Ana. Pero a ella no le importaba. Al menos, no parecía que le importaba. Y todo fue porque nuestro amado Señor escogió demorar el nacimiento del primer hijo de Ana, un hijo que estaba destinado a ser uno de los hombres más importantes en toda la historia.

Si nosotros estamos inclinados a tener sentimientos de autocompasión porque las cosas no nos han salido bien en algunas áreas de nuestra vida, fijémonos alrededor y alabemos a Dios por las cosas obviamente buenas. También, démonos cuenta de que a menudo lo que pensamos que son cosas malas, son a decir verdad, buenas para nosotros porque ellas nos han venido de la mano de Dios. Cuando entendemos los caminos de Dios, podemos apreciar todas las cosas. Sin embargo, cualquiera es capaz de apreciar aquellas cosas que son evidentemente “buenas”—y debiera apreciarlas.

Nuestra autocompasión puede no solamente hacernos la vida miserable, sino que también puede hacer la vida miserable para aquellos que están alrededor de nosotros.

Uno tan sólo se puede imaginar el dolor interno experimentado por Elcana. Vez tras vez, Ana había rechazado su atención amorosa. Ella le hizo la vida completamente miserable. Pero eso a ella no le importaba. Lo que a Ana le importaba era “Ana”. Sentía que la vida le había sido mala y que eso era todo lo que para ella importaba.

Todos conocemos la agonía del rechazo. La hemos experimentado una y otra vez. Tenemos el rechazo. Nos alejamos de él. Es profundamente doloroso. Hay muchos que han prometido no amar nunca más, porque no pueden ni siquiera pensar en que serán rechazados de nuevo.

Ana estaba obligando a su amoroso esposo a caer en la desesperación sin piedad o remordimiento. El hedor de su autocompasión alcanzaba hasta el “alto cielo”.

Ana estaba tan llena de compasión por sí misma, que no tenía ninguna para Elcana. Usted y yo posiblemente no seamos diferentes de Ana. Podemos estar tan consumidos con nosotros mismos, que inmisericordemente estamos rechazando a otros y a sus necesidades.

Hay esposas que pudieran estar rechazando atender a las necesidades de sus esposos, como un resultado de sumirse en una autocompasión. Esposas, madres, padres, hijos, hermanos, hermanas, y amigos pueden estar viviendo muy egoístamente por la autocompasión y, como un resultado, estar haciendo insostenible la vida de aquellos que les rodean.

Otro resultado triste de la autocompasión es un endurecimiento del corazón. En 1 Samuel 1:15 se dice que Ana le confesó a Elí, que ella era una mujer “atribulada de espíritu”. La palabra hebrea que es traducida por “atribulada”, se la puede traducir también por “dura”, “obstinada”, “grosera” y “testaruda”.

Uno ciertamente no se extraviaría en conducir que Ana estaba confesando una dureza que había hallado entrada en su corazón. Si así fue, habría entrado por la amplia puerta de la autocompasión.

No es difícil para nosotros el detectar dureza en otros. La dureza se manifiesta a sí misma en actitudes; ella es revelada por una falta de interés hacia aquellos que obviamente están en necesidad—es indicada por un fuerte espíritu de crítica.—se muestra a sí misma en un espíritu de revancha.

Mientras el mundo se está muriendo por un poquito de amor, nosotros cristianos necesitamos ser liberados de nuestra dureza de corazón.

La autocompasión no es la única causa de la dureza de corazón, pero es una de las causas.

Otro de los tristes resultados de la autocompasión es la exageración de nuestros problemas. A Elí, Ana le dijo: "... porque de la magnitud de mis congojas y de mi aflicción he hablado hasta ahora" (1 samuel 1:16). Tal como lo hemos indicado antes, Ana tenía muchas cosas buenas. Pero había interpretado su suerte en la vida a través de un sólo hecho su inhabilidad de concebir hijos.

Es un claro caso de exageración. Una área de la vida fue aumentada fuera de proporción. Nosotros posiblemente hemos hecho la misma cosa. De seguro que conocemos a personas que han hecho lo mismo. En nuestros momentos más débiles, quizá, pensamos que somos los únicos que hemos tenido los duros golpes que estamos experimentando. En nuestra opinión, pensamos que nadie ha tenido alguna vez tales problemas.

Cuando nosotros somos culpables de exagerar nuestras circunstancias, venimos a ser realmente una broma ante aquellos que conocen nuestra autocompasión. Ellos mismos pudieran ser que no estén experimentando ninguna cosa completamente tan

mala como nosotros, pero ciertamente conocen a muchos cuya suerte en la vida ha sido aun peor que la nuestra.

Uno de los resultados más comunes es un espíritu de queja. A nadie le gusta estar cerca de un quejoso. Pero note el espíritu de Ana. “Y su rival la irritaba, enojándola y entristeciéndola ...” (1 Samuel 1:6). Uno de los diccionarios del hebreo indica que la palabra “enojándola” contiene la idea de queja o quejarse. Ana había llegado a ser una quejosa.

Cuando estamos con alguna gente, sabemos que si no controlamos la conversación, vamos a vernos bombardeados de quejas. La conversación puede brincar de política a quinceañeros, a iglesia, a música, a deportes y a una docena de otros asuntos o temas, pero parece fácil y natural para ellos hallar alguna cosa de la cual quejarse.

Los quejosos, por lo general no tienen muchos amigos con la excepción de otros quejosos. Los quejosos puede ser que tengan muchos “conocidos”, quienes tienen una variedad de excusas para no estar con ellos, pero, ordinariamente, no tienen muchos amigos.

Si el quejoso es afortunado, él o ella tendrá amigos cristianos quienes son espirituales y quienes buscarán cómo ayudarle. Gastarán aun tiempo con el quejoso. No les gustará sin embargo, que continuamente se les estén exponiendo quejas. Querrán ser de alguna ayuda al quejoso, pero posiblemente experimenten un “escalofrío de desesperación” al sólo pensar que el quejoso o la quejosa seguirá con sus necesidades.

Si se nos revelara que nosotros somos quejosos, es posible que descubramos que también somos “autocompasivos”. Sentirnos tristes por nosotros mismos pudiera no ser la única razón de que hubiésemos llegado a ser quejosos, pero es una causa—¡y es una causa importante!

Uno de los resultados más devastadores de la autocompasión es la depresión. “¿Y por qué está afligido tu

corazón?”, le preguntó Elacana a Ana (1 Samuel 1:8). Ya hemos visto que el rechazo de Ana a comer, pudo haber sido emocionalmente inducido. Es fácilmente concebible que la autocompasión había dado lugar a la depresión, la cual tuvo como resultado la pérdida del apetito.

La depresión es una de las enfermedades más comunes en nuestros días. Esta abunda por todas partes. Conocemos a muchas personas que están bajo la garra de la depresión. Hay algunos que esconden su depresión, pero ella, no obstante, está presente.

La depresión nos roba el gozo. Ella desarraiga de nosotros un espíritu de alabanza continua. La depresión también destruye nuestro testimonio cristiano. El mundo mira nuestra cara y entonces dice: “No quenemos tener una religión que produce caras amargas”.

Si usted está sujeto a tiempos de depresión, lo más probable es que usted también reside en la calle de la “autocompasión”. ¿Por qué no pedirle una palabra al Señor sobre eso?

Recientemente, hablé con una señora quien estaba experimentando una profunda depresión. Yo conocía su dolorosa situación y sabía también que eso era suficiente como para que ella se autocompadeciera. Le dije: “Algunas veces necesitamos ser cuidadosos de que no empecemos a sentirnos tristes de nosotros mismos”.

“Es, precisamente, lo que está sucediéndome”, me respondió inmediatamente. Gracias a Dios que ella sabía que la autocompasión era una causa de su depresión.

La autocompasión puede ser una manera pervertida de llamar la atención hacia nosotros mismos. “Mientras ella oraba largamente delante de Jehová, Elí estaba observando la boca de ella” (1 Samuel 1:12). La extraña manera en que Ana estaba

actuando, estaba llamando la atención de otros hacia ella. Mientras nuestra autocompasión se exprese a sí misma en alguna forma extraña como oramos, ella llamará la atención de otros.

Es concebible que haya algunos que obtengan un sentido de satisfacción, de la atención que consiguen mediante su continuo y odioso murmurar acerca de la “triste” suerte de ellos en la vida.

Podemos estar seguros, sin embargo, de que cualquier atención que recibamos por nuestro continuo quejarnos de nosotros mismos y de nuestros problemas, no resultará en que obtengamos el respeto de los demás.

Así como hemos visto un número de cosas negativas que entran en nuestra vida por la autocompasión, tal como se notan en la vida de Ana, estamos seguros de que existen muchas otras. No nos atreveremos, sin embargo, a dar una completa discusión de este asunto. Esperamos haber ya escrito lo suficiente, como para que nos alejemos de cualquier forma de autocompasión.

Parece que sería de beneficio espiritual, que cualquiera que esté leyendo estas líneas le pidiera al Señor una revelación de cualquier traza de autocompasión que hubiese entrado en su vida.

En la mayoría de los casos, la autocompasión parece ser más prominente en nosotros en algunos tiempos que en otros. Hay algo así como una marea alta y marea baja en la autocompasión. Pero sí es que hay alguna indicación de su presencia, debiéramos encontrar la victoria sobre ella.

Cuando volvemos a la personalidad principal de nuestra discusión, Caín, descubrimos las causas básicas de la autocompasión. Ellas son las mismas que le causaron a Caín todos sus otros problemas—su actitud de soberlo todo, y la influencia de Satanás.

Si el Señor nos muestra la presencia de autocompasión en nuestra propia vida, hallaremos la victoria sobre ella, así como hallamos la victoria sobre Satanás y sobre nuestro conocimiento del mal y del bien.

Lo opuesto a la autocompasión es una “paz interior”. Eso es, precisamente, lo que descubrimos en la vida de nuestro Señor Jesucristo. Cristo Jesús siempre vivió con una paz interna, nunca con un espíritu de autocompasión.

Si alguna vez hubo una persona que tuviera circunstancias que le haría mantenerse en un estado de autocompasión, Jesucristo fue esa persona. Sin embargo, no hallamos traza alguna de autocompasión en él.

Piense de las cosas en Su vida que muy probablemente habrían producido en nosotros un estado de autocompasión. Su llamamiento a dejar la comodidad y los goces del cielo y entrar en una escena de humillación, habría promovido en la mayoría de nosotros un estado de autocompasión.

Aun en la agonía de Getsemaní, no hay indicación alguna de que nuestro Señor hubiese experimentado autocompasión. El pudo orar: “Si es posible, pase de mí esta copa”, sin que en esa oración hubiese ninguna indicación de que él estuviese sufriendo de autocompasión.

¡Alabado sea Dios! Nosotros podemos ser libertados de nuestra autocompasión. Podemos vivir con la paz que nuestro Señor siempre tuvo. Podemos hacerlo así, únicamente por la gracia de Dios, pero, gracias a Dios, esa gracia es nuestra en Cristo Jesús.

A fin de que seamos libertados de nuestra autocompasión, primero tenemos que rechazarla. Debemos buscar victoria sobre ella. Hay algunos que parecen disfrutarla. En ese caso, no hay esperanza de victoria. Pero si el deseo está allí y la persona es cristiana, la victoria puede ser nuestra.

La victoria—el cambio—es nuestra por medio de nuestra unión con Cristo.

La “autocompasión” es una parte del viejo hombre quien ha sido crucificado. No es necesario que yo tenga autocompasión, porque ella ha sido crucificada y yo estoy muerto a ella.

También, y a causa de nuestra unión con Cristo, podemos ser llenos del Espíritu Santo. “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24). Es la carne la que está en oposición al Espíritu Santo. Cuando rechazamos la carne—nuestra autoconfianza—y aceptamos por fe que ella ha sido crucificada, la barrera a la llenura del Espíritu Santo es quitada. Como resultado, somos llenos del Espíritu Santo. Cuando somos llenos con el Espíritu Santo, somos llenos con la misma cualidad de paz que residió en nuestro Señor Jesucristo, y yo estoy convencido de que esa paz reside en él aun ahora mismo. La paz con la cual somos llenados es lo opuesto a la autocompasión de que hemos estado discutiendo.

Tenemos victoria sobre la autocompasión en nuestra unión con Cristo, porque en nuestra unión con él, estamos sentados en los lugares celestiales, la cual es una posición de autoridad sobre Satanás, quien busca promover la autocompasión y se empeña inspirarnos a vivir en la actitud de saberlo todo.

¿Por qué no empieza su liberación de este temible hábito de la autocompasión ahora mismo, rechazándolo y aprovechando todos los recursos que son suyos porque usted es “uno” con el Señor Jesucristo?

Es emocionante pensar del testimonio que vendría a la persona que ha sido víctima de esta terrible enfermedad de la autocompasión, cuando esa persona entra en la paz del Señor Jesucristo.

Al observar otros nuestra vida, ellos se preguntarán qué es lo que nosotros poseemos. Puertas de oportunidad se nos abrirán, de compartir con otros el mensaje de unión con Cristo. Y con el tiempo, podríamos conducir a muchos de los hijos de Dios a esta vida de gracia.

¡Que así sea!

Capítulo Catorce

Del Temor a la Fe

Se ha dicho que la ira y el temor son los dos “pecados” sobre los cuales la psicología está sumamente interesada.

Nuestra presente discusión es sobre el temor mortal. Cuando nos conocemos verdaderamente a nosotros mismos, admitimos que el temor ha sido una de nuestras tareas más inmisericordis o sin misericordia. Cierta escritor de revistas ha descubierto que más de 300 palabras en el diccionario terminan en la palabra fobia. En otras palabras, más de 300 distintos tipos de temores han sido aislados y definidos.

Obviamente, nosotros no intentaremos discutir cada uno de estos temores individualmente. Nuestro abordamiento será

muy general, con excepción de los temores particulares que son muy evidentes en Caín.

La fuerza devastadora del temor está implícita en las enseñanzas de nuestro Señor. Si bien es cierto que él enseñó sobre muchos temas, e indicó que había cierto número de cosas que no debíamos hacer, él repetidas veces hizo énfasis negativo sólo respecto del temor. El sabe cuánto de nuestra vida está dominado y paralizado por el temor en alguna forma, y él quiere libertarnos de esa dominación demoníaca.

Prevalecientes en Caín son dos de nuestros más comunes temores. De cierto, Caín tuvo otros temores, pero nosotros limitaremos nuestra discusión a los dos temores más evidentes. Esos temores los encontramos en la respuesta que Caín le dio a Jehová Dios, después de que Dios le aplicó juicio por el asesinato de Abel—el juicio de que Caín sería un errante.

“Y sucederá que cualquiera que me hallare, me matará”, dijo Caín. Dos temores comunes saltan a nuestra vista de esta dolorosa respuesta: la exposición de un temor de la gente; y el temor de morir.

El temor de Caín, de la gente, surge de dos fuentes—autoconciencia y paranoia. La aseveración de Caín, ‘Cualquiera que me hallare’, es una inequívoca indicación de que él sentía que toda la población de la tierra estaría buscándolo. ¡Esto es el epítome de la autoconciencia!

¡Pero espérese! ¿Ha entrado usted en algún cuarto o sala, y sentido que todos los allí presentes se están fijando en usted? Yo lo tengo por práctica, hacer esa pregunta a los grupos con los cuales yo comparto el mensaje de la gracia de Dios. Invariablemente, hay una risa confesadora; no todos ríen, pero el número suficiente como para indicar que un “punto sensitivo” ha sido tocado.

Hace algunos años leí una declaración sobre conciencia de sí mismo, la cual en resumen decía: “Cuando camines hacia un

cuarto lleno de gente, no tengas temor de que todos te estén mirando. No pienses así, porque todos ellos están pensando que todos los están mirando a ellos.”

Caín estaba terriblemente consciente de sí mismo. Ciertamente, la culpa era gran parte de la causa, y puede haber sido la fuente de mucha de nuestra propia conciencia de nosotros mismos.

Caín, sin embargo estaba temeroso de otros por otra razón. Caín era paranoico; él tenía un temor imaginario de que otros estaban allí para capturarlo. El se quejó: “Cualquiera que me hallare, me matará”.

Lo más probable es que muchos de nosotros seamos paranoicos en una medida o en otra. Recientemente, pasé una semana enseñando a un grupo de jovencitos en un campamento bíblico, de cómo nosotros podemos ser cambiados de ser como Caín a ser como Cristo. Discutimos de cuán completamente somos como Caín; discutimos nuestra paranoia. Descubrimos que pocas cosas eran ciertas de Caín que son más prominentes en nosotros que en paranoia.

Muchos de nosotros hemos oído el interesante relato de la señora que tuvo un sobresalto en el juego de fútbol, porque pensaba que cuando los jugadores se agrupaban lo hacían para hablar de ella. Desde luego, ninguno de nosotros piensa que somos el objeto de discusión en los grupos de jugadores de fútbol, pero sí pensamos que somos el objeto de discusión en las tertulias de nuestros amigos y conocidos.

En las Escrituras, el rey Saúl es expuesto como teniendo un pronunciado caso de paranoia. En una ocasión, cuando el joven David recibía alabanza cuando volvía de una gran victoria sobre los filisteos, Saúl se enojó tremendamente. También se volvió sospechoso temorosamente de David, y expresó: “No le falta más que el reino” (1 Samuel 18:8).

“Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David” (1 Samuel 18:9).

David absolutamente no tenía ambición por el reino. Varias veces se nos dice que David no tenía ningunas intenciones de hacerle daño a Saul.

Un estudio de Saúl, entonces, es iluminador respecto de los resultados trágicos de la paranoia.

En primer lugar, La historia de Saúl nos muestra que la paranoia resulta en sufrimiento de gente inocente. En una ocasión Jonatán, el hijo de Saúl, le dijo a su padre: “No peque el rey contra su siervo David, porque ninguna cosa la cometido contra ti, y porque sus obras han sido muy buenas para contigo” (1 Samuel 19:4). Porque Abimelec el sacerdote le había ayudado a David, Saúl le ordenó a Doeg el edomita que matara a Abimelec y a los sacerdotes.

Y se volvió Doeg el edomita y acometió alas sacerdotes, y mató en aquel día a ochenta y cinco varones que vestían efod de lino. Y a Nob, ciudad de los sacerdotes, hirió a filo de espada; así a hombres como a mujeres, niños hasta los de pecho, bueyes, asnos y ovejas, todo lo hirió a filo de espada (1 Samuel 22:18, 19).

En segundo lugar, la historia de Saúl ilustra vívidamente la incomodidad que le viene a la persona paranoica tanto como a aquellos a quienes respeta y ataca. “Oyó Saúl que se sabía de David y de los que estaban con él. Y Saúl estaba sentado en Gabaa, debajo de un tamarisco sobre un alto; y tenía su lanza en su mano, y todos sus siervos estaban alrededor de él” (1 Samuel 22:6). “Y David se quedó en el desierto en lugares fuertes, y habitaba en un monte en el desierto de Zif; y lo buscaba Saúl todos las días, pero Dios no lo entregó en sus manos” (1 Samuel

23:14). “Y estaba David en el desierto, y entendió que Saúl le seguía en el desierto” (1 Samuel 26:3).

Los versículos arriba citados indican mucho dolor y sufrimiento para la persona que es paranoica, y para aquellos a quienes él se imagina que le están persiguiendo. Por supuesto, el dolor no será a menudo un sufrimiento físico, como lo fue con Saúl y David, pero el sufrimiento interno puede ser mucho más grande que cualquier dolor físico que pudiéramos soportar.

Tercero, la persona paranoica inevitablemente enlistará a otras personas en sus intentos por vengarse de un supuesto atacante. Entre más influyente es la persona, más ayuda podrá enlistar en su campaña de venganza. Este hecho queda claramente indicado en la historia de Saúl “Habló Saúl a Jonatán su hijo, y a todos sus siervos, para que matasen a David” (1 Samuel 19:1).

Un cuarto resultado trágico de paranoia, como se revela en la vida de Saúl, es que la persona así afectada volteará contra nosotros a aquellos que han sido nuestros muy buenos amigos. Pronto después de que Saúl ordenara a Jonatán y a los siervos a matar a David, tanto Mical, la hija de Saúl, como Jonatán, el hijo de Saúl, le ayudaron a David a escapar de Saúl.

Quinto, la persona paranoica no solamente piensa que algunos quieren atraparlo, sino que siente también que hay conspiraciones en contra suya. “Y dijo Saúl a sus siervos que estaban alrededor de él: Oíd ahora, hijos de Benjamín: ¿Os dará también a todos vosotros el hijo de Isaí tierras y viñas, y os hará a todos vosotros jefes de millares y jefes de centenas, para que todos vosotros hayáis conspirado contra mí, y no haya quien me descubra el oído cómo mi hijo ha hecho alianza con el hijo de Isaí, ni alguno de vosotros que se duela de mí y me descubra cómo mi hijo ha levantado a mi siervo contra mí para que me aceche, tab como lo hace hoy?” (1 Samuel 22:7, 8).

Un sexto resultado de paranoia, tal como se indica en la historia de Saúl, es que ello trae deshonor al Señor. Mientras Saúl perseguía a David, los filisteos invadieron a Israel. Tales condiciones condujeron finalmente a la derrota a manos del enemigo. Obviamente, cuando el pueblo del Señor es derrotado, el nombre de su Señor es deshonrado.

Finalmente, vemos que la paranoia de Saúl lo condujo a la culpa. Después de un incidente en el que David le perdonó la vida al rey perseguidor, “Saúl dijo: ¿No es esta la voz tuya, hijo mío David? Y alzó Saúl su voz y lloró, y dijo a David: Más justo eres tú que yo, que me has pagado con bien, habiéndote yo pagado con mal” (1 Samuel 24:16, 17). Por supuesto, ello puede también resultar en culpa para nosotros.

El otro temor que vemos en Caín es el temor de morir. Probablemente no haya declaración en la Biblia o en toda la literatura del mundo, que represente más poderosamente nuestro temor de morir que la que se encuentra en Hebreos 2:14. Al referirse a la encarnación de nuestro Señor, el autor inspirado declara: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, el también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre.” ¡El temor de la muerte es una servidumbre en la cual estamos atados como si fuéramos esclavos!

Para algunos, el temor de la muerte puede que no sea el más grande temor, pero es uno de los más grandes temores. Para otros sí es el temor más grande que hay.

Tal vez la más grande confesión del temor de morir sea el grito del rey Ezequías. Después de recibir seguridad de que viviría quince años más sobre la tierra, compuso una declaración, cuya primera parte da a conocer sus sentimientos acerca de morir. El

indica que mientras estaba bajo el juicio de Dios, él moriría muy pronto, y su queja fue:

Yo dije: A la mitad de mis días iré a las puertas del Seol; privado soy del resto de mis años. Dije: No veré a JAH, a JAH en la tierra de los vivientes; ya no veré más hombre con los moradores del mundo. Mi morada ha sido movida y traspasada de mí, como tienda de pastor. Como tejedor corté mi vida; me cortará con la enfermedad; me consumirás entre el día y la noche. Contaba yo hasta la mañana. Como un león molido todos mis huesos; de la mañana a la noche me acabarás. Como la grulla y como la golondrina me quejaba; gemía como la paloma; alzaba en alto mis ojos. Jehová, violencia padezco, fortaléceme (Isaías 38:10-14).

Por supuesto, Ezequías vivió en épocas pre-cristianas, y no tenía la seguridad de la vida después de la muerte. Para él, la muerte lo terminaba todo.

Es fácil ver cómo aun en tiempos cristianos—especialmente en tiempos cristianos—cómo el incrédulo tuviera semejantes temores de muerte. El Señor Jesús enseña que todos aquellos que no confían en él, están destinados al “infierno”, “el lago de fuego”, a las “tinieblas de afuera”, etcétera.

Lo que sí no es simple de entender es cómo las creyentes también tengan temores de la muerte. Sabemos que dejar esta tierra y entrar en el cielo está todavía lejos, mucho más allá; no obstante, muchos no parecen tener victoria sobre el temor de la muerte. Un estado mental semejante es muy parecido al de Caín.

Tal como hemos indicado antes, tenemos muchos temores—ciertamente muchos más de los dos que hemos discutido, ¡pero el Señor nos quiere liberar de todos ellos!

Nuestros temores tienen un efecto paralizador sobre nosotros. Ellos estorban la expresión de la personalidad que Dios nos dio, y que esa personalidad puede manifestarse hermosamente como el Señor quiere.

Nuestros temores también ponen grandes límites sobre el Señor. El Señor no pudo introducir temprano al pueblo de Israel en la tierra de Promisión, como era Su deseo, a causa de los temores del pueblo. El está limitado en realizar lo que él desea hacer, en y a través de nosotros, debido a nuestros temores. Consecuentemente, el Señor es estorbado en Sus intenciones de glorificarse a Sí mismo a través de nosotros.

¿De donde provienen estos paralizadores y devastadores temores? ¿De dónde obtuvo Caín sus temores? La respuesta a ambas preguntas es la misma. Nuestros temores fluyen en nuestras vidas de un río de dos cabezas: nuestros temores proceden de la influencia de Satanás y de nuestra actitud de saberlo todo.

Para el mundo, lo opuesto al temor es valor.

Para el cristiano, sin embargo, lo opuesto al temor es fe. Si bien hay muy poco en la Biblia—y, prácticamente, nada en el Nuevo Testamento—acerca del valor, la Biblia toda abunda en un énfasis sobre fe.

De manera que lo que estamos buscando en la vida del Señor Jesús como lo opuesto al temor de Caín, no es valor, sino fe. De cierto, muchos de Sus actos de fe el mundo los describiría como actos de valor, pero él habría explicado su aparente valor con nada más que Su confianza en el Padre. A decir verdad, no hay declaración en las Escrituras acerca del valor del Señor Jesucristo, pero cualquier hombre honesto del

mundo admitirá que nadie ha vivido con más valor que nuestro Señor.

Con frecuencia he admirado cómo nuestro Señor fue tan intrépido en circunstancias en las que muchos de nosotros nos habríamos portado cobardemente. Su calma con el endemoniado de Gadara es emocionante. Otros pensaron de este hombre poseído del demonio como “un hombre salvaje”. El tenía fuerzas suficientes como para romper las cadenas, pero nuestro Señor trató con él sin temor alguno.

La última prueba de Su calma y serenidad estuvo al enfrentarse él a la muerte en la cruz. Admitimos, él no se enfrentó a la cruz sin experimentar emociones, pero no fue la emoción del temor. Su emoción fue la de la agonía por cargar la culpa de nuestros pecados, y por ser separado del Padre. En Hebreos 5:7 se nos habla de su temor, pero fue “su temor reverente”.

Debemos llevar ahora nuestra discusión al creyente y mostrar cómo el temor puede ser reemplazado por la fe. Tal como lo hemos demostrado ya en capítulos anteriores, expondremos la verdad de que este intercambio es posible a causa de nuestra unión con Cristo.

Nuestros temores “pecaminosos”—como opuestos al temor de Dios—son una parte de nuestro viejo hombre y han sido crucificados con nuestro Señor Jesucristo. Nuestra actitud de saberlo todo, que es una de las dos fuentes de nuestros temores, ha sido crucificada con Cristo. Satanás, la segunda fuente de nuestros temores, ha sido derrotado en la cruz, y desde nuestra posición en los lugares celestiales, estamos en autoridad sobre él. La carne, la cual se interpone como una barrera al Espíritu Santo, Quien produce fe, ha sido crucificada con Cristo.

Cuando nosotros por la fe aceptamos las verdades expresadas, como reales en nuestra propia vida, porque estamos en unión con Cristo, y cuando escogemos estar muertos al

pecado y vivos para Dios, y escogemos estar libres del temor y de la actitud de saberlo todo, y ser llenos con el Espíritu Santo, nuestro Padre amoroso empezará un proceso de intercambiar nuestros temores por fe.

De cierto, el pensamiento de que nuestros temores sean intercambiados por fe, lanza un resplandor de excitación a través de todos nosotros. Si somos esclavos de no más temores que los de Caín—el temor a la gente y el temor de morir—con toda seguridad nos precipitaremos a estar en unión con Cristo.

Recientemente, un hombre quien ha estado viviendo a la luz de su unión con Cristo por más de diez años, habló por varios días en una iglesia cuyo pastor le había conocido por unos treinta años. El pastor, al alentar a los miembros de su iglesia a que aceptaran las enseñanzas de la unión con Cristo, les dijo cómo el Señor había cambiado a su orador visitante. Luego, agregó esto: “El más grande cambio que yo he visto en él es la liberación de su temor a la gente”.

Ese es un hermoso testimonio acerca de la gracia de Dios. El muestra que la unión con Cristo sí da resultados. Nuestro temor a la gente es intercambiado por una fe producida por el Espíritu, de que nuestro Señor “nunca nos dejará, nunca nos abandonará”.

Nosotras seremos también liberados de nuestro temor de morir, cuando nos apropiemos nuestra unión con Cristo. Recuerde, fue cuando Adán y Eva habían comido del árbol del “conocimiento del bien y del mal”, que ellos se preocuparon en cuanto a sus cuerpos. Usted y yo seremos libertados de nuestra preocupación en cuanto a nuestros cuerpos y a nuestro temor de morir, cuando empecemos a vivir a la luz de nuestra unión con Cristo; y la inevitable llenura del Espíritu Santo resultará en que nuestro ser será lleno de fé. “El fruto del Espíritu ... es fe” (Gálatas 5:22).

El Espíritu Santo es el “Espíritu de verdad”, Quien nos enseñará todas las cosas. El hará que el cielo sea real para nosotros. El nos capacitará para decir con el apóstol Pablo: “Mi deseo es partir y estar con el Señor”. En Su gracia, el Padre celestial estará en la capacidad de cambiarnos cuando podamos decir con Juan Jacobo Jasper, el famoso predicador negro: “Yo no le tengo más temor a la muerte del que le tengo a una mosca”.

Capítulo Quince

De la Ambición a la Mansedumbre

“Y edificó una ciudad” (Génesis 4:17b).

Caín edificó una ciudad motivado parcialmente por bondad hacia su familia. El no quiso que su esposa y su hijo experimentaran una vida de andariegos, así como había sido la suya.

También parece que Caín se sintió motivado por una indebida ambición para edificar la ciudad.

Caín pudo haber sido todo, menos apático o perezoso. Su éxtasis delante del rechazo que Jehová hizo de su ofrenda, y su profunda depresión que le vino después del rechazo, indican que él se acercó al Señor extremadamente bien preparado. Su ofrenda había reflejado un gasto de ingeniosidad y energía.

Caín era uno de esos que “lo consigue todo”. Todas las características acompañantes están allí—la actitud de saberlo todo, la obsecación, la codicia, los celos, el espíritu de venganza y otras más.

La frase “Usted no puede mantener a un hombre bueno aplastado” es una frase que bien pudo haber sido acuñada por aquellos que conocían a Caín. En algún punto de su trayectoria, Caín habría de probar a otros de lo que él estaba hecho. Por años, Caín no había revelado de todo lo que él era capaz, y él lo sabía.

Si solamente él pudiera hacer algo grande, algo que hiciera que los otros se detuvieran a observar, Caín sabía que él podía demostrar que era valioso. Edificar una ciudad fue la solución al dilema de Caín.

A decir verdad, Caín iba a “matar a dos pájaros con una sola piedra”. Edificando una ciudad, él podía proveer de una residencia permanente a su esposa y su hijo, y él podía demostrar vívidamente al resto del mundo que él había nacido para hacer algo más que simplemente andar dando vueltas en círculos.

Admitimos, estas conclusiones están basadas sobre conjeturas, pero no es una “salvaje” conjetura. Hay bastante evidencia de que Caín se sentía consumido por su ambición.

Aquellos quienes han llegado a los extremos de su ambición, han provisto abundante evidencia de los trágicos resultados que vienen juntamente con las labores y las luchas que nacen de la pasión por superar, por hacer alguna cosa que será notada.

Un ejemplo clásico de ambición es el de Coré, el cual aparece registrado en el libro de Números. Coré ardía con una pasión de ser observado, visto. El necesitaba atención igual que la que Moisés recibió.

En Coré, entonces, nosotros tenemos un modelo de la per-

sona ambiciosa y un cuadro vívido de la esquina hacia la cual la ambición empuja a una persona.

En primer lugar, esa persona que desea hacerse un nombre para sí misma, debiera experimentar el dolor y la frustración que los celos producen. Uno casi puede sentir la fiebre agonizante de Coré y sus compañeros en su esfuerzo por quitar a Moisés y a Aarón de sus puestos de líderes de Israel.

En segundo lugar, la persona con ambición, inevitablemente “se cruzará en el camino de ascenso de alguna gente”. Leamos uno de los incidentes en la vida de Coré:

Coré hijo de Izhar, hijo de Coat; hijo de Leví; y Datán y Abiram hijos de Eliab, y On hijo de Pelet, de los hijos de Rubén, tomaron gente, y se levantaron contra Moisés con doscientos cincuenta varones de los hijos de Israel, príncipes de la congregación, de los del consejo, varones de renombre. Y se juntaron contra Moisés y Aarón y les dijeron: ¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?

¡Que cosa tan vergonzosa la que le hicieron al “hombre más manso de toda la tierra”! Moisés no había buscado su posición de liderazgo. Dios le había colocado allí. Y ahora, debido a la ambición pecaminosa de un hombre, Moisés y Aarón tuvieron que sufrir estas acusaciones tan embarazosas.

En nuestros días, Coré habría tenido buen éxito como político. El fue hecho a la medida como el perfecto candidato que destronaría al jefe reinante.

Nuestra generación ha llegado a sentirse familiarmente incómoda con el fenómeno conocido como “politica sucia”

Hemos de concluir, sin embargo, que los políticos no son los únicos cuyos apasionados deseos ambiciosos les ha llevado a abusar de los demás. Esto sucede donde quiera que se halla la gente.

Tan malo como el desacreditar a otros es una, pero no la única, manera en la cual la persona ambiciosa pisa sobre otros. Cuando las ambiciones de uno tienen que ver con la acumulación de dinero o de posesiones, uno a menudo causa daño a otros por tomar la sinuosa senda de la deshonestidad

La manera particular en la cual la persona ambiciosa daña a quienes se hallan en el camino, no es el factor más importante. La verdad más importante de nuestra discusión aquí es que la ambición lo lleva a uno a abusar de cualquiera que se interponga en el camino.

Alguien ha dicho que debemos recordar que aquellos con quienes nos encontramos en el camino de ascenso, son los mismos con quienes nos encontraremos en el camino de descenso ¡Buen consejo para el ambicioso!

Tercero, la persona ambiciosa acarrea daño en el mundo por el hecho de involucrar a otros para que se le unan en sus esfuerzos al tratar con aquellos que parecen estar en el camino. Yó pienso que podemos arribar seguramente a la conclusión, de que ninguno de los 250 que se le unieron a Coré tuvieron todos el mismo deseo de quitar de su puesto de liderazgo a Moisés y a Aarón.

¡Ay de nosotros por la manera como hemos influenciado a aquellos que están a nuestro alrededor! El Señor perdone a cualquiera y a todos nosotros quienes hemos incitado a otros a sostenernos en nuestros esfuerzos por quitar a aquellos que se interponían en nuestra senda de ambiciones.

Cuarto, la persona ambiciosa se coloca bajo el juicio del Dios Todopoderoso. Coré, usted recordará, es el hombre quien,

juntamente con sus compañeros celosos, fue tragado por la tierra. “Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor”; esto no es un decir ocioso. A través de las Escrituras se nos dice que el Señor tendrá cuidado de los Suyos. En el caso de Moisés y Caré, nosotros tenemos una vívida manifestación de la mano vengadora de Dios, teniendo cuidado de los Suyos.

Quinto, la persona ambiciosa acarrea sufrimiento a la gente inocente. Ya hemos visto el daño que le fue infligido a Moisés y a Aarón. Hemos sugerido que Coré probablemente había incitado a otros en el descrédito de Moisés y Aarón, quienes no eran tan ambiciosos como él. Pero la historia de Coré indica que otras personas inocentes sufrieron. Cuando el Señor hizo que la tierra se tragara a Coré y a su grupo de apoyo, la tierra se tragó también a sus familias (incluyendo todas las posesiones de ellos), y aun a otras personas inocentes alrededor de ellos fueron destruidos por la plaga resultante; y así el total de muertos alcanzó la cifra de 14,700 personas.

Sexto, la historia de Coré indica que la persona ambiciosa toma el riesgo de traer deshonor sobre sí misma. No hay ninguna palabra buena acerca de Coré en las Escrituras. En todas partes donde la Biblia se lee y se enseña, el deshonor de Coré es conocido. Y todo ello se debe a su ambición pecaminosa. Jesús dice:

Cuando fueres convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tu esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga; Da lugar a éste; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. Más cuando fueres convidado, vé y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; entonces

tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa. Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido (Lucas 14:8-11).

Finalmente, vemos en el ejemplo de Coré, que la persona ambiciosa se encuentra en franca rebelión contra la voluntad de Dios. Judas, al escribir acerca de aquellos que le han vuelto las espaldas a Dios para entregarse a una vida de pecado, dice que ellos “perecieron en la rebelión de Coré” (Judas 11). Desde luego, sabemos que él estaba en rebelión contra Dios, al buscar tener un lugar en el Reino de Israel al cual solamente Moisés y Aarón habían sido llamados.

La rebelión es la manera de ser de la persona ambiciosa. Aun la persona ambiciosa que está haciendo la obra de Dios, no estará contenta en responder al liderazgo continuo del Espíritu Santo. El adopta su propia manera, su propio tiempo, su propio lugar para hacer la obra del Señor. Muchos se han despertado al hecho de que ellos han degenerado al bajo nivel de usar a Dios para adelantar sus propias deseos ambiciosos.

¿Qué hace que algunos de nosotros seamos pecaminosamente ambiciosos?

¿Por qué a Coré lo “consumía” el deseo de salir adelante?

¿Por qué Caín estaba plagado con esa ambición viciosa?

Cuando nos volvemos a Caín como nuestro modelo del viejo hombre, descubrimos que la ambición fluye de una fuente doble: ella fluye de Satanás mismo y de nuestra actitud de saberlo todo.

Lo opuesto a la ambición es la mansedumbre.

Como es comúnmente sabido, la palabra que es traducida por “manso” en el Nuevo Testamento, es también usada para describir a los animales que han sido donados a domesticados. Una persona mansa es una persona a quien se le han puesto

riendas. Una persona mansa. es alguien que no sobrepasa sus límites.

Nuestro Señor fue manso. El dijo que lo era.

Nuestro Señor dio testimonio de que él era manso y humilde de corazón.

Una y otra vez, la Palabra de Dios testifica del hecho de que nuestro Señor no tenía ambición de sí mismo. El vino solamente para hacer la voluntad del Padre. Tal vez el pasaje más prominente en toda la Biblia respecto de su disponibilidad hacia la expresa voluntad del Padre, sea la experiencia en el Getsemaní. El oró así: “Padre, si es posible que esta copa pase de mí empero, no se haga mi voluntad”.

En otra ocasión él oró así: “Ahora está turbada mi alma: ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora” (Juan 12:27).

El Evangelio de Juan registra declaración tras declaración de nuestro Señor, en las que él indica que él estuvo aquí no para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre. Al riesgo de ser innecesariamente redundante, escribiremos una lista de esas citas, las cuales no han recibido la atención que ellas se merecen.

“Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (Juan 5:19).

“No puedo ya hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre” (Juan 5:30).

“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38).

“Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago

por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:28, 29).

“Jesús entonces les dijo: Si vuestro Padre fuese Dios, ciertamente me amarías; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió” (Juan 8:42).

“Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho” (Juan 12:49, 50).

“¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 14:10).

“Si guardáreis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:10).

“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4).

Todos los anteriores pasajes muestran más allá de toda duda la mansedumbre del Señor Jesús, al indicar ellos que él estaba totalmente disponible a la voluntad del Padre.

Nuestra mansedumbre nuestra disponibilidad al Padre— es de la mayor importancia.

En primer lugar, la mansedumbre nos guardará de esa fiebre que contagia a tantos de nuestros prójimos! ¡libertad de la ambición es libertad de las frustraciones!

Jesús dice que la mansedumbre trae descanso al alma. Nos dice eso porque él fue manso y humilde de corazón, su yugo es

fácil y ligera su carga. El indica que todos los que juntamente con él llevamos su yugo, que hallaremos descanso; nuestro yugo será fácil y nuestra carga será ligera, porque aprenderemos de él a vivir nuestra vida en mansedumbre y en humildad de corazón. Ser uno humilde de corazón es estar sin confianza en nosotros mismos; es ser totalmente dependiente del Padre.

La vida es fácil y descansada entonces, cuando somos completamente dependientes del Padre.

Nuestro Señor también enseña que los mansos heredarán la tierra. Debemos recordar que las Escrituras enseñan que “de Jehová es la tierra y su plenitud”. Podemos arribar a la conclusión que cuando estamos totalmente disponibles al Señor, cualesquiera sean los bienes de este mundo que nosotros pudiéramos necesitar, él está en la capacidad de proveérnoslos.

Finalmente, cuando llevamos una vida de mansedumbre no estaremos pisando sobre la gente. Una señorita quien acababa de alcanzar el pináculo de la fama como estrella de cine, estaba siendo entrevistada por la televisión. La entrevistadora le preguntó que cómo era eso de estar en la cúspide de la fama.

Ella respondió: “Cuando una finalmente alcanza la cumbre, entonces puede tener compasión”.

Fue una brillante respuesta. Implicaba que no es sino hasta que uno llega a esas alturas, que puede tener compasión; usted encuentra necesario pisar sobre la gente mientras se va subiendo.

Además, la mansedumbre en ocasiones es el camino hacia la grandeza. Parece ser una paradoja que cuando dejamos nuestras ambiciones por hacer alguna cosa grande, al final alguna gran cosa es realizada por el Señor a través de nuestra vida. Tales cosas han acontecido.

Exactamente como Coré es un ejemplo de las ambiciones de una persona en cuanto a grandeza resultan en un fracaso completo y aun en vergüenza, Moisés, el hombre a quien Coré

estaba queriendo suplantar, es un vívido ejemplo de una persona que había perdido toda su ambición y, al final, llegó a ser uno de los más grandes hombres en toda la historia.

En las Escrituras se nos dice que “Moisés fue el hombre más manso en toda la tierra”. No fue siempre así. Los registros bíblicos indican que en un punto de su vida, Moisés estaba apasionadamente entregado a dirigir a los hijos de Israel afuera de Egipto. Así como la ambición de Coré le trajo fracaso, así también lo hizo la ambición de Moisés.

Después de cuarenta años en el desierto, sin embargo, Moisés fue completamente curado de ambición y él no tenía ningún deseo de hacer alguna cosa grande, cuando Jehová le hizo el llamamiento en la zarza que ardía sin consumirse.

Sin la ambición ardiendo en su corazón, Moisés había llegado a ser un vaso utilizable. Jehová tomó “al hombre más manso en toda la tierra” y lo usó para realizar uno de los más grandes milagros.

Esto no es sugerir toda la gente sin ambición terminará por hacer alguna cosa grande. Nuestro lugar en el Reino es determinado por la voluntad soberana de Dios.

Esto es sugerir, sin embargo, que cuando mediante la victoria sobre la ambición llegamos a estar dispuestos para el Señor, abrimos la puerta para que el Señor realice obras poderosas en y a través de nosotros.

¡Alabado sea Dios! Nosotros los creyentes podemos ser libertados de nuestros fuertes deseos de hacer alguna cosa grande; podemos vivir una vida de mansedumbre.

¿Cómo podemos hacer el cambio?

El cambio viene de la manera en que repetidas veces lo hemos expuesto en este libro. Viene debido a nuestra unión con Cristo.

Cuando nosotros vivimos a la luz de nuestra unión con Cristo, estaremos en autoridad sobre Satanás, y la pasión por realizar alguna cosa grande se volverá inoperante, y seremos llenos continuamente del Espíritu Santo.

Lo que debemos hacer es escoger el ser libertados y andar en el Espíritu y habitar en los lugares celestiales. Entonces debemos reconocer nuestra unión con Cristo. Debemos reconocer el hecho de que en Cristo estamos muertos al pecado y vivos para Dios. Debemos reconocer la crucifixión del viejo hombre. Debemos reconocer que nuestro ser está siendo lleno del Espíritu Santo. Debemos reconocer nuestro estar en Cristo en los lugares celestiales en autoridad sobre Satanás. Debemos estar contra Satanás y contra todo su reino en la autoridad y en el nombre del Señor Jesucristo.

¡Y entonces lo tendremos una vez más! ¡Reconocer!
¡Escoger! ¡Estar!

Capítulo Dieciséis

De las Virtudes Naturales a las Virtudes Sobrenaturales

“Entre los ateos hay algunos que son humanos compasivos”.

Las anteriores palabras, encontradas en *The Siberian Seven*, originalmente fueron escritas por Lida Vaschenko, una de los siete. Esas palabras están en el contexto de un pasaje en el cual ella dijo de la sorpresa con la que un oficial ruso de prisión, recibió las nuevas del trato severo dado al padre de ella durante una de sus prisiones.

El hecho de que un ateo es humano y compasivo es una clara indicación de que no hallamos solamente lo malo en la naturaleza humana no redimida. Cuando los teólogos escriben de que el hombre es totalmente depravado, quieren decir que él

es completamente incapaz de salvarse a sí mismo; no quieren decir que el hombre es tan malo como puede serlo.

Nadie es tan malo como pudiera serlo. Aun Adolfo Hitler pudo haber sido peor.

Después de que me di cuenta por primera vez, que la crucifixión de nuestro viejo hombre incluía la crucifixión de nuestras virtudes naturales, conduje un experimento con los miembros de mi clase de la escuela dominical. Primero, le pedí a cada alumno que abrieran la Biblia en Gálatas 5:22, donde se nos da una lista de nueve frutos del Espíritu Santo. Después de haber mencionado cada fruto, les pregunté: “Si ustedes nunca hubieran sido salvos, ¿tendrían por lo menos una señal de esta cualidad en su vida?”

Para mi asombro, no menos de una o dos manos se levantaron cada vez que hice la pregunta.

Probablemente cada uno de nosotros posea naturalmente al menos indicios de unas pocas de las cualidades que son producidas por el Espíritu Santo supernaturalmente.

Podemos, sin embargo, estar adelantándonos a nosotros mismos. ¿Dónde encontramos en Caín una base para nuestra discusión en este capítulo?

“Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió y dio a luz a Enoc; y edificó una ciudad, y llamó el nombre de la ciudad del nombre de su hijo, Enoc” (Génesis 4:17).

Es mi opinión que Caín edificó la ciudad en parte como resultado de su bondad, debido a su interés por su esposa y por su hijo. Dos razones forman la base de esta conclusión.

Primero, el hecho de que él le diera a la ciudad el nombre de su hijo, porque eso muestra que él estaba pensando en el muchacho cuando la edificó.

En segundo lugar, Caín había sido un errante. Ciertamente, no quería que su esposa y su hijo vivieran la clase de vida que él

había vivido. De modo que, por bondad, el les proveyó un lugar permanente de residencia.

Admitimos, estas conclusiones son de cierta modo conjeturas, pero yo creo que las conclusiones y las conjeturas son razonablemente inferibles de las Escrituras.

Recientemente, enseñé estas verdades acerca del cambio de ser como Caín a ser como Cristo, a un grupo de jóvenes. Como una ayuda visual, les presenté las características de Caín en la forma de un árbol. Representé la actitud de saberbo todo (la cual fue la raíz del problema de Caín) como la raíz del sistema del árbol. Entonces, definí las otras características de Caín donde las ramas del árbol habrían estado.

Cuando puse en el árbol la rama representando bondad como una de las cualidades en Caín—y, así, una de las cualidades en el viejo hombre que ha sido crucificado—apenas nos faltaban unos segundos para la conclusión del tiempo de nuestro estudio bíblico. Poco antes de la oración final, uno de los jóvenes dijo en una voz suficientemente alta para que todos le oyéramos: “Lo que me está molestando a mí es por qué nuestra bondad tenía que ser crucificada”.

Tal vez eso sea perturbador para usted también. ¿Exactamente por qué nuestra bondad tiene que crucificada?

Fielmente le prometí al grupo que no nos iríamos del lugar donde estábamos sin antes hablar acerca de la crucifixión de nuestra bondad y de todas nuestras virtudes naturales.

Esa noche tuvimos una fogata y estuvimos reunidos alrededor de ella. Un joven de quince años y yo, mientras nos engarzamos en una conversación, gradualmente nos retiramos algunos pies de distancia del resto del grupo. Al momento cuando iba retirarme, él dijo: “Tengo una pregunta que hacerle”.

“Está bien”, le dije al volverme para conversar con él.

“¿Por qué nuestra bondad tiene que ser crucificada?”, me preguntó sinceramente.

Yo había planeado contestar la pregunta para todo el grupo al mismo tiempo, porque parecía haber tanto interés en ella. Sin embargo, creí que debía responderle allí mismo.

El sostenía un dulce en su mano.

Le pregunté: “¿Qué sería un dulce comparado con un delicioso banquete para dos mil personas?”

El admitió que ese dulce sería como nada en tal comparación.

“Es así como nuestra bondad natural se compara con la bondad de Dios”, le expliqué.

Y continué explicándole que todos tenemos una tendencia a confiar en nosotros mismos siempre que podemos hacerlo. Si sentimos que somos fuertes en una área, por lo general sentimos que no necesitamos de la gracia del Señor en esa área. Así el Apóstol declara: “Porque cuando soy débil, entonces soy poderoso”. Pablo sabía por experiencia que él se volvía al Señor cuando era inútil, y siempre encontró que la gracia del Señor era suficiente.

Al día siguiente le expliqué al grupo completo por qué nuestra bondad natural tenía que ser crucificada. Entonces les dije de un evento que había ocurrido el año anterior durante una semana en la que yo estaba predicando en un avivamiento para un pastor que había leído mi libro, Nuestra Unión con Cristo. El me había invitado a predicar en la campaña porque quería que yo enseñara el mensaje de “nuestra unión con Cristo” a los miembros de su iglesia.

Una tarde me hallaba enseñando el mensaje a un grupo de jóvenes adolescentes. Les dije de la crucifixión de nuestras virtudes naturales y de por qué era necesario llevarlas a la cruz.

Cuando terminé la explicación, el dijo: “Yo nunca había pensado en semejante cosa antes, pero mientras usted hablaba me di cuenta de por qué mi bondad necesitaba ser crucificada. Soy tan bondadoso por naturaleza, que se me hace muy difícil reprender a la gente por sus pecados.”

Yo estaba asombrado de lo que el pastor dijo. Por supuesto, nunca antes había oído o pensado en una aplicación semejante. Pero sé que él estaba en lo correcto. Hay tiempos cuando todo pastor debe reprender el pecado. Debe hacerlo en amor y debe hacerlo en la dirección del Espíritu Santo, pero debe hacerse.

Espero que en este punto todos nos hemos convencido de la necesidad de la crucifixión de nuestras virtudes naturales. Ahora miremos unas pocas de ellas para tal vez ilustrar un poco más el punto.

Se nos dice en Gálatas 5:22 que el fruto del Espíritu es amor. La palabra es *ágape* y significa “la clase de amor de Dios”. Obviamente, ninguno de nosotros tiene amor *ágape* naturalmente, pero todos hemos conocido a alguna gente no salva quienes en verdad estaban vestidos con un amor que tenía la cualidad de altruismo. Muchos padres inconversos han amado a sus hijos con un amor sin nada de egoísmo. Y ese es precisamente el punto; es a sus “hijos” que ellos aman. En ocasiones, el amor de personas inconversas se extiende a otros que no son miembros de su propia familia, pero aun en su más alto grado el amor sin egoísmo que uno tiene por naturaleza, no se comparará como el amor divino producido por el Espíritu Santo.

Lo mejor del amor natural, entonces, debe ser crucificado para dejar el camino para el amor sobrenatural. Nuestro Padre ha abierto el camino para que todos seamos llenos con amor *ágape*, por crucificar nuestro amor natural. Nosotros debemos estar de acuerdo con él y rechazar nuestro amor natural y reconocer su crucifixión.

Gálatas 5:22 nos enseña que el fruto del Espíritu es “paciencia”. Muchos inconversos y carnales han sido dotados por la naturaleza con la virtud de la paciencia. Algunas veces nos asombran con su paciencia. Pero podemos estar seguros que ella tiene sus límites. Esta no se extiende a un gran número de personas y también tendrá sus límites de duración. La paciencia natural está muy lejos de ser una paciencia sobrenatural—la clase de paciencia que el Espíritu Santo producirá en nosotros.

Se nos dice también en Gálatas 5:22, que el fruto del Espíritu es bondad. Lo más probable es que hay una mayor necesidad para que nosotros entendamos la crucifixión de la virtud natural de la bondad, que de cualquiera otra de las virtudes naturales. Es en verdad asombroso cuántas veces les hemos dicho a otros que cierta persona era “buena”. Y sí fuimos sinceros en decirlo. Esas personas nos parecían muy buenas.

Jesús, sin embargo, dijo: “Sólo hay uno bueno, Dios”. A la luz de la afirmación del Señor Jesús, nosotros cometemos un grave error en pensar que cualquiera (incluyéndonos nosotros) es bueno naturalmente. Lo que imaginamos que son trazas de bondad en nosotros y en otros, no es del todo bondad.

Cada día millones de madres envían a sus hijos a la escuela con la admonición: “Sean buenos”. Tales sugerencias son como una carga pesada de llevar por los niños. Ellos no pueden ser lo que no son, y Jesús dice: “Sólo hay uno bueno, Dios”.

Qué desaliento experimentan los padres quienes han criado a sus niños a que sean buenos, y sus corazones se han quebrantado por el pecado—y algunas veces por el pecado profundo—cometido por el niño que parecía ser muy bueno. De cierto, todos nosotros hemos visto suficiente de este tipo de comportamiento, para convencernos de que no debemos poner nuestra fe en la bondad natural.

Cuando nuestro viejo hombre fue crucificado, nuestra así llamada bondad natural fue crucificada con él. Que el Señor nos ayude a entender que el veredicto de Dios sobre nuestra bondad natural es “muerte”, y que él nos ayude a estar de acuerdo con él en el rechazo de esa clase de bondad.

Un creyente puede solamente regocijarse para darse cuenta de que el Señor producirá en su vida un gran bien, cuando él o ella concuerde con el Señor en el rechazo y en la crucifixión del viejo hombre, y escoge recibir la llenura del Espíritu Santo y todo lo que el Espíritu Santo producirá en él o en ella.

No vamos a dar un tratamiento completo a las virtudes producidas por el Espíritu Santo, pero vamos a citar solamente Gálatas 5:22–23 en forma completa. “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza ...”

Por varias razones podemos saber que el Señor Jesús vivió estas virtudes sobrenaturales. Un estudio de Su vida revela que estas cualidades estaban en él sin límite alguno.

Más todavía, ¡él es Dios! Esas virtudes que son sobrenaturales para nosotros, son naturales para él porque su deidad es su esencia misma. Sin embargo, él también afirma que lo que fue visto en su vida fue la vida del Padre en y a través de él (Juan 14:10).

¡Qué emoción es, entonces, cuando nos damos cuenta de que el Señor está realmente creando en todos nosotros el fruto del Espíritu!

La diferencia que estas cualidades hacen en nuestra vida y en la vida de otros se undescriptible. El hecho de que ellas son producidas en nosotros de cierto resulta para la gloria de Dios.

Piense en la diferencia que vendría a los hogares en el país, si el padre, la madre y los hijos de pronto empezaran a manifestar estas virtudes sobrenaturales.

Piense de todo el dolor que se habría evitado a través de los años, si los miembros hubiesen confiado en el Señor para que les llenase de las virtudes sobrenaturales.

A lo largo de este trabajo, hemos estado diciendo que las cualidades que encontramos en la vida de Caín emanaron de su actitud de saberlo todo y de Satanás. ¿Puede la mismo decirse respecto de su bondad? Sí, se puede.

Al pensar Caín en su pasado su andar errante y sus temores—su actitud de saberlo todo concluye en que sería lo mejor edificar una ciudad.

¿Hay algún pasaje bíblico que pudiera poner alguna cosa tan buena como la bondad a los pies de Satanás? Si, lo hay.

Una de las más famosas historias dichas por nuestro Señor es la de un hombre quien tenía un espíritu inmundo que le dejó y que después regresó a él. Nuestro Señor dice: “Y cuando llega; la halla barrida y adornada. Entonces va, y toma otros siete espíritus peores que él; y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero.”

Debemos siempre recordar que el propósito primario de Satanás no es el hacernos inmorales. Su propósito principal es alejarnos de la voluntad de Dios para nuestras vidas. A él no le importa el si somos gente decente, si tal decencia nos mantendrá alejados de estar en la voluntad de Dios. Y la voluntad de Dios para nosotros es que vivamos totalmente mediante la fe en Dios.

Si Satanás puede mantenernos satisfechos de nosotros mismos por el hecho de ser bondadosos, pacientes y buenos en las virtudes naturales, él se deleitará en obligarnos a ello.

¿Cuál es nuestro medio, entonces, de liberación de nuestras virtudes naturales para que podamos vivir las virtudes sobrenaturales?

Es el mismo, tal como lo hemos visto en capítulos anteriores. Está en que experimentemos lo que significa estar en unión con Cristo Jesús.

Porque nosotros estamos en él; hemos sido crucificados con él—esto es, nuestro viejo hombre ha sido crucificado con él—y hemos sido entronizados con él.

Debido a esa crucifixión, resurrección y entronización, tenemos todo lo que necesitamos. La carne puede llegar a ser inoperante por nuestra fe en su crucifixión con Cristo y debido a nuestro recházo de ella. En consecuencia, podemos ser llenos del Espíritu, Quien nos llenará con las virtudes sobrenaturales. Nuestras virtudes naturales podrán llegar a ser inoperantes, en la medida en que nosotros reconocemos que están crucificadas con Cristo' y las rechazamos en nuestra vida. Podemos vivir en una posición de autoridad sobre Satanás al reconocer nuestra unión con Cristo en la entronización y el escogimiento de estar vivos para Dios. Cuando tratamos con Satanás desde nuestra posición de autoridad sobre él, tendremos victoria sobre las virtudes naturales.

Qué Dios nos ayude a todos nosotros a responder a la posibilidad de ser caracterizados por las virtudes sobrenaturales más bien que por nuestras virtudes naturales.

Una última palabra acerca de sus virtudes. Ponga a un lado todas sus virtudes naturales—aun las mejores, las más escogidas de ellas—.Considérelas muertas. Entonces, reconozca en su unión con Cristo todas las virtudes de Cristo—aun las más escogidas de él—; y eso será obvio tanto en su ser interior como en su personalidad exterior. La diferencia en usted será maravillosa, asombrosa ...

... y profundamente satisfactoria.

Conclusión

Nuestra intención ha sido mostrar que en Caín vemos el cuadro del “viejo hombre” que cada uno de nosotros es, y del cual necesitamos ser libertados. Cada parte de él—y nuestra—del viejo hombre, no es mala, pero cada parte del viejo hombre ha sido llevada a la cruz por nuestro Señor.

También ha sido nuestra intención mostrar que en Cristo Jesús vemos lo opuesto de las cualidades que hallamos en Caín, y entonces indicar que nosotros podemos ser cambiados de Ser como Caín a Ser como Cristo. El cambio es gloriosamente posible al entender nosotros la verdad del Nuevo Testamento de nuestra unión con Cristo y al creer en su mensaje y escoger vivir nuestra unión con Cristo.

Ciertamente, cuando usted estudia para usted mismo la vida de Caín, descubrirá cualidades acerca de su viejo hombre que no hemos mencionado. Cuando usted lo hace así, el Señor le está mostrando una faceta más de nuestro viejo hombre, de la cual no necesitamos ser libertados. No pretendemos haber sido exhaustos en este estudio. Si nuestro trabajo ha sido usado por el Señor para traer un cambio y para poner un fundamento para más estudio y para más cambio en nuestras vidas, consideraremos esto como un buen éxito.

Gozosamente admitimos que este trabajo no contiene “la última palabra” sobre lo que significa estar en unión con Cristo. A decir verdad, hay una mina de oro de verdad en esta enseñanza del Nuevo Testamento, que creemos que tan sólo hemos compartido la parte mínima de su totalidad. Hay más—que para los años venideros, nuestros corazones estén abiertos a las continuas revelaciones de quiénes somos y de lo que tenemos en Cristo Jesús.

